
Sergio Mira Jordán
EL REPICAR
MONÓTONO DEL AGUA
MERACOVIA

El repicar monótono del agua

Sergio Mira Jordán

Colección Limbus



Índice

Luis Martínez Navarro

In memoriam

(1947-2015)

Primera parte - Lunes

En mitad de la niebla,

solo aquel que

ya no tiene esperanza

lo ha perdido todo.

Joaquín Juan Penalva

1

El hombre del chaquetón gris se lía un cigarro y mira a la lejanía. A las montañas de enfrente, iluminadas por el tenue sol del amanecer. Es un paisaje árido, agreste; tan solo matorrales creciendo libres entre la nada y sobre tierra parda. La carretera que conecta con la autovía necesita un asfaltado urgente: está resquebrajada por varias partes, con plantas silvestres pugnando por salir al exterior.

Cuando un camión pasa por la autovía, a estas horas solitaria, el hombre del chaquetón gris ya tiene el cigarrillo entre los labios. Da una calada con fuerza, para quitarse el frío, y el humo que tira por su boca se confunde con el vaho y se disipa entre una liviana niebla. El hombre coge la mochila que ha dejado en el suelo para fabricarse el pitillo y empieza a andar. Prefiere no echar la vista atrás. No quiere ver de nuevo el lugar en el que ha pasado los últimos catorce meses. Dicen que da mala suerte. Que si, una vez fuera, echas la vista atrás, no tardarás en volver. Su compañero de celda se lo dijo la mañana anterior, en el gimnasio. Pero hace unos minutos, esperando a que se abriera la última puerta, el guardia del último resquicio de su condena le soltó que volverían a verse.

Volveremos a vernos le dijo.

En el infierno, cabrón contestó él, ya con el chaquetón puesto.

Mucho ojo…

Espera no volver nunca. Tampoco es que haya estado media vida entrando y saliendo de prisión. De hecho, esta ha sido su segunda vez, así que, teniendo en cuenta su historial, podría decirse que es un tipo afortunado. Pero ya está bien.

A quinientos metros de la cárcel hay una parada de autobús. El hombre del chaquetón gris se sienta allí y espera. Nadie ha ido a buscarlo a la puerta de la cárcel. Tenía claro que ella no iba a estar.

Con Paula terminó mal la cosa. Fue a verlo una sola vez en catorce meses, al poco de ingresar, y él se dio cuenta de que ya no sería lo mismo. De alguna manera u otra, todo había cambiado. A pesar de que llevaran relativamente poco, habían tenido sus vaivenes, pero el hecho de que lo detuvieran por tráfico de drogas fue toda una sorpresa. Sin embargo, lo que más le dolió a Paula fue la mentira. De nada servía que él le dijera que no consumía, que solo estaba haciéndole un favor a un amigo, un amigo que ella no conocía, que mejor que no conociera. Eso era verdad, por supuesto, pero Paula no creyó ni una palabra.

¿Cómo puedes haber llevado una doble vida? le preguntaba una y otra vez. Qué estúpida he sido… Qué increíblemente estúpida he sido.

Y eso que Paula no conocía el resto de la historia.

En cualquier caso, ahora que había puesto tiempo de por medio, el hombre del chaquetón gris piensa que ella habrá olvidado, quizá perdonado, incluso. Se irán lejos. Tiene dinero ahorrado. Mucho dinero. El suficiente como para coger un tren, largarse a la frontera y empezar de cero. Tal vez pueda convencerla.

Sentado en el banco de metal, helado de frío, ya con el cigarrillo consumido, el hombre cierra los ojos y bosteza. Piensa en un viaje en tren, un larguísimo trayecto. Él está en el vagón restaurante, comprando un par de bocadillos y dos cervezas. Fuera, un paisaje de campos verdes y cielo azul desfila rápidamente. La camarera le regala una sonrisa y él regresa a su vagón. Por el camino, haciendo equilibrios para no caerse, se cruza con dos o tres pasajeros que lo saludan. Uno de ellos, con sombrero, se lo quita al verlo pasar. Al entrar en el vagón número 8, la puerta automática se abre tras pasar la mano frente al accionador y el hombre puede ver que la chica de la sexta fila levanta la mirada del libro que está leyendo y le sonríe abiertamente. Una mujer preciosa; como Paula. Una chavala de esas que te quitan el hipo con solo mirarlas.

Es un sueño recurrente.

El hombre del chaquetón gris sueña muchas veces con ese viaje en tren, con el par de bocadillos y las cervezas, con el paisaje

primaveral. Con la gente amable que se va cruzando en su camino de vuelta. Con la mujer que lo espera leyendo.

Por primera vez en mucho tiempo, piensa que ese sueño podría hacerse realidad.

2

Como un cuarto de hora después, justo cuando empieza a liarse otro cigarro, un autobús de línea se detiene frente al hombre del chaquetón gris. La puerta se abre y el conductor lo mira de arriba abajo con cara cansada.

¿Al centro?

Me bajo antes dice el hombre aún desde el asiento metálico.

Suba dice el conductor de mala gana. Se estará helando.

No lo sabe usted bien.

El hombre se levanta, hurga en sus bolsillos y saca algo de calderilla para pagar el billete. En el autobús hay una señora de unos sesenta y tantos años que parece que va a trabajar. Está sentada hacia la mitad del vehículo. La mujer agacha la cabeza cuando lo ve subir al autobús y parece que agarra con más fuerza el bolso que lleva entre las manos. Es la reacción clásica; ya le habían avisado. El hombre del chaquetón gris va hacia la segunda fila y apenas se ha sentado cuando el autobús acelera al tiempo que se cierra la puerta. Se quita el chaquetón y ahora es un jersey fino de lana de color granate lo que más destaca de él. Eso y la barba de una semana. Se ha duchado esa misma mañana, pero no se ha afeitado porque Paula siempre lo prefirió con barba, aunque a él no le saliera mucha. Y a él le habría gustado que ella hubiera estado esperándolo en la puerta de la cárcel, a la salida, entrecortada entre las sombras del amanecer, con el Golf blanco en marcha para salir volando de allí.

El hombre coloca el chaquetón en su regazo y abraza la mochila. Se da cuenta de que el conductor lo mira a través del espejo retrovisor.

¿Una condena larga? le pregunta.

Todas son largas.

¿Era la primera vez?

Ha sido la última.

El conductor sonríe para sus adentros. Ha oído muchas veces lo mismo. Tipos con barba de varios días y aspecto consumido, aunque ágiles y fibrosos, que suben al autobús que hace la línea que pasa por la cárcel y dicen siempre lo mismo: que nunca volverán. Y luego vuelven, claro.

Diez minutos después, por la ventanilla ya se ven los primeros edificios de la ciudad. A lo lejos, los pisos más altos del centro tienen algunas luces encendidas. El hombre del chaquetón gris baja en la tercera parada, en el extrarradio de la ciudad, en un barrio de casas de tres alturas con fachadas ocres y tejados desconchados. Las farolas están rotas, apedreadas por muchachos, y gatos escuálidos campan a sus anchas, arañando bolsas de basura y persiguiendo ratas.

En la parada, el hombre del chaquetón nota cómo el conductor tiene unas ganas terribles de salir de ahí, de cruzar el puente y llegar al centro de la ciudad. Es lunes, y demasiado temprano, pero seguro que conoce al dedillo las historias que se cuentan de ese barrio. Algunas son falsas, como todas las leyendas negras, pero otras viajan en forma de pedrusco directas a la luna delantera de tu coche. Cuando eso pasa, y cosas así las ha visto el hombre del chaquetón gris con sus propios ojos, es más seguro, si es que la piedra no te ha alcanzado en la cara, parar el coche, bajarse y salir corriendo. Quien lucha por el pedazo de acero y plástico que conduce contra unos críos que solo quieren despiezarlo y conseguirse tres meses extra de buena hierba, lo más seguro es que acabe siendo alimento de los perros en algún callejón del barrio.

El hombre del chaquetón gris se despide del conductor con toda la

amabilidad fingida de la que es capaz.

Lleve cuidado, jefe le dice con sorna.

¿No va muy poco abrigado? responde el conductor.

Cuando entré era verano. Ahora está acabando el otoño. Además, yo nunca cojo resfriados.

Suerte la suya.

El hombre se ha quedado parado en el último escalón. Al conductor le tiemblan las manos. Está empezando a transpirar, pensando que esa insulsa conversación es una estratagema para que alguien venga a desvalijarle el autobús. Mira por el retrovisor hacia donde está la señora. También ella ha comenzado a impacientarse.

Ahora es el hombre del chaquetón gris quien sonríe para sus adentros.

Dígale a la señora esa que ya puede respirar tranquila se despide.

Y luego el hombre baja del autobús de un salto.

3

Hace tiempo que no pisa el barrio. El pequeño apartamento donde vive es un tercero sin ascensor que una tía suya, ya fallecida, le dejó en herencia seis años atrás y que ella compró hacía treinta años, cuando el primer gran ensanche de la ciudad, cuando ni la droga ni la prostitución reinaban por esas calles. La crisis actual ha provocado el olvido definitivo de ese barrio. De tanto en tanto, cuando se acercan las elecciones municipales, algún candidato inexperto llega al centro social del barrio y promete aceras nuevas, calles limpias y mayor presencia policial. Los viejos que acuden al mitin para ahorrarse la merienda y llenarse el bolso de

empanadillas y botellines de cerveza, aplauden con desolación, como el que va a la representación teatral de una tragedia clásica.

El hombre del chaquetón gris lleva viviendo allí desde hace seis años. Desde que su tía murió. No le gusta el barrio, pero qué otra cosa puede hacer él. No se puede cambiar. Cuando empezó a salir con Paula, ella, que viene de la otra parte de la ciudad, de amplios jardines traseros y patios de vecinos donde todos se saludan y organizan barbacoas dominicales, no comprendía que él prefiriera pasar noches enteras en aquel pisito de apenas sesenta metros. Luego lo entendió todo, cuando apareció la droga y a él lo encerraron un año y dos meses.

Pero era necesario seguir manteniendo ese piso, al menos una temporada más. Luego todo acabaría. Eso le decía siempre a Paula. Que esperara. Que pronto podrían irse lejos y empezar de cero.

El hombre del chaquetón gris ve una cabina pública, pero tiene el auricular arrancado y claros indicios de haber sido saqueada recientemente. A unos veinte metros hay un bar. Entra y, acodados en la barra, ve a dos ancianos metiéndose entre pecho y espalda su primera ración de coñac. Aún le quedarán unos cuarenta euros. Pide un café con leche y un par de magdalenas al camarero, un cincuentón barrigudo con vista cansada y ojeras congénitas.

¿El teléfono? pregunta el hombre del chaquetón gris.

Al fondo, antes de llegar a los aseos.

Cuando va hacia donde le ha indicado el dueño del bar, el hombre del chaquetón puede oír sus palabras, dirigidas hacia los dos parroquianos:

Desde que los críos reventaron la cabina, tengo más clientela. ¡Para que luego digan de los móviles!

Tendrías que darles comisión le responden entre risas.

Que se jodan.

El hombre del chaquetón mete un par de monedas y marca un número de memoria. Siempre ha sido bueno para las cifras. Y,

además, ese es un número que ha marcado muchas veces.

Dígame…

Es una voz masculina. Ya nada le sorprende.

¿Paula?

Espera…

Tres segundos después es ella la que se pone al aparato.

¿Quién es?

Soy…

Lucas.

Sí.

Cierto… Hoy es 12 de noviembre. Hoy salías…

Sí. Ya estoy fuera. He estado esperándote, pero…

No he ido. No pensaba ir. Olvídate de todo, Lucas.

Ni siquiera espera a que él responda. Tras una breve pausa, Paula sigue hablando.

Mi mundo no es el mismo que el tuyo. Sé feliz y lleva cuidado.

Y, tras decir eso, cuelga.

Lucas se queda escuchando el tono lo que a él le parece una eternidad. Después deja el auricular en su sitio y va hacia la barra. Ya tiene preparados el café y las dos magdalenas. Se desabrocha el chaquetón y se sienta en una de las butacas altas, junto al hombre que parece más joven, aunque rondará los setenta y pocos. Los dos viejos tienen la mirada perdida en la televisión. El telediario matinal del canal 24 horas repite en ciclos de media hora las mismas noticias; y los mantiene embobados. Lucas coge el periódico y pasa páginas sin ni siquiera leer los titulares.

El de su lado lo mira de reojo.

¿Nada interesante? le pregunta.

Lo mismo que en la tele responde Lucas.

Le da vueltas a su conversación con Paula. Ha rehecho su vida. Él debería hacer lo mismo. Tampoco puede culparla. Le ocultó muchas cosas, muchos asuntos turbios. Y ahora paga las consecuencias. Si le preguntaran si estuvo enamorado, diría que sí. En la trena pensó mucho en Paula. Intentó explicarle que él no hizo nada, que nunca se había drogado, pero de nada sirvió. Y ahora un tipo acababa de cogerle el teléfono… Paula había colgado, tal vez porque no quería que el maromo de su lado la oyera hablar con él. Volverá a intentar contactar con ella más tarde. Recuerda su número de teléfono móvil, aunque es posible que lo haya cambiado.

En la televisión, la reportera anuncia la final de la Copa Davis de tenis del próximo domingo. República Checa contra España.

¡A ver si les ganamos a los checoslovacos esos! suelta el cliente más mayor, cuya frente está repleta de arrugas y tiene las manos agrietadas y las uñas amarillas.

Está jodida la cosa dice en un suspiro el dueño. Sin Nadal por lesión, será difícil.

Y luego se sorbe ruidosamente los mocos. El delantal blanco que lleva tiene manchas secas de grasa.

Qué va responde el viejo. Ahora ganamos a todo, aunque solo sea en deportes. Fijaos en la Eurocopa de este verano. Cuatro a cero a los italianos. Esos sí que se jodieron bien.

A hijoputez tampoco hay nadie que nos gane…

Lucas suelta el comentario y los dos tipos de la barra le miran como si en vez de magdalenas estuviera mordisqueando saltamontes. Él sigue pasando hojas como si nada hubiera pasado. No han entendido el comentario, o lo han entendido a la tremenda y en modo personal.

Lucas le da un bocado enorme a una de las magdalenas y dice:

Y son checos…

¿Cómo?

Que se llaman checos repite Lucas tragando a duras penas. Hace años que no existe Checoslovaquia.

Y a mí qué me importa. Jódete, capullo.

Lucas intenta tranquilizarse. Recuerda que vio aquella final de la Eurocopa de fútbol en el salón de actos de la prisión, donde actuaba el grupo de teatro. Los funcionarios les dejaron ver todos los partidos. El día antes de la final, un par de presos italianos habían estado caldeando el ambiente, y esa noche, tras el partido, cogieron a uno de ellos, un cabroncete que estaba en chirona por haberle pegado tal paliza a su novia que la hizo abortar, y se desfogaron con él.

¿Tú cómo lo ves, Miguel? dice el viejo.

Miguel será el dueño.

Toda la vida viviendo aquí, en este barrio sigue quejándose el viejo —, y hay que aguantar que te venga un niñato de estos a hablarte de cualquier manera. Gente como tú ha hecho que este barrio se vaya a la mierda.

El hombre del chaquetón gris le da un trago a su café y luego respira profundamente. Intenta alejar su mente de allí.

Y ahora se hace el loco continúa el viejo. Este barrio respiraba armonía. Había tres o cuatro fábricas que daban trabajo a cientos de familias y podías ir a pasear por los parques sin miedo a que te pincharan por la espalda y te robaran la cartera. Y ahora, fíjate en qué se ha convertido.

¿Y qué le voy a hacer yo? dice Lucas. Acabo de salir del trullo.

Pues de eso estoy hablando. En la cárcel deberías haberte quedado, pudriéndote, pedazo de mierda. Así no volverás a cometer ningún

delito.

Lucas cierra los ojos y cuenta hasta cinco. Muy despacio. Luego termina el café y se come la magdalena. La otra aún sigue intacta. Saca el estrecho fajo de billetes de cinco que tiene y algunas monedas y pregunta cuánto debe.

Dos con cincuenta responde el dueño tras hacer la cuenta de cabeza.

Lucas se pone de pie, deja tres monedas sobre la barra de granito y se abrocha el chaquetón gris hasta arriba.

Antes de salir del bar y enfrentarse de nuevo al frío, todavía puede oír cómo uno de los dos parroquianos (no distingue quién, no se fija, los dos son tan terriblemente parecidos) tiene tiempo de mascullar:

Ya ves tú, que ha salido de la cárcel. Como si eso fuera una novedad en este puto barrio…

4

Hay algo más de movimiento en la calle. Se ha nublado, aunque no parece que vaya a llover; no al menos hoy. Y hace más frío. Lucas necesita pasar por su casa, darse una ducha, sentir que tiene un hogar. Aunque nadie lo espere allí.

No vive demasiado lejos de aquel bar, apenas a tres manzanas. Por el camino se cruza con grupos de niños que tienen las rodillas peladas, llenas de polvo, de haber estado arrastrándose ya de buena mañana en los descampados de las afueras, donde hay todo un edificio de siete plantas a medio construir. Dos o tres adolescentes fuman porros en un portal que tiene los cristales de la puerta agrietados. Se le quedan mirando, pero Lucas pasa de largo. No quiere problemas en su primer día de libertad, y menos con unos

críos.

El barrio es una mezcla de culturas y de nacionalidades. En cualquier esquina puedes encontrarte, pared con pared, una carnicería islámica, un restaurante chino y una frutería que regentan unos sudamericanos que solo traen productos típicos de Venezuela, de Colombia o de Ecuador. A pesar de lo que pueda pensarse, no hay conflicto entre vecinos de distintos países. De tanto en tanto suele haber algún asesinato, relacionado con la droga o los malos tratos, y las peleas entre bandas suelen ser muy comunes, pero la policía está acostumbrada. Además, algunos de esos crímenes ni siquiera entran en las estadísticas porque al ayuntamiento no le interesa. Se trata de prostitutas subsaharianas sin papeles que aparecen acuchilladas una mañana en un callejón. O de yonquis que se pelean por el último tiro de heroína al atardecer, en lo que queda del parque que hay detrás del centro de salud. O mendigos octogenarios que mueren de frío o apedreados por chavales sin nada mejor que hacer.

Pero en el barrio también hay gente que se parte el pecho por ir a trabajar cada jornada, sacarse veinte o veinticinco euros diarios limpiando escaleras, cambiando ruedas en un taller o haciendo chapuzas en casas de conocidos, luego tomarse dos o tres cervezas en el bar e ir a casa a cenar y descansar para repetir la misma rutina día tras día.

Salvo que uno pasee muy de noche y por ciertas calles, podría decirse incluso que es un barrio tranquilo, humilde. Cuando Lucas llegó, no había tanta delincuencia. Puede que la decadencia sea fruto del tiempo, una situación que ha ido empeorando a medida que han pasado los años, acrecentada más si cabe por la crisis. Y eso que el barrio siempre ha estado en crisis.

Pasea hasta su casa con las manos dentro del chaquetón gris. Fuma otro cigarrillo y lanza el humo al aire contaminado del barrio, de la ciudad, de su vida. En el portal de su edificio hay un hombre que apoya uno de sus pies en la pared de piedra decorada con grafitis.

—No has cambiado nada, cabrón —le saluda ese tipo incorporándose—. Estás algo más delgado; solo eso.

Lucas tiene que pestañear un par de veces antes de percatarse de que se trata de Tomás. Lleva el pelo más largo, igual de mugriento y enmarañado, pero ahora le cubre las orejas, con un flequillo que le tapa parcialmente la frente.

—No te había conocido, Tomás…

Tiene muchas más canas que la última vez que se vieron. A Tomás le llaman «El Pinchos», no solo porque lleve siempre una maletita negra de cuero con todo el material para chutarse caballo, sino sobre todo porque va siempre cargado con una pequeña navaja multiusos. Se dice que una vez mató a un policía local novato que quiso patrullar durante una semana por el barrio para ver si tranquilizaba la situación. Se dice que Tomás le desgarró la garganta cuando el madero quiso cachearlo. Eso no es nada de merecer o de reprochar en un barrio con el índice delictivo tan elevado, pero sí es algo a tener en cuenta.

—Ya has salido —dice Tomás.

—Aquí me tienes —responde Lucas y luego termina el cigarrillo, tirando la colilla al suelo.

—Lucas… Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy, ¿eh?

«El Pinchos» era amigo de sus amigos, eso estaba claro. Y más aún si acababas de comerte catorce meses de prisión por salvarle el culo.

—Lo sé, Tomás. Descuida.

Lucas no tiene ganas de seguir hablando con «El Pinchos», pero este no deja de insistir:

—¿Fue bien?

—No es precisamente un hotel, pero no me puedo quejar.

—Te perdiste la celebración de la Eurocopa. No te imaginas cómo dejamos el italiano…

Y Tomás suelta una risotada al recordarlo.

—Lo destrozamos entero. Ahora ha vuelto a abrir; hace cosa de una semana. Se sigue comiendo…

Tomás no puede acabar la frase. Lucas le ha dado un empujón hasta empotrarlo contra la pared del edificio; lo tiene cogido por su vieja camisa a cuadros.

—Déjame en paz —dice Lucas.

«El Pinchos» no se resiste demasiado; debe de ir muy drogado.

Sus narices están a punto de rozarse. Lucas puede sentir el aliento entrecortado del yonqui en su boca.

—Eh, eh… —acierta a decir Tomás—; solo pretendía ser amable.

—No quiero que seas amable conmigo —le dice Lucas a los ojos de Tomás, apartando de un soplido el flequillo grasiento—. Si por mí fuera, te metería una bala por el culo y barnizaría mis muebles con tus sesos. Pero, mírame; yo *sí* estoy pretendiendo ser amable contigo. ¿Entiendes?

Tomás asiente con la cabeza con un movimiento rápido.

—Pues ahora piérdete.

Suelta a Tomás y este se marcha calle arriba con una mano en el bolsillo y la otra frotándose la parte de la cabeza que ha chocado contra la pared.

Lucas ya no es así, ha cambiado, pero a veces toca poner esa cara de violento para conseguir lo que se quiere. Eso también lo aprendió en la cárcel. Ahora no quiere más problemas. Solo quiere recuperar a Paula y largarse de esta ciudad cuanto antes.

Lucas entra en el portal y sube por la escalera. Todo sigue igual. La mancha seca de sangre de la barandilla, casi llegando al segundo piso, continúa ahí. Recuerda ese día. La anciana del 2º B discutió con su hijo, cosa que era normal, y el tipo, de treinta años y grande y pesado como una caja fuerte de banco, la sacó al descansillo y allí mismo, delante de un par de curiosos y a las once y media de la mañana, la empujó por la escalera. La mujer tendría casi ochenta años y seguro que se partió varios huesos a causa de la caída. No contento con eso, y ya que la mujer seguía gritando (chillidos de dolor mezclados con los reproches diarios que se dedicaban), el hijo fue adonde había aterrizado la mujer, la puso de pie con un brazo y le reventó la nariz estampándola contra la barandilla metálica. Una y otra vez. Durante un par de minutos. Los golpes podían oírse en el piso de Lucas, y eso que había subido el volumen de la música. Incluso podía sentirse la vibración de la barandilla, expandiéndose arriba y abajo como el eco de una campana. Cuando la anciana dejó de quejarse, o tal vez cuando el tipo se cansó, el ruido cesó. A mediodía, una ambulancia vino a llevarse el cadáver de la anciana, pero nadie limpió la sangre, que seguía allí, reseca y parduzca.

Al hijo, que practicaba algún arte marcial asiático en un gimnasio del centro de la ciudad, lo encontraron por la tarde tomándose unas cervezas con sus amigos de la niñez. Fueron necesarios tres *mossos* igual de corpulentos que él para meterlo en un furgón blindado.

Lucas rebusca en la mochila que cuelga de uno de sus hombros y saca la pequeña llave que abre la puerta del piso. Se imaginaba de otra forma su regreso a la libertad. No le hubiera gustado una gran bienvenida, de esas con globos de colores con su nombre pintado y mucha cerveza; ni siquiera una de esas fiestas con mujeres y cocaína por el sofá. Hubiera preferido, eso sí, no encontrarse con Tomás «El Pinchos», por el que se había comido un año y dos meses de prisión. Y, ante todo, habría sido perfecto que Paula hubiera estado esperándolo.

La casa está igual. Al menos, le han respetado eso. En otras circunstancias, y nadie tiene que contárselo porque lo ha visto, Lucas sabe cómo han quedado los apartamentos de otros vecinos del barrio que, por unas cosas u otras, han terminado en la cárcel. Desvalijar se queda corto. Si por lo que fuera la casa estaba

precintada, el sello de la policía con la firma del juez duraba medio día. Al anochecer ya se podían ver chiquillos bajando muebles y electrodomésticos. Siempre menores de edad, por si acaso llegaba alguna brigada de los Mossos d'Esquadra. En el mejor de los casos, esos pisos servían luego como refugio de drogadictos u okupas, sala de trabajo de prostitutas o vivienda de inmigrantes ilegales. En el peor de los casos, y sobre todo si algún líder de la mafia (por el barrio suele haber algunos rusos, aunque últimamente están tranquilos) acababa algún trabajo allí, el piso amanecía calcinado.

Eran viviendas muy antiguas, de un barrio alejado de todo y del que todos querían olvidarse. La norma era no hacer preguntas. Si seguías vivo un día más, convenía dar las gracias.

6

Lucas echa los dos cerrojos interiores y pasa la cadena. El piso huele a cerrado. Su único hermano, que vive en Barcelona, ha estado pagando las facturas. Lucas no pensó que lo hiciera; por eso dibuja una sonrisa en su rostro cuando, tras levantar el interruptor general en el cuadro eléctrico de la entrada, la luz del estrecho pasillo ilumina la estancia. Deja la mochila sobre el sofá y se quita el chaquetón. El reflejo de la televisión (un aparato normal y corriente, nada de plasmas enormes como los que hay en otras casas del barrio, fruto de las ganancias de la droga) le devuelve un rostro apagado. Está más delgado. Poco a poco irá recuperando sus ochenta y cinco kilos. No tiene prisa. Ya no.

Sobre la mesa auxiliar del pequeño salón está el teléfono: un inalámbrico moderno. Da tono. Sin saber por qué, Lucas vuelve a sonreír; parece que lleve un siglo sin hacerlo. Luego marca el número de su hermano, de su único hermano.

—Sí, dígame —responde al primer tono.

—Hola, Javi, ¿te pillo ocupado?

Se oye ruido exterior; habrá contestado desde el manos libres del coche.

—Yendo al trabajo, sí. ¿Eres tú, Lucas?

—Sí.

—Ya. Hoy salías, cierto. ¿Qué quieres?

Javier, el hermano de Lucas, vive y trabaja a dos horas de allí, pero perfectamente podrían ser dos años luz. Se comprometió a pagar las facturas de ese pequeño piso herencia de su tía y ya está. La relación con Lucas fue enfriándose hasta casi desaparecer. Y cuando vino el tema de las drogas, del juicio, de la cárcel, el pequeño atisbo de amabilidad que quedaba entre ambos se cerró por completo.

—Quería darte las gracias —dice Lucas—. Por mantener todo esto al día.

—Ah, bueno… ¿Y qué otra cosa podía hacer?

Lucas no sabe muy bien a qué se dedica su hermano mayor. Algo de bancos, algo así, pero no cajero ni administrativo, y desde luego no un puesto de baja cualificación, ya que Javier ha sabido sortear la crisis con éxito. Estudió Ciencias Empresariales en la Universitat de Barcelona, se doctoró allí mismo e hizo un máster en el extranjero. Habla varios idiomas y hace años conducía un BMW todoterreno que había llenado de sillitas para bebé. Él y su esposa Ana María irán ya por el cuarto hijo, pero Lucas solo conoce al primero, que tendrá diecisiete años más o menos.

Se hace el silencio en la conversación telefónica. Mientras habla, Lucas ha ido caminando hasta la cocina, ha abierto la nevera y se ha deleitado con la más absoluta nada. Recuerda entonces que vació el frigorífico en su día, hace ya más de un año. Tendrá que comprar algo para pasar la semana o salir a comer fuera todos los días. Al otro lado del teléfono, rumor de carretera y coches pasando.

—Bueno… —suspira Lucas.

—Vale —dice su hermano—. Te dejo, que estoy entrando en un túnel. Adiós.

—Adiós, Javi.

Pero el hermano ya ha colgado.

7

Lucas cierra la nevera y deja el teléfono sobre la encimera. En el pequeño armarito que hace de despensa, tampoco hay demasiado para elegir. Una bolsa de pipas peladas aún no ha caducado, así que Lucas la abre y se mete un buen puñado en la boca. Mastica lentamente. Va ahora hacia el dormitorio, la habitación más espaciosa y luminosa del piso, aunque al estar completamente nublado apenas se ve a tres metros con la luz apagada. Sobre la cama está el manual de su Heckler & Koch USP del calibre 45 y un pequeño libro sobre técnicas de combate que permanecen, o eso supone Lucas, ya no lo recuerda, en la misma posición que cuando los dejó. Abre el armario ropero y se agacha para coger una caja de herramientas. Se sienta sobre la cama, con la caja sobre las rodillas, y saca de allí un pequeño cincel y un martillo. Frente a la cama, junto a una pequeña estantería, en el mueble que hay sobre la ventana, Lucas instaló, poco después de conocer a Paula, una potente minicadena Philips de 550 W. A Paula le encantaba escuchar música; por eso lo hizo.

Hay dos cedés dentro de la minicadena. Serán de Paula, claro, los dos únicos discos que olvidó llevarse. Las cajas están al lado del aparato: en uno, la portada muestra una fotografía en blanco y negro del guitarrista de blues Frank Stokes; el otro es un recopilatorio de la banda de Andy Kirk, los Twelve Clouds of Joy. Lucas piensa que el jazz seguirá presente en la vida de Paula, pero ahora será el tío aquel que le ha cogido el teléfono quien disfrutará de sus comentarios. Le da al *play* y la melodía, muy antigua, que

todavía conserva el débil zumbido del LP, empieza a llenar el pequeño piso. La sección de saxos inicia la melodía muy suavemente, respondida por las trompetas, que van creciendo poco a poco para destacar con dos compases de llamada que desembocan en una repetición desde el principio.

Lucas toma el martillo y el cincel y deja la caja de herramientas en el suelo.

El único cuarto de baño de la casa está enfrente del dormitorio, al lado del salón. Lucas se arrodilla en el espacio que queda entre la ducha y el inodoro y palpa en los azulejos verdes de la pared hasta encontrar el hueco que hizo hace un año y tres meses, cuando empezó a olerse que algo podría salir mal. Clava el cincel entre dos azulejos con un leve golpe de muñeca y luego le da con el martillo. No necesita mucho: al tercer martillazo, un azulejo cede. Lucas lo arranca de la pared haciendo palanca con el martillo y luego saca el de al lado. Mete la mano en el espacio existente y saca una caja de cartón. Está cubierta de polvo.

En el dormitorio, un virtuoso solo de clarinete rasga la mañana. Lucas deja las herramientas en el suelo y se sienta en el inodoro. Abre la caja y ve que todo está en orden: varios fajos de billetes de cien y de cincuenta euros, algunos de quinientos y billetes sueltos de veinte.

El trabajo de los últimos años.

El precio de su libertad.

Coge algunos billetes de veinte y vuelve a dejar la caja en el hueco de la pared, tapando de nuevo el agujero con los dos azulejos. Guarda las herramientas en la caja y la mete en el armario del dormitorio. Se tumba sobre la cama. Es temprano todavía (¿las nueve?, ¿nueve y media?). No sabe qué hora es porque el reloj de la mesita de noche se ha quedado sin pila. Las manecillas marcan las tres y diecinueve. Lucas cierra los ojos.

Ahora es la trompeta la que tiene el solo.

Ojalá Paula hubiera ido a recogerlo esta mañana.

8

Cuando despierta, en el reloj de la mesita de noche siguen siendo las tres y diecinueve. Lucas tiene un hambre terrible. No sabe cuánto puede haber dormido, pero le parece que han pasado mil años desde que ingiriera una magdalena y un café esa mañana. Se quita la ropa ahí mismo, en el dormitorio, y, tras darse una ducha rápida y arreglarse un poco (necesita un afeitado, es cierto, pero Lucas aún mantiene vivo el deseo de que Paula quiera volverlo a ver), se viste con unos vaqueros, botas negras, ya desgastadas, y un jersey grueso de color azul marino. Al chaquetón gris le hace falta un buen lavado, al igual que a la ropa que se ha quitado antes. Pero Lucas tiene algo que le gusta: su vieja chupa de cuero. Le queda un poco grande, pero poco le importa a él. Esa chupa le trae muy buenos recuerdos, de cuando conducía una Harley de segunda mano y la libertad era un bien preciado. Además, aquella moto era ideal para trabajos cortos que requerían destreza, tanto al llegar como al salir.

Lucas se lía un cigarrillo por la escalera y lo enciende antes de llegar al primer piso. Luego se guarda el mechero y el sobre con el tabaco y el papel de fumar en el bolsillo interior de la chupa. Ya en la calle, mira de reojo al cielo. No lloverá. Al menos, no hoy. Pero el frío y la humedad son intensos. Hay poca gente en las calles. De los pisos más bajos llega rumor de voces, ruido de televisores encendidos, vidas encerradas entre cuatro paredes. Desde ahí fuera, si el mundo se detuviera en ese preciso instante y no se conociera toda la miseria que envuelve al barrio, podría decirse que toda esa gente tiene una vida tranquila, sin altibajos. Pero en el momento en el que se hurga un poco y la luz del exterior penetra, toda esperanza parece desvanecerse. Hace tiempo, Lucas dejó de interesarse por lo profundo de las cosas que le rodean; por eso precisamente era tan bueno en su trabajo.

Ahora, al menos es lo que él cree, eso ha cambiado.

9

El barrio es relativamente pequeño, apenas mil personas hacinadas en pisos baratos, bordeando calles mal asfaltadas, o en chabolas del descampado, donde antes ponían la feria cuando se acercaba San Pedro. Lucas no tarda en llegar al restaurante Tívoli, el italiano que Tomás le ha dicho que destrozaron cuando la celebración de la Eurocopa del pasado verano. No recuerda cómo estaba antes, pero tampoco parece que la reforma haya sido demasiado profunda.

Cuando entra, solo hay una mesa ocupada; son los dos camareros, dos muchachos menudos y delgados de Europa del Este que visten el uniforme raído del restaurante. Tras una larga barra de madera, decorada con minúsculos espejos en forma de rombo y cristales de vivos colores, el dueño, que se hace llamar Marco a pesar de que es obvio que ni es italiano ni tiene ningún tipo de ascendencia italiana, mira el local de lado a lado con los brazos en jarra y se lame las puntas de un mostacho canoso.

—¿Se puede comer? —pregunta Lucas desde la puerta.

—Esto es un restaurante, ¿no? —dice Marco sin mirarlo. Ni siquiera se esfuerza en simular un débil acento italiano.

Un delgado televisor escupe una insulsa programación que nadie ve.

Los dos camareros no se inmutan por la llegada de Lucas. Siguen cogiendo porciones de una enorme pizza que tienen en el centro de la mesa.

Lucas pasa al salón principal y elige la mesa del fondo. Desde ahí se puede ver la entrada del restaurante, la puerta de madera que conduce a los aseos y otra puerta en la que hay un cartel de Privado. La cocina está donde termina la barra, unida a ella. La decoración es sobria y no hay hilo musical. Todo el bar huele a aceite y a especias, pero dicen que es el mejor italiano del barrio. Claro que es el único que hay. Incluso, son muchos los que dicen que si algún crítico de cocina se atreviera a entrar en el barrio, no dudaría en elegir el Tívoli como el mejor restaurante de la comarca. Puede que eso le diera reconocimiento y clientela, y así podrían invertir en extractores de humo o un mobiliario y una decoración más acordes al estilo de cocina. A pesar de todo, a pesar de que

perfectamente puedes estar comiendo un plato de tallarines al pesto y cruzarte con dos cucarachas, las pizzas están buenísimas.

—Alexander —grita Marco desde la barra—. ¿No has visto que tenemos clientes? ¿A qué coño esperas para mover el culo?

Uno de los muchachos, que tiene la cabeza rapada al uno y los ojos pequeños, se levanta y se acerca hasta donde está Lucas. Este pide una pizza boloñesa mediana, una ensalada y un tercio de cerveza. El joven ruso murmura unas palabras en su idioma y se dirige hacia la cocina.

Unos diez minutos después, Lucas ya está comiendo, los rusos están en la calle fumándose unos canutos y Marco está apoyado sobre la barra, pasando con aparente rabia las páginas del periódico deportivo.

Lucas se detiene en cada bocado. Saborea la carne y la salsa casera de tomate. Intenta distinguir cada especia. Marco ha cambiado de canal: ahora el televisor emite vídeos musicales, pero sin voz, como antes, lo que resulta algo deprimente.

Entra entonces uno de los muchachos rusos. Está visiblemente alterado. Se acerca a la barra y le dice algo a Marco. Este también parece ponerse nervioso. Lucas deja la pizza sobre el plato y se limpia la boca y las manos con una servilleta de papel. Le da un trago rápido a su cerveza.

«Debería haber traído la pistola», piensa.

Espera acontecimientos. Alguien viene. O los rusos de la calle han visto algo. En cualquier caso, Lucas se prepara para cualquier cosa, desde una redada a un tiroteo. Está a punto de levantarse y esconderse en los aseos (nunca se sabe hacia dónde van a salir disparadas las balas, sobre todo si hay fuego cruzado), cuando ve entrar por la puerta a uno de los guardaespaldas de don Ángel. Es un negro enorme con la cabeza rapada y cara de pocos amigos. Está más gordo que fuerte, pero impone solo con su presencia. Echa una rápida ojeada al bar parapetado tras unas gafas de sol oscuras, inútiles debido al clima, y deja la puerta abierta para que entre don Ángel.

10

El cabrón de don Ángel no envejece nunca.

Es lo primero que piensa Lucas cuando vuelve a verlo, un año después. Tendrá ya setenta años, pero mantiene el mismo bigotito fino de su juventud y la misma media melena, ahora mal teñida de rubio. Camina con dificultad, aunque no se ayuda de bastón: eso se consideraría una debilidad, sobre todo porque aún conserva la complexión recia de otra época. Sonríe nada más ver a Lucas. Y hacia él se dirige. Cuando cruza la puerta, el negro enorme la cierra y se queda plantado frente a ella, taponando el paso. Fuera quedan el otro guardaespaldas y el segundo camarero.

Don Ángel pasa por delante de Marco, el dueño del Tívoli, y este acierta a tartamudear un tímido saludo que don Ángel no responde. El muchacho ruso baja la cabeza. El anciano viste un impecable traje azul marino con corbata rosa, protegido del frío por un abrigo largo de color marrón.

Lucas se pone de pie y le tiende una mano.

—¿La mano, Lucas? —dice don Ángel—. Después de un año y pico sin verme pensé que me darías un abrazo.

Don Ángel extiende los brazos desde el otro lado de la mesa. Lucas la rodea y los dos hombres se abrazan.

—Te he pillado comiendo. Perdona.

—No pasa nada. Únase, si quiere.

—No, no. Gracias, Lucas, pero no.

Don Ángel habla tranquilamente, sopesando cada palabra.

—Si me como una pizza de esas, el médico y mi señora estarían chillándome durante varios días. Y no lo deseo. Pero siéntate, Lucas, por favor; termina.

Lucas obedece. Don Ángel arrastra la silla de enfrente y se sienta con dificultad. No se quita el abrigo, lo que a Lucas le hace pensar que, con suerte, se marchará pronto.

—Me lo han dicho esta mañana —dice don Ángel—; que te han visto por el barrio.

«El cabrón de ”El Pinchos”», piensa Lucas.

—Nada ha cambiado por aquí.

—Lo supongo —dice Lucas con resignación.

Don Ángel da golpecitos con los dedos sobre la mesa. El camarero se acerca hasta ellos con una taza de café en las manos. La cucharilla tintinea sobre el plato.

—Aquí tiene, don Ángel —dice el camarero con un leve acento ruso.

El muchacho vuelve a irse. Si conocen a don Ángel, y todo apunta a que lo conocen de sobra, tanto Marco como los dos jóvenes camareros estarán deseando que todo pase pronto. En estos casos, lo mínimo es tener que limpiar sangre y sesos del suelo y la pared durante un par de días, siempre y cuando te dejen con vida y no destrocen demasiado el local. Lo que no saben es que don Ángel y aquel demacrado tipo de la pizza boloñesa tienen una relación que se remonta a varios años atrás.

—Mira que te gusta este italiano, Lucas… —dice don Ángel removiendo el café con la cucharilla.

—Se come bien. Mejor que en la cárcel.

—A mí, de los italianos, solo me gusta el corte de sus trajes. —Don Ángel respira largamente y luego suelta el aire poco a poco—. Ha pasado algún tiempo desde que nos vimos por última vez. Te agradezco mucho lo que hiciste por mí.

—Y por «El Pinchos» —añade Lucas.

—Ese es un pobre diablo. Le salvaste el culo por esta vez, pero Tomás está condenado. Un buen día aparecerá con un tiro en la cabeza. Y, ¿oyes bien?, eso será lo mejor que le pueda pasar.

—Ya. Pero cumple con su cometido, ¿no?

—Le gusta demasiado meterse droga —dice don Ángel—. Tú y yo sabemos que en este negocio hay que ser serios. Tú eres serio, Lucas. Has demostrado lealtad. Y he venido a agradecértelo.

Que don Ángel se te plante en un mugriento restaurante italiano y te suelte «gracias» así porque sí puede parecer algo bueno. A priori. Pero tampoco hay que lanzar las campanas al vuelo enseguida. Algo vendrá después.

—Necesito que me ayudes con un asunto —suelta don Ángel. Para el anciano, *ayuda* significa que otro haga todo el trabajo y él reciba algún tipo de beneficio.

—La cárcel me ha cambiado, don Ángel.

El viejo lanza una sonora risotada que provoca un estremecimiento en el joven camarero. Lucas lo nota desde su asiento. El muchacho ruso no levanta la vista del suelo. Quizá se teme lo peor y no quiere ver cómo el cerebro del tipo de la pizza se esparce contra la pared del fondo.

—A ti no te cambia nada ni nadie. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

—Unos quince años, don Ángel.

—Quince años… ¿Y cuántas veces me has dicho que lo dejabas, que habías cambiado, que eras un hombre nuevo? No me vengas ahora con historias.

—Ahora va en serio. De verdad, don Ángel.

—¿Sigues encaprichado de aquella mujer?

Lucas no responde; baja la mirada y se fija en cómo resbala una gota de aceite por uno de los tomates cherry de la ensalada.

—Ya te dije que los chochos no son buenos en este trabajo. Solo traen problemas.

Don Ángel hurga en el interior de su abrigo marrón y saca un abultado sobre de color blanco. Lo deja sobre la mesa.

—Esto es para ti.

—De verdad, don Ángel, he terminado. Quiero empezar de cero.

—¿Dónde? ¿Y haciendo qué?

—No lo sé. Me iré lejos. Haré cualquier cosa; plantaré viñedos…

Don Ángel vuelve a reírse.

—Tienes razón, Lucas. La cárcel te ha cambiado. Te ha vuelto gilipollas. ¿Tú haciendo vino? Este es tu lugar. No sabes hacer otra cosa. Te consigo un buen trabajo el mismo día que sales de prisión y me sueltas que quieres tener un viñedo… No te entiendo, muchacho. Échale un vistazo al sobre.

Lucas obedece y mira su interior. Hay cuatro paquetes de billetes de cincuenta euros y dos fotografías pequeñas. En una de ellas se ve a un hombre de unos cincuenta años caminando por la calle. Lleva un traje sin corbata y camisa de color azul celeste. Habla por el móvil y en la otra mano lleva uno de esos artilugios electrónicos que son como un pequeño ordenador completamente táctil. El tipo está cruzando la calle, mirando hacia su derecha. Parece que tiene prisa, que llega tarde a una importante reunión. En la otra fotografía aparece el mismo hombre de pecho para arriba. En esa imagen se aprecian mejor los detalles: cejas profusas y mentón prominente, mirada fría de ojos pequeños y grises, pelo negro, algo canoso por las sienes. Empiezan a salirle arrugas de expresión en la frente y alrededor de los ojos. Es la típica foto que le harían a alguien para decorar su ficha policial.

—¿Y este quién es? —pregunta Lucas.

—Su nombre es Pablo Quílez.

—¿Y qué ha hecho para que cueste acabar con él tanto dinero?

—No es tanto lo que ha hecho, que ya sería suficiente, como lo que pretende hacer. Es empresario. Tiene la contrata de basuras de la ciudad.

—Pues en este barrio hay mucha mierda que barrer…

—Pero, claro —sigue don Ángel—; nuestro amigo no es tonto y le gusta diversificar. Hizo muchísimo dinero cuando el boom inmobiliario. Como todos. Luego abrió una planta de tratamiento de residuos y se quedó con la contrata de basuras. Mucho dinero.

—¿Y qué ha hecho mal? —pregunta Lucas.

Don Ángel frunce el ceño.

—¿Sabes? Es cierto. La cárcel te ha cambiado. Antes no hacías tantas preguntas.

—Solo digo que me parece mucho dinero por un solo tío. Tiene que haber enfadado a alguien importante. No se pagaba este dinero ni antes de la crisis.

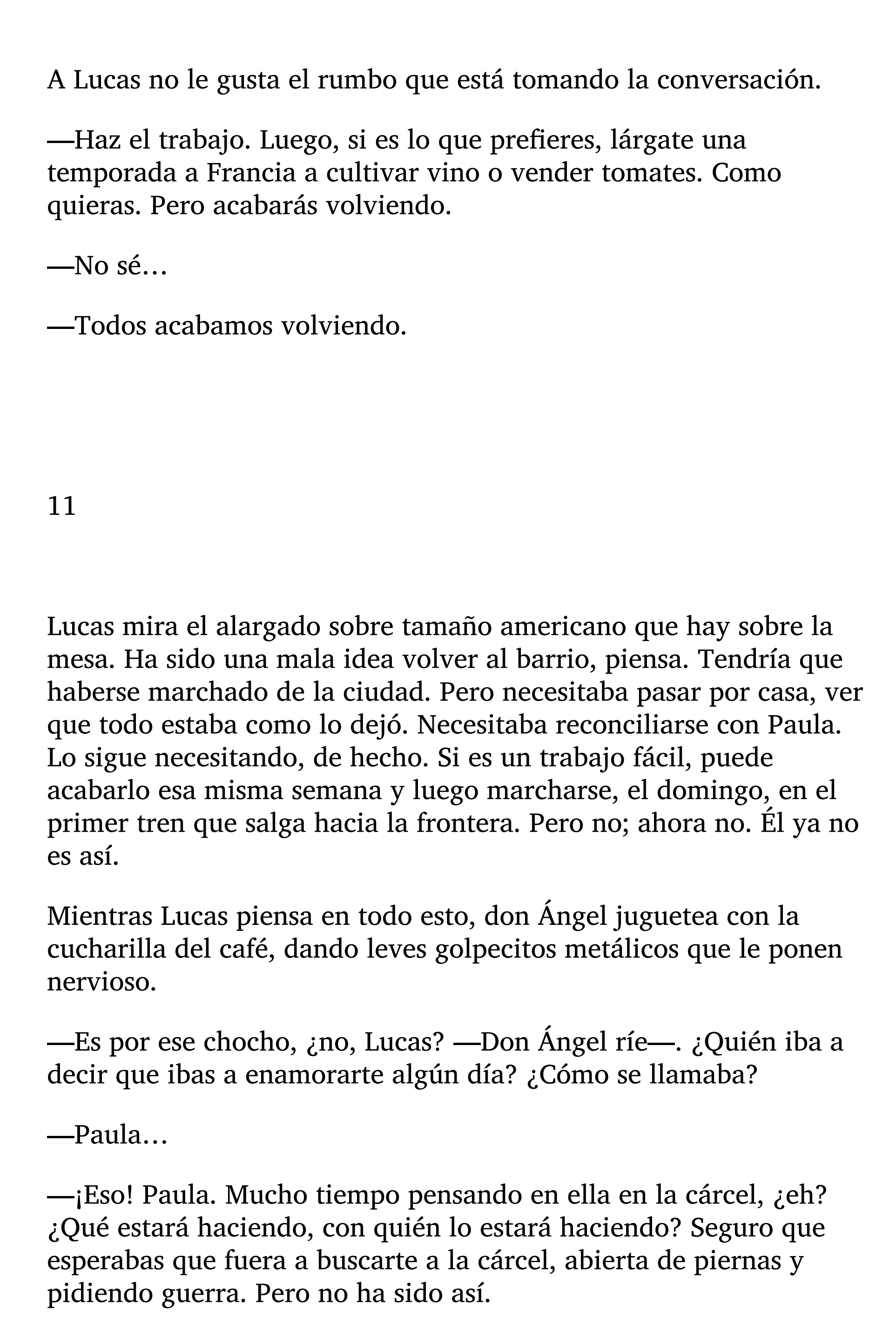
—Habrá otros cuatro mil cuando termines el trabajo. Será sencillo. Suele acudir a una sala de apuestas del centro, una especie de casino en miniatura. No lleva protección y tiene una rutina muy marcada.

—No sé si soy su hombre, don Ángel.

—Siempre has sido mi hombre, Lucas. Nunca me has fallado. Y yo tampoco, ¿verdad?

—Nunca, don Ángel. Pero es que no sé si quiero hacer este encargo…

—¿Vas a decirme que no, Lucas? Después de todos estos años… ¿Vas a despreciar mi amistad, mi confianza?



A Lucas no le gusta el rumbo que está tomando la conversación.

—Haz el trabajo. Luego, si es lo que prefieres, lárgate una temporada a Francia a cultivar vino o vender tomates. Como quieras. Pero acabarás volviendo.

—No sé…

—Todos acabamos volviendo.

11

Lucas mira el alargado sobre tamaño americano que hay sobre la mesa. Ha sido una mala idea volver al barrio, piensa. Tendría que haberse marchado de la ciudad. Pero necesitaba pasar por casa, ver que todo estaba como lo dejó. Necesitaba reconciliarse con Paula. Lo sigue necesitando, de hecho. Si es un trabajo fácil, puede acabarlo esa misma semana y luego marcharse, el domingo, en el primer tren que salga hacia la frontera. Pero no; ahora no. Él ya no es así.

Mientras Lucas piensa en todo esto, don Ángel juguetea con la cucharilla del café, dando leves golpecitos metálicos que le ponen nervioso.

—Es por ese chocho, ¿no, Lucas? —Don Ángel ríe—. ¿Quién iba a decir que ibas a enamorarte algún día? ¿Cómo se llamaba?

—Paula…

—¡Eso! Paula. Mucho tiempo pensando en ella en la cárcel, ¿eh? ¿Qué estará haciendo, con quién lo estará haciendo? Seguro que esperabas que fuera a buscarte a la cárcel, abierta de piernas y pidiendo guerra. Pero no ha sido así.

—No —responde Lucas.

—Sin embargo, sigues deseándola. No puedes dejar de pensar en ella, ¿verdad?

—Cada segundo, don Ángel.

—Entiendo. Entonces no querrás que le pase algo… a Paula.

Lucas empieza a inquietarse.

—No sabe quién es, don Ángel. Usted no la conoce —responde Lucas.

—Mis chicos —dice el viejo señalando la puerta del italiano, donde el negro sigue de brazos cruzados— pueden llegar a ser muy persuasivos.

—No se atrevería a matar a una mujer.

—Yo no, desde luego —dice don Ángel—; pero algún otro haría ese trabajo.

Lucas piensa en Paula. Aún puede recuperarla. Solo necesita hablar con ella, sincerarse, lograr que vuelva a confiar en él. Y luego podrán largarse para siempre.

—¿Qué me dices, Lucas?

Lucas estira el brazo para coger el sobre.

—Será la última vez —contesta.

—Sabía que eras mi hombre. Recuerda —dice don Ángel poniéndose de pie—: la sala de apuestas de la avenida América, esquina con Silvestre de Balboa.

Don Ángel se dirige hacia la barra. Le dice a Marco que él se hará cargo de la cuenta de la mesa de Lucas y Marco únicamente mueve la cabeza de arriba abajo con rápidos movimientos. El jovencito ruso sigue contando las baldosas del suelo. El negro gigante de la entrada abre la puerta a la llegada de don Ángel y, así como desaparece el anciano del bar, entra el otro camarero. Lucas se lía un cigarrillo y se lo lleva a la boca sin encenderlo. Luego se levanta

y se dirige hacia la salida. Cuando pasa por donde está el dueño y los dos camareros, hace un gesto de despedida con la cabeza y sale del restaurante.

Se enciende el cigarrillo y con la primera bocanada mira al cielo. Nublado, aunque el peligro de lluvia parece disipado. Lucas se sube el cuello de la chupa de cuero para abrigarse la nuca, mete las manos en los bolsillos y empieza a caminar hacia el sur, cuesta abajo por la ancha calle. Deben de ser más de las cinco, ya que grupos de niños con mochilas a la espalda vuelven del único colegio que hay en el barrio, un pequeño centro de educación infantil y primaria que posiblemente tenga el índice más alto de absentismo escolar de la provincia. Lucas hubiera parado a alguno de esos niños y les hubiera instado a escapar de ese barrio de no ser porque muchos de ellos ya están condenados. Nacidos en familias desestructuradas, con madres alcohólicas y padres ausentes, con hermanos entrando y saliendo de la cárcel cada seis meses, la única opción que tienen para sobrevivir es la ley del más fuerte. Cada mañana, en el periódico viene la noticia (breve, arrinconada en sucesos o en la sección local) de que uno de esos niños ha atracado a un grupo de turistas que visitaba la catedral; o de que otro muchacho ha sido pillado portando dos kilos y medio de hachís; o vendiendo móviles robados; o de que otro ha muerto por sobredosis de metanfetamina cristalizada. Las niñas acaban siendo pasto de la explotación sexual y con un par de hijos antes de los veinte. Mientras tanto, el barrio se consume y su futuro se dilapida.

Cinco calles y dos cigarrillos más allá, Lucas ve una parada de bus. El plano de la marquesina indica que la línea 3 llega hasta el centro. Hay seis paradas en la larguísima avenida América, donde está ese salón de juegos que frecuenta Pablo Quílez. Lucas se sienta a esperar. Tiene todo el tiempo del mundo.

Un buen rato después, un autobús de color verde frena ante la parada. No baja nadie. El conductor parece fiarse de Lucas, así que abre la puerta y lo deja subir.

El autobús está vacío, y nadie sube hasta tres paradas después, cuando ya ha quedado atrás el barrio.

Cruzando el puente sobre el río hacia el centro de la ciudad, ya se

ve más movimiento de gente. En los alrededores de la ciudad deportiva, en un pequeño campo de fútbol de césped artificial, una treintena de muchachos corren y dan patadas a un balón. Al lado está el estadio, construido hace alrededor de cien años, pero reformado a mitad de los años 90 del siglo xx, justo cuando se iniciaba la recuperación económica tras la crisis del 93, justo también cuando un empresario local se puso al frente del club de fútbol de la ciudad, que militaba entonces en la segunda división. Fichó a un entrenador de prestigio y a tres o cuatro buenos jugadores. Subieron a primera, se blanqueó mucho dinero y se malgastó el presupuesto del club. Luego llegaron los problemas judiciales y el equipo acabó desapareciendo. Ahora se ha renombrado, juegan en tercera y casi nadie acude al estadio, ocupado en su mayoría por eternas promesas del atletismo que van diariamente a darle vueltas a la pista.

En la avenida principal de la ciudad, el autobús hace varias paradas. Lucas aprovecha que se levanta el señor de su lado para bajarse también. Hay mucho trajín de gente. A pesar de la crisis, las tiendas de ropa están llenas. Hasta la amplia acera llega la música alta del interior. Grupos de chicas y chicos entran y salen de una a otra tienda, tan solo para ver, mientras no dejan de teclear en sus móviles de última generación. Lucas pasa por delante de una relojería y se queda mirando el escaparate unos minutos. Ve la ciudad reflejada a través del cristal. Los coches cruzando la avenida. El ruido de los pasos, una ambulancia que araña el aire, provocando un profundo silencio que apenas dura un segundo. Un niño de unos seis o siete años, vestido con un uniforme escolar, camina lentamente, siguiendo a la que debe de ser su madre, que lleva tres bolsas en una mano y habla a gritos por el teléfono móvil. Lucas se decide a entrar en la relojería.

Tiene que tocar el timbre para que le abran. La dependienta es una veinteañera delgada de pelo rubio ceniza y aspecto de universitaria pija que viste un ceñido pantalón negro y una camisetita de manga corta de color verde. Está sola en la tienda, esperando a la clientela con las manos en la espalda y una amplia sonrisa en la cara.

—¿En qué puedo ayudarle? —dice la chica.

—Venía a comprar un reloj —responde Lucas, bajando la cremallera

de su chupa. Hace mucho calor dentro del comercio.

—¿Es para regalo?

Lucas estira ambos brazos para que la dependienta vea sus muñecas huesudas, casi sin pelo.

—Un regalo para mí mismo, podría decirse.

—Muy bien —responde la chica sin borrar su sonrisa de la cara, lo que hace que el maquillaje se le cuartee en las comisuras de los labios—. ¿Está pensando en algo concreto? ¿Qué tiene en mente?

—¿Qué tengo en mente? —dice Lucas, intentando ser amable—. Pues que no soy tan mayor para que me hablen de usted.

—Eso por supuesto. Entonces, ¿un reloj juvenil?

—Podría estar bien.

La chica dirige a Lucas hasta un pequeño mostrador giratorio donde hay unos sesenta modelos diferentes. Lucas hace como que los mira uno por uno, aunque realmente está más pendiente de escuchar el hilo musical. Clásica. Su madre escuchaba música clásica a todas horas. Y también zarzuela, los días en los que estaba la abuela con ellos. Imposible reconocer el tema concreto. Seguro que Paula sí conoce la pieza que suena. Ella es muy buena con eso, con la música, aunque no sea jazz.

Finalmente, Lucas se fija en un reloj. Un Seiko de unos quinientos euros, con caja de acero y el minutero de color rojo.

—Me quedo con ese.

—Excelente elección —dice la dependienta. Lucas sonríe, pensando que la chica habría dicho exactamente lo mismo si se tratara de otro reloj.

Cuando la dependienta intenta justificarle la compra con el relato exhaustivo de sus características técnicas, Lucas saca el sobre con los cuatro mil euros y las dos fotografías, cuenta rápidamente diez billetes de cincuenta y los deja sobre el mostrador de cristal.

La chica enmudece.

—Cuánto dinero lleva encima…

—Una herencia —responde Lucas—. No hace falta que lo envuelvas; me lo llevo puesto. Solo quiero que me lo pongas en hora.

La dependienta manipula el reloj y se lo da a Lucas, junto con las vueltas.

—Gracias —dice él, poniéndose el reloj.

Es algo grande para su muñeca delgada, pero luce bien. Y por fin puede saber la hora.

Las seis y trece minutos.

Y Lucas vuelve a decir gracias.

12

Ya ha anochecido por completo. Cuando Lucas sale de la relojería, callejea un poco. No tiene que estar muy lejos de ese salón de juegos. La avenida principal termina en una rotonda adornada con una antigua fuente que ya no tira agua y que se bifurca en dos grandes calles. Una de ellas, si no recuerda mal el plano de la marquesina de la parada del bus, es la avenida América. Lucas no conoce muy bien esa zona de la ciudad. Ha hecho algunos trabajos por ahí, hace ya tiempo, pero siempre trabajos sencillos. Un par de días de seguimiento y actuar. Pero ahora, siendo Pablo Quílez un conocido empresario, igual es más complicado. Aunque no imposible. No hay nada imposible. Y tiene que hacerlo, aunque no tenga ganas, aunque ya no disfrute con ese estilo de vida. Por Paula. Por mantenerla a salvo.

El salón de juegos hace esquina. Aunque la fachada principal da a la

amplia avenida América, con dos carriles para cada sentido, la puerta de entrada está en una estrecha callejuela, la calle Silvestre de Balboa. Los pisos altos y la escasa iluminación, que contrasta con las potentes farolas LED de la avenida, hacen que la entrada al local esté llena de sombras. Dos macetas grandes con plantas de plástico decoran una pesada puerta de metal con cristal esmerilado desde la que pueden intuirse las luces parpadeantes del interior. Lucas entra. El local tiene la calefacción al máximo. A pesar de ser lunes, está bastante lleno. En el salón principal, ocho o nueve personas llenan tres mesas y miran hacia la enorme pared blanca del fondo, donde se proyecta en directo una carrera de galgos. A la izquierda y a la derecha de esa pared hay una decena de televisores con pantalla de plasma emitiendo carreras de caballos y un listado de apuestas para prácticamente cualquier deporte. De tanto en tanto, algún chaval (porque en su mayoría son chicos de veintipocos años) se levanta, deja su cerveza a medio terminar y va hacia la máquina automática de apuestas o hacia la barra, donde una camarera jovencita se afana en atender a todo el mundo. Al otro lado de la barra hay una sala más pequeña: allí hay una ruleta electrónica, con sus ocho asientos ocupados por hombres de mirada cabizbaja, atentos a los números que van saliendo.

Desde el lugar que ya ocupa Lucas en la barra, una butaca libre que hay al otro lado de la puerta de entrada, puede ver cómo los ojos de uno de los jugadores siguen con atención la pequeña bola. En ese saloncito hay también cuatro máquinas tragaperras y otras tantas de vídeo-póquer. En una de ellas juega la única mujer que hay en el local, aparte de la camarera.

La música de ambiente es pop actual, pero no está demasiado alta. Sobre todo, se escucha el ruido de las máquinas y las conversaciones huecas de algunos clientes. De pronto, el perro elegido por alguien gana la carrera con todas las probabilidades en contra y los gritos de júbilo inundan el local. Pero es una alegría pasajera. Porque, en general, el ambiente es frío.

La camarera, que viste un polo del mismo color granate de la moqueta y del vinilo de algunas paredes, lo ha visto entrar y sentarse, pero solo se acerca a Lucas cuando este lleva ya unos cinco minutos acodado en la barra.

—¿Qué te pongo?

—Una cerveza. Y algo de picar.

—¿Algo en especial? —pregunta la camarera señalando una vitrina refrigerada.

—Lo que tú te comerías.

La camarera va hacia el otro lado de la barra. Por lo que ha podido ver, Pablo Quílez no está en el local. El salón de juegos tendrá unos doscientos metros cuadrados y no tiene seguridad en la puerta, así que debe ser un sitio donde Pablo y cualquier otro vienen a sentirse seguros. Un lugar de confianza. Y un tipo por el que se paga ocho mil euros por borrarlo del planeta tendría que andarse con pies de plomo.

En ese momento solo hay una camarera. Es posible que los fines de semana se refuerce con otro trabajador, quizá dos más. El flujo de gente y de dinero es constante; entra y sale sin cesar. Desde que está sentado y hasta que la camarera le trae la cerveza y un platito con ensaladilla rusa, Lucas cuenta siete viajes hasta la máquina expendedora de apuestas; y solo uno ha sido para cobrar. Ya se sabe: la banca siempre gana.

13

A la hora, cuando ya hace rato que ha terminado la cerveza y la ensaladilla rusa, Lucas se sienta en uno de los cómodos butacones negros que rodean las mesas que hay en la sala principal. Una de las mesas se ha vaciado, pero ahora hay otras tres ocupadas: un par de hombres que rondan los sesenta años y toman gin-tonics, y dos mesas con silenciosos argelinos que beben tés y cafés y miran hacia la pantalla. Lucas ha pedido otra cerveza y un bocadillo de jamón serrano, y la camarera se toma su tiempo en acercárselo. Sigue habiendo solo una camarera (otra diferente, ha cambiado el turno),

y eso que ahora el salón de juegos está notablemente más lleno.

Se ve claramente que la chica no da abasto.

Desde donde está sentado, Lucas tiene una buena perspectiva de todo el local: puede ver quién pasa a la salita de las tragaperras y de la ruleta electrónica y, al mismo tiempo, quién entra o sale del local. Nadie que se parezca a Pablo Quílez en lo que va de tarde.

Cuando lleva algunas horas en el salón de juegos, cuando son exactamente las diez y dieciocho en el reloj Seiko de su muñeca, Lucas paga la cuenta y se va. Las carreras de galgos y caballos han terminado hace rato. En la pantalla grande de la pared están poniendo resúmenes de la Copa del Mundo de Fútbol Sala. La selección española juega el miércoles, los cuartos de final contra Rusia; irá a ver el partido, a ver si, por un casual, Pablo Quílez también va allí. Si don Ángel le ha dicho que frecuenta ese sitio, tiene que ser verdad. Cuanto antes finalice el encargo, menos tiempo tendrá que estar preocupándose por si a Paula le sucede algo.

Lucas sale del local de apuestas, por la estrecha calle que se extiende a su derecha, la niebla espesa dificulta la vista. Al otro lado, donde queda la avenida, en ese momento con pocos coches salpicando la noche de puntitos blancos y rojos, las luces plateadas de las farolas parecen estrellas que emergen entre el gris de la noche. Lucas se para en la esquina a liarse un cigarro y a esperar a que pase un taxi.

No ha dado ni cinco caladas cuando, girando de una bocacalle, aparece uno con la luz verde de libre encendida. Lucas levanta un brazo y el taxi se detiene ante él.

—¿Ha habido suerte? —dice el taxista con voz ronca nada más sentarse Lucas en el asiento de atrás.

Lucas no responde. Ha apagado el cigarro con los dedos y ahora lo sostiene en una mano. El taxista lo mira a través del espejo retrovisor, por encima de unas gafas de culo de vaso pasadas de moda. Eso y el atisbo de una barba canosa de tres días es lo único que Lucas acierta a ver del conductor.

—Como sale del salón de apuestas… —dice el taxista—. Por eso lo decía. Los tipos que tienen suerte piden taxis; los que no, vuelven a casa caminando. Los que no tienen coche, claro.

Lucas no tiene muchas ganas de hablar. Si se ha subido al taxi es porque, a esas horas, ningún autobús urbano se atrevería a entrar en su barrio, y el camino es largo para ir a pie. El taxi tampoco conduciría hasta el barrio. Ni por todo el dinero que aún tiene en el sobre, en el interior de la chupa de cuero. Por eso, Lucas le dice al taxista que lo lleve hasta el puente.

—Caray, amigo —el taxista vuelve a echarle un ojo a través del espejo retrovisor—; vive usted un poco lejos de aquí. Casi en la frontera.

—¿En la frontera?

—Sí. Más allá del puente no hay más que mierda. Mierda pudriéndose día tras día. Ese barrio es el cáncer de esta ciudad.

—Mi padre murió de cáncer —dice Lucas.

—Deberían dinamitar toda esa zona —continúa el taxista, a la suya —. ¡Hala, bum! A tomar por culo. Toda entera. Pero ningún político va a tener cojones para hacerlo.

—Hágalo usted.

—¿Yo? Yo ya tengo bastante con conducir el taxi y llevar dinero a casa. Dos hijos. Y en edad escolar. ¿Usted sabe lo que es eso?

—Dos condones que no se puso.

El taxista se sorbe los mocos.

—Esta ciudad se muere…

Tiene la radio del taxi casi al volumen mínimo. El debate que intentan mantener unos cuantos tertulianos es imperceptible, un soniquete lejano. Lucas se recuesta en su asiento.

—Y encima —dice el taxista—, noche de niebla.

14

No tardan mucho en llegar al puente. Lucas paga la carrera y, antes de que vuelva a encenderse el cigarrillo, el taxi ya se ha perdido entre un espeso vaho. Aún le queda un rato hasta llegar a casa. Tiene que cruzar varias calles: sortear algunas putas drogadictas y a sus chulos, quizá lidiar contra algún grupo de adolescentes con ganas de pelea. Pero Lucas conoce el barrio y sabe evitar esas zonas. Aunque lleva algún tiempo fuera, mantiene algunos contactos allí. Al menos, antes lo conocían.

Cuando a las once y cinco pone un pie en el portal de su edificio, Lucas oye una vocecita que viene de su espalda. Se gira para poder ver, medio oculta entre la niebla, ahora mucho más densa que cuando salió del salón de apuestas, a una mujer que tendrá su edad, pero que aparenta muchos más; desde luego, no menos de cincuenta y cinco. Está delgadísima, consumida por la coca, sentada o más bien echada en el bordillo. Viste, a pesar del frío, una faldita corta de color fucsia y botines marrones sin medias. Va envuelta en un abrigo de falsa piel que le viene grandísimo y le queda fatal. A su lado, cerca de sus famélicas piernas llenas de moratones, hacen equilibrio en la acera un bolsito de charol, un mechero en forma de calavera y un paquete de Fortuna.

—¿Vas a dejar que suba contigo o no?

Lucas la conoce. La ha visto otras veces por el barrio, hace muchísimo tiempo. No ha cambiado. El mismo pelo teñido de rubio platino que parece peluca, las mismas ojeras, los mismos pendientes baratos en forma de corazón. La puta se lo queda mirando como si estuviera pidiéndole limosna.

—Vete a casa —le dice Lucas—. Será lo mejor que hagas.

—Oh, vaya. Un buen samaritano.

—Que te jodan. Vete a casa.

—¿No quieres pasar un buen rato?

—Sí, pero no contigo.

Lucas enfila el portal y entra en el edificio. Sube por la escalera, tranquila a esas horas. Únicamente en el primer piso oye el sonido de un televisor encendido. Tal vez una videoconsola. Al llegar a la tercera planta, entra en casa, echa el doble cerrojo, pasa la cadena y deja la llave puesta. Podrían tirarla abajo tan solo con una patada, pero prefiere dormir con esa vaga sensación de seguridad. Cuando está a punto de acostarse, coge el teléfono inalámbrico que había dejado en la cocina y marca el número de la casa de Paula. A esas horas, estará durmiendo ya, o tal vez viendo una película con su nuevo novio, riéndose a carcajada limpia del mundo y de sus habitantes, envuelta en el eterno abrazo de alguien que no es él.

Pero el teléfono ni siquiera da tono. Se ha quedado sin batería.

Lucas sonríe tristemente para sus adentros.

Pone el teléfono a cargar en la base del salón y luego se va a dormir. Es su primera noche fuera de la cárcel, aunque le parece que ya ha pasado toda una eternidad.

Segunda parte - Martes

Como quien oye llover

en una película

muda,

el rumor

del mundo.

Karmelo C. Iribarren

15

El ruido de la lluvia golpeando los cristales del dormitorio despierta a Lucas. El reloj despertador marca siempre la misma hora, las tres y diecinueve, como si la onda expansiva de una bomba atómica lo hubiera hecho pararse en algún momento del pasado. Pero el reloj de pulsera Seiko indica que son las diez y diecisiete.

Echaba de menos el colchón mullido de su dormitorio, la soledad de la habitación vacía. El piso es pequeño y frío, pero la gruesa manta de la cama protege muy bien. Aun así, Lucas duerme con pijama de invierno. Se levanta y hace cincuenta flexiones y cien abdominales al pie de la cama. Luego se lava la cara y los dientes y va al salón. La batería del teléfono inalámbrico ya se ha cargado del todo. Pulsa el botón de rellamada, pero nadie coge el teléfono en casa de Paula.

Lucas deja que la comunicación se corte; luego cuelga y llama a otro número, al del móvil de ella. Ha tenido que pararse a pensar unos instantes, porque lo cierto es que casi nunca llamaba a ese número. En los seis meses y medio de relación, o estaban juntos o ella llamaba a casa de él, o él a la de ella. Lucas nunca ha tenido teléfono móvil. Pero tampoco ha tenido problemas para encontrarse con nadie.

Una voz mecánica le dice que el teléfono no existe.

Se lo ha cambiado. Paula ha eliminado ese número. Era, posiblemente, uno de los pocos nexos que la unían a Lucas.

Paula trabajaba en unos grandes almacenes del centro de la ciudad, a diez minutos en coche de donde ella vivía, un amplio bungaló muy luminoso con vistas a la sierra donde muchas mañanas, hace ya tiempo, solían despertarse juntos, hechos un ovillo. Lucas hacía el desayuno mientras Paula se preparaba para ir a trabajar. Luego ella se iba y él se quedaba limpiando un poco, arreglando cualquier cosa o viendo la tele. Algunos días, Lucas la acompañaba hasta la

entrada de los grandes almacenes y luego se iba a leer el periódico y almorzar en un bar que hay enfrente. Entonces, don Ángel, que se conoce la ciudad como la palma de su mano, aparecía en aquel bar. O merodeaba por los grandes almacenes. O aparcaba su gran Audi A7 blindado en la puerta de su piso, en el barrio.

Y Lucas sabía que había trabajo que hacer.

A Paula nunca le ocultó la existencia de aquel piso, herencia de una tía suya, pero ella prefería no estar demasiado tiempo allí. Muchas veces, para preparar un trabajo, Lucas le decía a Paula que le habían encargado una chapuza en algún pueblo cercano, que era un par de días solamente, que luego regresaría. Para ella, Lucas era un albañil en paro, cobrando un mísero subsidio de 400 euros.

Los trabajos que le encargaba don Ángel no eran siempre de eliminación; en la mayoría de casos tenía que cobrar una deuda o conseguir que un tipo dejara de incomodar a alguien. Lucas era rápido, eficaz y no dejaba huellas. Don Ángel lo había acogido como a un hijo. Pero llegaba el momento de terminar. Quiso dejarlo cuando empezó con Paula, pero ahí no tuvo la valentía suficiente. Cuando entró en la cárcel para salvarle el pellejo a «El Pinchos» (al capullo de Tomás le hubieran caído cuatro o cinco años mínimo) y por hacerle un favor a don Ángel, lo tuvo claro. En ese año y dos meses de condena leyó mucho, pensó mucho y, sobre todo, sopesó mucho todo aquello que quería cambiar de su vida.

Y ahora aceptaba un nuevo trabajo… Por Paula. Aunque ella no quiera saber nada de él, tiene que liquidar a Pablo Quílez para que ella siga viva, para protegerla de don Ángel y sus sicarios.

Si Paula hubiera estado esperándolo, nada de eso habría pasado. Hubiera ido a casa a recoger el dinero ahorrado y a estas horas del martes ya estarían muy lejos de allí, disfrutando de una mañana soleada en la costa francesa, almorzando zumo de naranja y tostadas con mermelada a la orilla del mar. No habría lluvia ni frío. Y aunque lo hubiera, nada de eso importaría, porque ellos estarían juntos.

16

Lucas se da una ducha rápida y se pone unos vaqueros negros y un jersey de cuello alto también negro. Al ponerse la chupa de cuero recuerda que el sobre que le dio don Ángel aún está dentro. Saca cuatro billetes de cincuenta euros y guarda el sobre dentro de la caja que esconde tras la pared del baño. Con eso tendrá suficiente para pasar el día.

Ha parado de llover, pero las calles están encharcadas. Nada más pisar la acera, Lucas ve a dos muchachos vestidos con chándales de marca. Esperan apoyados en una pared pintarrajeada de grafitis, en el chaflán de enfrente. Llega un BMW azul marino tuneado, con la música alta y un horrible dibujo de color naranja en forma de flama, para delante de ellos y, apenas diez segundos después, el coche sigue su camino y los chavales se alejan cada uno por un lado con las manos en los bolsillos.

Lucas no sabe ni por qué se esconden. Nadie va a decirles nada. Ningún secreta, si es que aprecia su vida y la de su familia, va a atreverse a hacer guardia en un coche camuflado día tras día, esperando a que llegue al barrio un cargamento de hachís o cocaína. El último coche camuflado de la Policía Nacional que estacionó a un lado del descampado donde yonquis y putas hacen guardia las veinticuatro horas del día ardió. Los polis que iban dentro pudieron salir por piernas. Eso fue hace muchísimo tiempo, pero Lucas aún puede recordar las llamas de aquel coche, elevándose hacia el cielo más de nueve metros como si fuera un monumento de los que arden en las hogueras de San Juan. Al día siguiente, cuando la prensa y otros nacionales acudieron a hacer preguntas, nadie recordaba nada, nadie había visto nada. Y los niños del barrio tenían un nuevo juguetito.

17

Sentado en la misma parada de autobús que ayer, Lucas fuma un cigarrillo tras otro. Pasa una mujer mayor, que tira con dificultad de un carrito de la compra que debe de estar lleno y va apoyándose en un paraguas amarillo que hace las veces de bastón. La señora se lo queda mirando con desprecio, pero Lucas le aguanta la mirada, hasta que ella finalmente mira al asfalto. La gente mayor que ha vivido siempre en el barrio siente la pena de haber conocido tiempos mejores. Quizá hasta la impotencia de no haber movido un músculo para evitar la debacle. Ahora poco se puede hacer.

Llega el autobús. Lucas tira la colilla al suelo y sube al vehículo. El conductor coge el dinero y le dice, sin ni siquiera mirarle a la cara:

—Mañana no hay servicio.

—¿Y eso?

—Por la huelga general.

—Ahm. ¿Y no hay servicios mínimos?

—Para este barrio no.

Lucas se sienta hacia la mitad del autobús. Al fondo hay dos críos de unos doce o trece años que, evidentemente, se han fugado del instituto. Uno de ellos es sudamericano. El otro, que tiene una sonrisa perpetua en la cara, escucha música mediante unos enormes cascos de color blanco. Mueve la cabeza siguiendo el ritmo. El sudamericano únicamente mira por la ventana. Se bajan cuatro paradas más allá, cuando el autobús ya ha llegado al puente. Allí sube una pareja de ancianos, que marchan a paso lento por el estrecho pasillo hasta que consiguen sentarse. Lucas se los queda mirando unos segundos.

Cerca de la avenida principal está la estación de trenes. Lucas se apea en la parada de autobús que lo deja en la misma puerta, no muy lejos de donde un mar de taxis aguarda a la clientela. La estación es un apático solar de estilo rococó y techos altísimos que

ha sufrido decenas de reformas con el paso del tiempo. Se oye ruido de trenes llegando y saliendo, los frenos que chirrían. La gente se despide agitando los brazos, derramando, quizá, alguna lágrima. En la cafetería de la estación, una atractiva joven lee una pequeña guía turística de la ciudad, sentada ella sola en la mesita que queda más lejos de la barra. Desde allí, dos tipos la miran de reojo; fantasean con ella y sus minúsculos pechos. La chica tiene unas pequeñas gafas de vista de montura plateada y no se ha sacado el abrigo de plumas, a pesar de que en esa parte de la estación se está bien.

Al otro lado, donde quedan los andenes, cruzando setenta metros de suelo de mármol, bancos de metal de nueve plazas y dos hileras de taquillas para dejar pertenencias bajo llave, corre aire y hace frío. Lucas puede ver un pequeño grupo de personas esperando el tren. Se entretienen mirando sus billetes, dando golpecitos con sus paraguas, leyendo noticias en el móvil o, simplemente, viendo pasar los minutos en el gran reloj digital que hay en el centro de cada andén. Ya nadie mira el enorme reloj de manecillas que queda justo a su espalda, presidiendo la estación.

Lucas se dirige hacia la ventanilla de compra de billetes. Media y larga distancia. No hay cola. La mujer que está dentro de la pecera tiene cincuenta y tantos años, el pelo rizado y mechas rojas. Lleva las gafas en la base de la nariz y mira a Lucas por encima de los cristales, a través también del cristal doble del mostrador.

—¿Que desea?

—Dos billetes.

—¿Algún destino en particular?

—¿Cuál es el primer pueblo pasada la frontera?

La mujer suspira. Consulta algo en su ordenador.

—Perpiñán. ¿Para qué día?

—Este domingo.

—¿Turista o preferente?

—Turista —responde Lucas—. Dos asientos juntos, por favor.

—Hay un tren por la mañana, temprano; a las ocho de la mañana. Hace un transbordo de hora y media y llega a Perpiñán sobre las dos menos veinte.

—Ese está bien. Dos billetes.

—¿Solo ida?

Lucas asiente. La mujer teclea con rapidez. Tiene esa velocidad en los dedos que solo se consigue con años y años de trabajo y constancia, aunque parece que hoy no tiene su mejor día: está como cansada, asqueada más bien. Un minuto después, la mujer le dice a Lucas el precio. Luego le entrega los dos billetes en un sobre y las vueltas.

—Buen viaje.

—Gracias.

Lucas mira hacia el andén. Un tren ha llegado. El grupo de personas de antes se arrastra hacia el interior. Una fila de hormigas que cumplen su función sin rechistar. Nadie vuelve la vista atrás. Él tampoco querrá hacerlo llegado el momento.

Cuando sale de la estación y se dirige a la parada de taxis, empieza a llover sobre la ciudad.

18

No hay nadie esperando un taxi. El tipo que le invita a subir a un Opel nuevecito de color blanco está fumando dentro del coche, debido a la lluvia, echando el humo hacia afuera gracias a que la ventanilla está a medio subir. Lucas se mete dentro del taxi para resguardarse.

—¿Dónde vamos, amigo?

—Al centro —responde Lucas, sacudiéndose las gotas de lluvia de la chupa de cuero.

—¿Algún sitio en especial?

Lucas quiere ir a los grandes almacenes que hay en el centro. El taxista vuelve la cabeza un instante hacia donde está Lucas.

—¡Buen sitio para empezar la ruta turística!

—Mal día para hacer turismo, diría yo.

—Bueno… —dice el taxista incorporándose al tráfico de la ciudad —; por algún lugar hay que empezar.

El tipo del taxi, que tendrá su edad aunque luce un envidiable aspecto juvenil y el cuello robusto de gimnasio, pone en marcha el taxímetro. No lleva la radio encendida, por lo que a Lucas le da miedo que, de repente, el taxista se ponga a hablar del tiempo, de la temporada liguera de fútbol o de la final de la Copa Davis del domingo. Sin embargo, el hombre guarda silencio y conduce sin apenas mirar a Lucas por el espejo retrovisor. Solo pregunta si viene de muy lejos (la mayoría de gente que coja un taxi en aquella parada saldrá de la estación), a lo que Lucas responde que sí, que viene de muy lejos y que se irá más lejos todavía. Cuando el taxi para delante de los grandes almacenes en los que trabajaba Paula (confía en que lo siga haciendo), la lluvia está arreciando. Lucas le da propina al taxista. El tipo le regala una amplia sonrisa de dientes blanqueados. Esa podría haber sido otra vida, piensa Lucas. Podría haber sido un currante honrado, un tipo simpaticón que conduce un taxi y respeta los semáforos y los silencios de sus viajeros. Podría tener ya un par de críos, juntarse con su hermano Javier los fines de semana para comer una paella o un pollo asado. Ver a los niños crecer día a día. Ir al cine. Amar a su mujer.

Pero eligió otra vida. Cuando el taxi se aleja por la avenida y las últimas gotas de la lluvia caen del cielo negro, Lucas piensa que también se alejó en su día cualquier atisbo de felicidad. No se arrepiente de nada de lo que ha hecho; al fin y al cabo, no puede

volver atrás en el tiempo, pero sí hubiera preferido tener las fuerzas para elegir otro camino. Lucas vuelve en sí; regresa de sus pensamientos. Un universitario con mochila, pantalones pitillo, barba de tres días y cascos en las orejas acaba de tropezar con él.

19

Paula no tenía un puesto fijo en aquellos grandes almacenes. No al menos hace un año: igual estaba vendiendo discos que ofreciendo las últimas novedades editoriales; igual vendía pañuelos de seda y bolsos de diseño que, en la temporada estival, estaba en la sección de trajes de baño de la planta joven. La dirección lo hacía para no acostumbrar al cliente habitual a una cara concreta. Cualquier relación de confianza o amistad tenía que evitarse.

Las enormes láminas de cristal del edificio de nueve plantas donde se ubican los grandes almacenes reflejan las nubes negras. Aunque ya no llueve, caen gotas dispersas, pero la gente de la ciudad se ha cansado de ir abriendo y cerrando sus paraguas. Ríos de personas van de aquí para allá. Entran y salen de los comercios. Fuman en las puertas de los bares. Hablan a gritos por teléfono. Escuchan música mediante sus iPods. Antes de entrar en los grandes almacenes, Lucas tiene que pararse para no ser arrollado por dos mujeres que van haciendo *footing*. Las dos mascan chicle, están cubiertas de sudor y tienen las mejillas coloradas debido al esfuerzo de embutirse en las mallas de colores vivos.

Al entrar, Lucas tiene que bajar la cremallera de su chupa porque la calefacción está al máximo. Hay mucha gente dentro, aunque pocos están realmente comprando. Muchos van a mirar, a toquetear el género, a hacerse fotos con el último modelito de un diseñador famoso para subirlas a cualquier red social y simular que se tiene el dinero para comprar ese vestido. También para evitar el frío de la calle. Algunos chavales del barrio, seguro, una vez que se han fugado de sus clases del instituto, van hasta allí para hacerse con el

nuevo disco de su cantante favorito de hip hop. Aunque no lo tengan que pagar.

Lucas da una vuelta por la planta baja, donde ya empiezan a asomar los primeros adornos navideños. Allí se encuentran los departamentos de libros, música, películas, papelería y prensa. Pero Paula no está allí. Sube por una escalera mecánica hasta la primera planta. Una voz femenina anuncia por megafonía una rebaja del diez por ciento en electrodomésticos de primeras marcas. Luego sigue un hilo musical muy suave de baladas en inglés. Echa un vistazo rápido por la planta, dedicada a muebles de baño y cocina, cubertería y figuritas de decoración. Lucas se queda mirando un rato las preciosas esculturas de porcelana fabricadas en serie y pintadas a mano. Una empleada jovencita vestida con el uniforme (falda de tubo hasta la rodilla y camisa a cuadros con pañuelo azul marino al cuello) se le acerca para preguntarle si le puede ayudar en algo.

—Solo estoy mirando —responde Lucas.

La chica no parece muy convencida con esa respuesta. A pesar de oler a colonia y vestir de forma correcta, Lucas todavía no se ha afeitado (a Paula le gustaba con barba). Eso, y el hecho de que las bolsas de sus ojos hundidos estén incrementándose con el paso de los años, le dan un aspecto de presunto delincuente. Y menos mal que la dependienta no sabe que es exconvicto.

Lucas desaparece de allí en menos de dos minutos. No quiere problemas. Solo quiere encontrarse con Paula y hablar con ella.

Tras otear la segunda planta, Lucas llega a la tercera, donde están los grandes electrodomésticos. También hay una pequeña sección dedicada a instrumentos musicales y partituras. Una pareja joven mira neveras que quepan en la pequeña cocina del piso que acaban de comprar. Al fondo, un veinteañero flacucho con una camiseta de Led Zeppelin prueba una guitarra eléctrica sin amplificar. Lucas no se aleja demasiado de la base de la escalera mecánica para echar, desde allí, un vistazo de toda la planta.

—Debí imaginármelo —dice una voz a sus espaldas.

Es Paula.

Lucas se gira y la ve. Hace más de un año que no se han visto. Más de un año desde que la dejase llorando en el portal de su bungaló, con grandes rodales de rímel negro corriéndole por las mejillas. «Estoy muy defraudada», había dicho entonces. Al día siguiente tuvo el juicio y entró en prisión. Y ahora dice «Debí imaginármelo». Parece que sea la misma conversación.

Había hablado con ella un par de veces más y la había visto en la celda, cuando se cerraban todas las puertas, apagaban las luces y Lucas bajaba los párpados. Entonces, Paula aparecía allí, como un sueño hecho realidad, dibujado en su mente. Y ahora, por fin, volvía a tenerla delante.

—¿Qué haces aquí? —dice Paula.

Ella no lleva la camisa a cuadros del uniforme de los grandes almacenes, aunque sí viste la falda estrecha color azul marino y el pañuelo. Paula luce una ceñida camisa de color rosa palo con un cartelito con su nombre en el pecho. Está guapísima. No ha cambiado nada. Tal vez lleve ahora el pelo un poco más corto, pero sigue poniéndose mechas claras.

—¿Te han ascendido? —pregunta Lucas.

—Sí —responde tajantemente—. Ahora soy jefa de sección; he cambiado el uniforme.

Los tacones y la falda de tubo le marcan la cintura. Lucas recuerda haber recorrido con sus manos ese cuerpo, haberla rodeado con sus brazos, haberla amado incesantemente noche tras noche. En aquella época, que parece pertenecer a otra vida, Paula tenía un singular brillo en la mirada que iluminaba los días y daba un sentido a la existencia de Lucas. Hoy, esos ojos marrones lo miraban con desgana, apenas fijándole la vista un segundo.

—Siempre supe que llegarías lejos… —dice Lucas.

—Vamos, vente —contesta Paula—. No quiero que me montes una escena.

Coge a Lucas del brazo y lo arrastra literalmente hacia la escalera mecánica. De camino a la última planta (seis pisos de silencio absoluto entre los dos) se cruzan con un dependiente joven, también con la camisa a cuadros reglamentaria. Lucas piensa que no tendrá más de diecinueve años. Pantalón de traje y camisa de manga larga, ocho o nueve horas al día pateándose los grandes almacenes de arriba abajo por un sueldo de mierda, de lunes a sábado y cinco o seis domingos al año; y todo para poder pagarse a duras penas una carrera que lo haga soñar con un futuro diferente.

—Claudio —le dice Paula cuando están a la misma altura, él en la escalera de bajada, muy tieso, con una mano en el bolsillo, y Lucas y Paula subiendo por la otra escalera—; vuelvo en cinco minutos. O menos. Cúbreme, ¿vale?

Al tal Claudio no le da tiempo a responder. Solo mueve la cabeza afirmativamente. Paula podría haber tenido otra clase de vida. Puede tenerla aún. Todavía es joven; treinta y siete años es mucha vida, pero aún le queda mucho por vivir. En esos cinco minutos de tregua que le ha concedido, Paula debe volver a confiar en Lucas.

Cuando están sentados en una de las mesas más alejadas de la barra del bar-restaurante que hay en la última planta, cuando un camarero bajito ya les ha traído dos cafés y dos trocitos de bizcocho con nueces, Lucas saca los dos billetes de tren del interior de su chupa y los deja sobre la mesa.

—¿Y esto? ¿Te vas?

—Nos vamos —corrige él. Luego se mesa la barba.

Paula suspira hondamente y sonríe para sus adentros.

—No has entendido nada, Lucas…

—No hice nada. La droga no era mía.

—¿No era tuya? ¿Y qué hacías tú con tanta droga encima?

—Le hacía un favor a alguien.

—¿A *alguien*? ¿Hombre o mujer?

—Es mejor que no sepas de quién se trata.

Paula vuelve a suspirar. Está intentando no alterarse, pero no podría prometerlo.

—Sigues haciéndolo —dice Paula—. ¿No lo ves, Lucas? Sigues ocultándome cosas…

—No quiero ocultarte nada. Por eso el viaje. Vámonos. Quiero empezar de cero, muy lejos. Contigo…

Paula mira atentamente los billetes.

—Quieres empezar *ya* una nueva vida, pero saliendo este domingo.

—Tengo que hacer algo antes —dice él.

—Algo… Alguien… ¿Te das cuenta de que hablas en clave?

—Tengo que hacerlo —dice él bajando la mirada—. Y luego nos iremos.

—¿Y qué es eso que tienes que hacer?

«Vamos, confiesa», se dice Lucas. Es el momento de decirle toda la verdad. Tiene que matar a un tipo que no conoce porque su jefe, don Ángel, la sombra que le he manejado desde hace quince años, le pagará ocho mil euros. Si se niega, ella saldrá mal parada. Y las amenazas de don Ángel siempre se cumplen. Pero eso no podía decírselo a Paula, así que finalmente baja la mirada y responde:

—No puedo decírtelo…

—No pienso irme contigo a ningún sitio. Esta es mi ciudad. Aquí está mi vida. Hubo un momento en el que creí que formabas parte de ella, pero ahora sé que no.

—¿Quién es ese que contestó al teléfono ayer?

—Alguien, Lucas. Ese era alguien…

Hay un silencio incómodo.

No hablan más. Lucas intenta mirarla, pero cada vez que sus ojos se cruzan, Paula dirige la vista hacia otra parte. Ella no deja de mirar su reloj, un pequeño relojito de esfera circular con la correa de cuero marrón. Lo mira cada minuto. Varias veces. Lucas piensa que seguramente se lo habrá regalado *él*, el otro, el tipo que le respondió al teléfono.

—Tengo que seguir trabajando, Lucas. Algunos tenemos un trabajo digno.

Paula apenas ha probado bocado de su porción de bizcocho.

—¿Pensarás lo del viaje?

Paula ya está de pie. Parece que hasta se ríe.

Lucas la ve alejarse. Le dice algo desde la distancia al camarero, algo como que lo anote en su cuenta o que luego pasará a pagar la consumición. Eso es lo que el camarero le dice a Lucas cuando, después de terminar el exiguo almuerzo y guardarse en el interior de su chupa de cuero los dos billetes de tren, se acerca a la barra. El bar-restaurante de los grandes almacenes tiene aspecto de pub inglés de principios del siglo XX. Ahora ha quedado vacío y el camarero puede seguir sacando brillo a las copas. Mientras Paula y él compartieron mesa, solamente un hombre (trajeado, impolutos zapatos negros, algo mayor que Lucas) se sentó a la barra. Estuvo jugueteando con su teléfono móvil al tiempo que pasaba las hojas del periódico de atrás hacia delante. Se bebió en dos tragos un café solo y luego se alejó de allí como si tuviera prisa.

Antes de salir de nuevo a la calle, Lucas merodea un rato por la sección de discos. A Paula le encantaba el jazz clásico. Cosas de Coltrane, la Fitzgerald o Louis Armstrong. En su bungaló tenía decenas de grabaciones antiguas de la Blue Note. Él se aficionó a la música gracias a ella. Coge un CD de Miles Davis (a Paula siempre le gustó el lánguido sonido de la trompeta). En una estantería cercana hay una pila de libros sobre jazz. Lucas encuentra un curioso libro de postales dibujadas por Robert Crumb con más de cien imágenes de músicos de blues, jazz y country. El libro está en inglés, pero Lucas se lo lleva porque viene con un CD y porque en la portada aparece dibujado Jack Stokes en la misma posición que en

aquella fotografía del disco que Paula se olvidó en su piso.

La chica que le atiende en la caja de la sección le cobra, mete el disco y el libro en una minúscula bolsa de plástico y le dice «adiós buenos días» sin borrar una tenue sonrisita de su cara. Y todo casi en el mismo movimiento.

20

Chispea sobre la ciudad. No hace tanto frío para que sea nieve, pero Lucas cree que no tardarán mucho en llegar los primeros copos. De hecho, es posible que las montañas cercanas ya estén cubiertas de blanco. En dos o tres semanas también lo estará la ciudad. Bonita estampa navideña para que los niños se inmortalicen con una bufanda que les tape los ojos, un muñeco de nieve artesanal y un improvisado trineo con el que deslizarse por los parques. La Navidad parece que cree un paréntesis de paz en su barrio. Igual es por el espíritu navideño y toda esa mierda, piensa Lucas. Quién sabe. O por el frío, que concede una tregua. En su reloj Seiko recién estrenado son las doce y veintitrés. La avenida sigue repleta de gente. Decenas de personas entran y salen de las tiendas.

Es pronto para ir al salón de juegos. Desde luego, no cree que Pablo Quílez esté a esas horas allí. Tendrá alguna reunión que atender o una comida de empresa a la que acudir. Lucas aprovecha que llueve muy poco para caminar. Pasea la bolsita con el CD de Miles Davis y el libro de Crumb por las calles limpísimas. En uno de esos edificios de la avenida principal, próximos a los grandes almacenes, hizo uno de sus últimos trabajos. Como siempre, don Ángel encontró a Lucas por el barrio y le entregó un sobre con algunas fotografías de la persona a eliminar y un anticipo. Para gastos. El trabajo era un gordo de cincuenta y nueve años, de pequeños ojitos grises y andares de pingüino. Había enfadado a un tío importante (o debía dinero a alguien, o se había follado a la hija de cualquier empresario de la ciudad) y este se había puesto en contacto con don

Ángel a través de alguien que aseguraba que conocía a un tipo que lo conocía. La cadena solía tener tres o cuatro eslabones. Y cada uno pillaba tajada, por supuesto.

Lucas sabía que el gordo estaría en un puesto callejero de helados a la una y cuarto de la tarde. Por aquel entonces era verano, uno de esos tórridos veranos de aceras hirviendo, y el gordo tenía una rutina muy marcada; de eso se había asegurado con un sencillo seguimiento de tres días. A la una salía del curro (arreglaba zapatos en un pequeño taller no muy lejos de donde vivía), se tomaba un helado y enfilaba camino a casa. Vivía con su madre, ya mayor, pero ese día no iba a haber nadie en casa. La madre se había marchado de viaje a un balneario. Volvería el domingo por la noche, aliviada de su artrosis para un par de meses y contenta de haberse atiborrado a panecillos de mantequilla en el bufé libre del desayuno. Para cuando llegara, el cuerpo enorme de su hijo llevaría cuatro días tirado en la cocina.

Lucas sabía abrir cerraduras. No es algo demasiado difícil, sobre todo si se tiene práctica. Y Lucas la tenía. A la una y veinte ya estaba en casa del gordo. Techos altos, un pasillo estrecho con los interruptores de la luz antiguos, fotos en blanco y negro por las paredes, sábanas viejas, amarillentas, y tufillo a hospital. Como era un tipo gordo, Lucas sabía que tarde o temprano entraría en la cocina. Ahí lo esperó, agazapado tras una puerta que daba al lavadero. Cuando el gordo llegó, Lucas pudo oír cómo dejaba las llaves en la mesita de mármol de la entrada. El tipo jadeaba al andar. Entró en la salita de estar, la habitación contigua a la cocina, y encendió el televisor. Estaban dando *La Ruleta de la Suerte*. El gordo parecía haberse sentado en un sillón a ver el programa. De vez en cuando, si se sabía la respuesta, la gritaba a los cuatro vientos, muy orgulloso, y luego se reía. Si daba la casualidad de que intuía la respuesta mucho tiempo antes de que algún concursante la acertara, Lucas podía oírle gritar la frase varias veces. Cinco, seis o siete; antes y durante cada giro de ruleta.

Al rato, el presentador fue a publicidad y el gordo se levantó del sillón. Lucas pudo sentir el esfuerzo del tipo. Lo vio entrar en la cocina. El gordo abrió la nevera, cogió un batido y cuando lo destapó para bebérselo de un trago, Lucas salió de su escondite y le

golpeó en el costado izquierdo. Un puñetazo rápido. El hombre cayó al suelo y, con él, desparramándose por la cocina, el batido. Era de fresa y plátano.

En la caída, la cabeza del gordo había dado contra la encimera y, ya inconsciente, ciento veinticuatro kilos de grasa y hueso dieron contra el suelo. Parecía que sangraba, pero Lucas no tocó el cuerpo. Se sentó en una silla de madera de la cocina y esperó a que la vida del tipo se esfumara. El puñetazo había sido suficiente para reventarle el bazo; y el aterrizaje lo sumió en un letargo del que ya no despertaría. Moriría en un par de horas. Lucas esperó una hora y luego salió de la casa. Dejó la tele encendida. *La Ruleta de la Suerte* ya había terminado; ahora echaban dibujos animados. *Los Simpsons*. Lucas se sabía algunos capítulos de memoria.

Ese trabajo le supuso mil quinientos euros. La noticia de la muerte del gordo ni siquiera apareció en el suplemento local del periódico. Ni una mísera esquela. Ni un recuadro de tus amigos no te olvidan, tu madre te quiere, tu novia te echará de menos. Solo un agujero bajo tierra y una enorme caja de madera. Y nada más.

21

Lucas entra en una pequeña bocatería que hay frente al salón de juegos. Tiene buena pinta. Es la una y media y los dos camareros se miran las caras tras la barra. Están viendo la tele, un canal con deportes las veinticuatro horas del día. Lucas echa un vistazo al plasma de 55 pulgadas. Están poniendo resúmenes de los partidos de la Copa del Mundo de Fútbol Sala.

—Esos son peligrosos —dice uno de los camareros—. Jugadón en el tercer gol contra los checos. Mira.

En la pantalla, repetido varias veces y desde distintos ángulos, el combinado ruso trenza una serie de pases que terminan con un

disparo ajustado al poste derecho del portero checo. Tres a cero.

—Ya —responde el otro camarero—, pero no tienen nada que hacer contra nosotros. Menuda paliza les metimos el domingo a los anfitriones.

—¿Los tailandeses? Esos eran una panda de amigos… Me dan miedo los dos brasileños del equipo ruso.

—¡Ya ves! Dos negros rusos.

Los dos camareros ríen. Tendrán sobre los veinte años, no más de veinticinco.

—Pues imagínate una final Brasil-España —dice el otro chico—. Ahí son todos brasileños originales…

Y vuelven a reír. Lucas piensa que es posible que los dos camareros lleven ya varias cervezas a cuenta de la casa y un porro a medias en el almacén. Solo así se explicaría el tono histriónico de sus risas. Porque la verdad es que Lucas no le ve la puta gracia: lleva como tres minutos sentado a la barra y los dos colegas ni siquiera se han dignado a mirarle.

En la barra también hay un tipo cuarentón y su hijo de diez años. El niño toma una Coca-Cola y el padre va por su tercera cerveza. Se queja de la política local, pero no se da cuenta de que a ninguno de los dos camareros les interesa lo más mínimo su cháchara. Lucas se sienta cerca del niño, que también parece que está cansado de su padre. Pide una hamburguesa especial con patatas fritas, una caña y un plato de ensaladilla rusa.

La hamburguesa especial lleva huevo frito y bacon. Con el primer bocado, a Lucas le quema en la lengua la carne. Da un trago largo a la cerveza y entonces oye que el tipo de su izquierda dice algo de Pablo Quílez. Lucas sigue comiendo, pero pone atención.

—Y ahora le vamos a dar —seguía diciendo el hombre— más de la mitad del presupuesto municipal. Así la ciudad ya será suya. Lo siguiente es cambiarle el nombre. Pablo Quílez City. Lo que nos faltaba.

El niño, más pendiente de su Coca-Cola que de la arenga del padre, parece ya todo un experto en ignorar las soflamas de su progenitor.

—Pablo Quílez es el de las basuras, ¿verdad?

El hombre mira a Lucas. Los dos camareros también lo hacen, como queriendo increparlo por abrir la caja de los truenos.

—El mismo. El de las basuras, el de la planta de residuos. El que intentó levantar cuatro mil viviendas en la parte alta de la ciudad…

—¿Y ahora qué ha hecho?

El hombre levanta las cejas.

—¿No lees los periódicos? ¿No te has enterado?

Lucas se encoge de hombros.

—¿Acaso eres de fuera?

—No —responde Lucas—. Vivo aquí, pero he estado un tiempo desconectado.

—Dentro de tres semanas —le aclara el hombre— hay pleno municipal. Una de sus empresas ya hace la limpieza local desde hace años. Ahora va a renovarse esa contrata, sumándole la del tratamiento de residuos, y todo ello en la nueva planta que el ayuntamiento se ha comprometido a construir en el polígono industrial, el privado, el que casualmente montó una de sus empresas. Negocio redondo.

—¿Y nadie se queja?

—La oposición está comprada. Pablo Quílez ha sabido ganarse la confianza de todos los partidos. Regalos aquí, un viaje pagado por allá. Y todos contentos.

—Siempre ganan los mismos, ¿eh?

—No. Siempre perdemos los mismos.

Cuando cruza la avenida, Lucas piensa en las palabras del tipo de la hamburguesería. Pablo Quílez, el empresario que va a conseguir esa nueva contrata, ha enfadado a alguien. Cuando Lucas termine el trabajo, está claro que debe desaparecer. Si es tan poderoso, los medios de comunicación se harán eco de la noticia de su muerte. Eso paralizará la contrata, ya que desaparecido el dueño de la empresa y abierta la investigación que trate de resolver el crimen, quien tome las riendas del negocio podría modificar sus objetivos. Pero alguien se beneficiará de esa muerte. Eso es así. Hace tiempo no le habría dado tantas vueltas al asunto. Habría estudiado durante un par de días los movimientos de la persona en cuestión y habría actuado. Lucas era eficaz. Cumplía los plazos y, lo mejor, no hacía preguntas. Ni siquiera se las hacía a sí mismo. Si la muerte de Pablo Quílez conseguía paralizar la operación de esa contrata es porque otra empresa pretendía quedarse con ella. Al final es el mismo perro con distinto collar.

Cuando estuvo en la cárcel, Lucas leyó mucho sobre felicidad, sobre la práctica del amor incondicional hacia todos los seres, sobre adquirir y conservar la paz espiritual. No es que tuviera remordimientos de todo lo que había hecho, de todos sus asesinatos por encargo (¿cuántos habían sido?; ¿cincuenta?, ¿setenta?, ¿ciento quince?). Tampoco le confesó sus crímenes al sacerdote de la prisión (a él que le importaba), ni los puso en común con el grupo de cristianos que se reunían en el pabellón principal para hablar de Jesucristo y de la Biblia. Ni siquiera sopesó abrazar cualquiera de esas filosofías orientales tan de moda. Es posible que ahora necesitara conocer las razones. Quizá mucha gente a la que asesinó mereciera ese final. Otros, seguramente, no. Son esos en quienes piensa Lucas.

23

El salón de juegos sortea bien la crisis. Hay bastante gente. Algunas caras ya le son conocidas. Hay un tío que está sentado en la misma butaca que ayer, mirando girar la bolita metálica de la ruleta electrónica. Solo levanta la vista para comprobar el número que ha salido y ojear la alternancia de números de las últimas veinte tiradas. Únicamente deja libre su asiento para ir a la máquina de cambio y sacar monedas. Lo que parece ser un whisky con cola sigue allí. Si no fuera porque lleva otra ropa distinta, podría decirse que el tipo ni siquiera se ha marchado a su casa.

En la sala principal hay unos quince jugadores, todos pendientes de la carrera de galgos de la pantalla gigante, tomándose cervezas o refrescos mientras van y vienen de la máquina de apuestas o de la barra. Comentan la jugada: el perro favorito ha tropezado en la primera curva y queda último, dejando vía libre para ganar al que lo tenía todo en contra. 12 a 1. Alguien ha hecho una buena elección.

La camarera es la misma que había ayer a esas horas, pero no reconoce a Lucas. Le dirige la misma sonrisa hueca y, de nuevo, le mira a la boca en vez de a los ojos cuando le pregunta qué quiere tomar. La muchacha aprendió ese truco cuando trabajaba en una discoteca, hace ya tres años, cuando aún soñaba con sacarse la carrera para ser maestra de educación infantil: si miras a la boca cuando el cliente pide, es posible que aciertes a leer sus labios.

Lucas, ya con su tercio de cerveza, ocupa un lugar cercano al de ayer. Así puede ver todo el local. Antes o después tiene que aparecer Pablo Quílez.

24

Lo ve entrar cuando vuelve de los aseos. Son las siete y media de la tarde. Sobre la mesa, junto a la bolsita de los grandes almacenes, la camarera le acaba de dejar otro tercio de cerveza. Sin duda es Pablo Quílez. Tiene el traje gris claro salpicado de gotas de lluvia. Entra con prisas, sacudiéndose el pelo mojado, a pesar de que no tiene pinta de que llueva demasiado. Pablo no lleva abrigo, lo que significa que ha venido en coche y ha aparcado cerca. Al entrar, cuando la puerta se cierra, el empresario se desajusta un poco la corbata. Este es un lugar en el que se siente seguro. La camarera lo ve llegar y se nota que lo conoce. Enseguida se pone a prepararle su combinado favorito (ginebra irlandesa y tónica especial) y se lo acerca a un lado de la barra, donde Pablo Quílez espera.

Lucas da tragos cortos a la cerveza y mira de reojo la pantalla de las apuestas mientras observa los movimientos de Pablo. Con el cubata en la mano se dirige hacia donde queda la ruleta electrónica. Se sienta en un hueco libre, uno cualquiera; a Lucas no le parece que tenga un sitio de costumbre, aunque nunca se sabe. Hay jugadores muy supersticiosos, pero Lucas piensa que Pablo Quílez, al que sin duda le sobrará el dinero, no da el perfil del perfecto ludópata. Le parece que el empresario acude asiduamente a ese salón de juegos para descargar la tensión. La mayoría de personas en el local se juegan el poco dinero que tienen soñando con pillar un premio gordo. Teniendo en cuenta las empresas que dirige y el presupuesto que debe manejar ese hombre, su razón se aproximará más a la simple pasión de jugar.

Ni siquiera se quita la chaqueta del traje. Quizá espere estar poco tiempo. Pablo Quílez juega sin ninguna prisa. Para ver mejor los números, ha sacado del interior de su chaqueta una pequeña funda de piel y se ha puesto unas delgadas gafas. Mete monedas en la máquina y va eligiendo números poco a poco. Cuando gana, que son bastantes veces, sonríe. Cuando no, parece que suspira. Mira hacia arriba levantando las cejas, como si se dijera a sí mismo lo estúpido que ha sido por esa elección. La apuesta mínima de la máquina son veinte céntimos, pero es imposible saber, desde donde está Lucas, cuánto está jugando Pablo Quílez en cada giro de ruleta. Si Lucas presta atención, por encima de la música y de las voces de la gente, por encima del tintineo de los hielos chocando contra la copa cuando la camarera pone otra ronda de cubatas, puede oírse la

voz femenina, mecánica, con un ligero acento sudamericano, de la máquina de la ruleta: 8 negro par y falta, 14 rojo par y falta, 25 rojo impar y pasa… Pablo no se levanta de su asiento en ningún momento. Saca otro billete de cincuenta euros de la cartera que guarda en el interior de la chaqueta y lo introduce en la máquina. En el tiempo en que está sentado ante la ruleta, Pablo Quílez saca el móvil varias veces para mirarlo. Lucas piensa que probablemente sean correos electrónicos o mensajes. De vez en cuando los contesta, fijando su vista atentamente en la pantalla gigante del teléfono, dejando escapar ese giro.

Cuando lleva una hora jugando, Pablo recibe una llamada. Intenta hablar en el mismo salón de apuestas, acercándose mucho el aparato a la boca, apretándolo contra su oreja. Se lleva la otra mano a la oreja que queda libre para eliminar el ruido. No lo consigue. Pablo se levanta, se quita las gafas y se dirige hacia la salida. Abre la puerta con la espalda y sale al exterior. Lucas observa toda la escena. Mira el Seiko de su muñeca y espera un minuto y medio. Luego coge cuatro resguardos no premiados de apuestas y va hacia la puerta del local.

Cuando sale, se encuentra de bruces con Pablo Quílez.

—Cuidado, hombre —le dice con malas maneras.

—Disculpe —responde Lucas, algo aturdido.

El empresario se resguarda de la densa lluvia que cae ahora sobre la ciudad. Sigue con el móvil en la mano. Al ver que el otro tipo le ha respondido con serenidad, Pablo respira hondo.

—¿Una mala apuesta? —le pregunta Pablo.

—¿Una solo? —dice Lucas enseñándole los papeles arrugados de su mano. Luego los lanza a la acera y al poco quedan convertidos en una masa húmeda sin forma.

—¿Apuesta a perros, a caballos, a fútbol?

—Galgos —responde Lucas—. Las carreras son más rápidas. Y no hace falta saber demasiado. Con elegir cualquier perro al azar

sobra. Los deportes son más complicados.

—¿Complicados? No creo. Si uno quiere ganar siempre, o casi siempre, hay apuestas seguras. Barcelona y Madrid nunca pierden, por ejemplo.

—Pero hay que esperar 90 minutos de partido… —dice Lucas.

—Eso sí. Por cierto, ¿fuma?

—A eso salía —responde Lucas, y saca la bolsa con el tabaco de liar.

—Y yo que iba a ofrecerle un cigarrillo. Putas leyes, ¿eh…? Bueno, ¿llevarás mechero, no?

—Por supuesto. Ahí tienes.

Y Lucas le da a Pablo Quílez un encendedor. Este ha sacado un paquete de Camel. Lucas se dedica a fabricarse un cigarro. Cuando tiene el tabaco sobre el papel de liar y ya ha colocado el filtro, Lucas mira hacia el cielo y dice:

—Espero que hayas venido en coche.

—Lo mismo te digo.

Lucas le da un lametazo al papel de liar y sonríe. Pablo, que ya está fumando, le devuelve el mechero a Lucas y este se enciende su cigarro.

—Me llamo Pablo.

Y le tiende una mano a Lucas. Este se la estrecha con firmeza, diciendo:

—Manuel. Encantado.

La ruleta es un juego veloz. Lucas nunca ha probado suerte en ella. En la cárcel hacía grupo con algunos presos para jugar al dominó o a la brisca. Un par de veces jugó también al póquer, en la modalidad Texas hold'em, pero siempre perdía, así que terminó por aburrirse.

—La ruleta es sencilla si sabes cómo apostar —le dice Pablo Quílez a Lucas cuando ya están sentados frente a la máquina.

Cada uno tiene delante una pequeña pantalla táctil como de quince o veinte pulgadas que muestra el tapete con los 36 números y las distintas apuestas. En esa porción de la mesa puede ingresar billetes o monedas y cobrar los premios. La ruleta está en medio de las ocho pantallas y una pantalla más grande va mostrando los resultados y un historial con las últimas veinte jugadas.

—Si apuestas solo a un número —sigue diciéndole Pablo—, estás jodido.

—¿Pero ganas más?

—Las probabilidades de ganar jugando a un único número son muy pequeñas. De los treinta y seis números que hay, más el cero, es muy difícil acertar el número que va a salir.

—¿Y cómo lo haces tú? —pregunta Lucas.

—Yo apuesto a rojo o negro casi siempre. O también por docenas o columnas.

La camarera llega y les deja sus consumiciones. Lucas toma otro tercio de cerveza; Pablo Quílez, otro gin-tonic.

Lucas empieza metiendo cinco euros en la máquina. Como la apuesta mínima es de veinte céntimos piensa que así durará más y podrá conversar más tiempo con Pablo Quílez. No obstante, a Pablo no le interesa hablar. Está muy concentrado en los giros de la bola en la ruleta. Él apuesta un euro en cada tirada, a rojo o negro, indistintamente. Le dijo a Lucas que una noche jugaba siempre a negro y la siguiente siempre a rojo. Si fallaba, apostaba el doble.

Lucas cree que es una manera sencilla de arruinarte: si, por ejemplo, es la noche de apostar a rojo y de repente la ruleta sufre una racha de números negros, tendrías que apostar siempre el doble de lo apostado y la cantidad crecería exponencialmente hasta dejarte sin blanca. Aunque no cree que Pablo Quílez tenga problemas de dinero.

Para ir rascando algún premio, Pablo hace dos o tres apuestas por tirada. Siempre a rojo o a negro, pero también combinando la tirada con grupos de números. Cuando llevan sentados media hora, a Lucas le parece que la ruleta es un juego tremendamente aburrido.

26

Son las nueve y veinte y Lucas lleva ganados dos euros. Y porque acertó de chiripa el número exacto en el que la bolita iba a caer. Ha perdido la cuenta de las veces que Pablo Quílez ha cobrado ganancias de la máquina, pero también ha perdido la cuenta de las veces que el empresario le ha metido cincuenta euros. Son las nueve y veinte, y tras consultar la hora en su teléfono móvil varias veces, Pablo se levanta del asiento.

—Bueno, Manuel, ha sido un placer. Si mañana estás por aquí nos veremos.

—Muy bien. Estaré por aquí —dice Lucas—. Lo que no te prometo es que esté en la ruleta…

—Ya, ya. A ti te van más los perros corriendo.

Pablo vuelve a mirar el reloj del móvil. Tiene prisa. Quizá haya quedado con alguien para cenar. Su mujer, tal vez. Don Ángel no le dijo si estaba casado. Esos datos no solía preguntarlos Lucas antes, pero ahora siente que necesita saberlos.

—¿Tienes prisa? ¿Quedaste para cenar? —pregunta Lucas.

—Siempre tengo algo que hacer. Es jodido estar tan ocupado. Por

eso vengo aquí.

—¿Te relaja ver una bola dando vueltas?

—Míralo de ese modo.

—Si vas a salir, te acompaño. Así me fumo un cigarrillo.

—Como quieras.

Pablo se dirige a la barra y paga todas las consumiciones. Lucas saca la bolsita con el tabaco de liar y sale a la calle. Continúa lloviendo, una lluvia fina que inunda con su monótono sonsonete todos los rincones de la ciudad. Cuando sale Pablo, Lucas ya está echando el humo hacia arriba.

—No tenías que haberlo pagado todo…

—Hoy por ti, mañana por mí —responde Pablo—. Que termine bien la noche, Manuel.

—Lo mismo digo.

Pablo se sube el cuello de la chaqueta para no mojarse la nuca y empieza a correr torpemente por la estrecha calle Silvestre de Balboa. Cuando pasan unos segundos, Lucas pisa la acera y vuelve la cabeza hacia donde se ha ido el empresario. Aún se le ve, a través de la cortina de agua y de la noche oscura, a pesar de que algunas farolas están apagadas para que el ayuntamiento se ahorre unos euros. Pablo Quílez ya no corre. Debe tener el coche cerca. Lucas se lleva el cigarrillo a la boca. Piensa que va a ser fácil acabar con Pablo Quílez. Demasiado fácil. Y también piensa que un tío que maneja tantos millones de euros debería tener más cuidado de por dónde anda y de con quién se junta.

Lucas apura el cigarrillo y entra de nuevo en el salón de apuestas. Le quedarán menos de dos euros en créditos. Los cobrará y le pedirá a la camarera un bocadillo. Y luego al barrio. En taxi. Porque el camino es largo. Hasta el puente, claro, porque ningún taxista pasaría a esas horas por las calles de su barrio. Eso lo sabe él y cualquiera que estime su vida.

Antes de salir de nuevo a la calle, todavía con el regusto del queso manchego en el paladar, piensa qué estará cenando Paula. Le gustaría estar con ella en ese momento. En ese y en todos los momentos que le queden de vida. Para siempre. Para toda la eternidad.

Tercera parte - Miércoles

Siempre he pensado lo mismo:

deja quieta la mierda

hasta que se convierta en polvo.

Eduardo Errasti

27

El reloj de manecillas del pequeño Citroën AX que hay estacionado frente al salón de juegos marca las doce y diecisiete. Ya es miércoles. Después de oír las señales horarias de la medianoche, el conductor ha apagado la radio. Tiene veintiocho años y el pelo rizado de color castaño. Una buena mata de pelo que necesita un corte urgente. Él y su acompañante, Cristina, llevan ahí parados alrededor de una hora, con el motor y las luces apagados, observando la puerta del salón de juegos de la avenida América.

Como cada noche de la última semana.

Llevan más de una hora viendo llover, escuchando cómo golpea la lluvia el techo del AX mientras fuman un porro tras otro.

Hace tanto calor dentro del coche debido al efecto submarino que el hombre se ha quitado la sudadera y la ha lanzado sobre los asientos traseros. La chica sigue llevando la chaqueta de plumas, pero él puede ver cómo suda. Puede sentirlo. A Cristina le caen enormes goterones de sudor por las sienes pálidas y no para de jadear, como si estuviera inmersa en una maratón. Está sudando, pero solo se ha desabrochado un poco el plumas, dejando ver una camisetita verde de tirantes que sugiere un escote rosado, húmedo por la alta temperatura que hay dentro del coche.

Por supuesto, no siempre van en ese Citroën AX. Ni que fueran unos aficionados. A veces pasaban por la puerta del salón de apuestas a esa misma hora, medio abrazados y besuqueándose; o cenaban, haciéndose los remolones, en la bocatería que hay en la otra acera de la avenida, la misma bocatería junto a la que Toni ha aparcado el coche. Otras noches entraban en el salón de apuestas, a jugar unas partidas y comprobar, por enésima vez, la disposición del local.

La barra nada más entrar, a la derecha el saloncito de las

tragaperras y la ruleta y luego un salón principal, donde están las teles y el pantallón de la pared. Al fondo, los aseos y un almacén. Todo controlado. Toni tenía ya el plano grabado en su cabeza. Era bueno con ese tipo de cosas.

—Maldita lluvia —dice Cristina.

La voz clara de la chica suena ronca. Lleva un buen rato sin decir nada, callada, observando la calle borrosa a través del vaho de los cristales. Carraspea antes de añadir:

—No se puede ver nada, joder.

Y la hierba que ha fumado antes le envuelve el paladar.

—Se intuye algo —responde Toni entrecerrando los ojos para ver mejor a través de la luna delantera del coche, donde varios regueros de agua corren como ríos de sangre cristalina. Entre semana, el local cierra entre las doce y las doce y media, según haya más o menos clientes. Los fines de semana, a las dos. El dueño tiene otros tres locales como ese, dos en la misma ciudad y otro, algo más pequeño, en un pueblo cercano, que abrió a finales de este verano aprovechando el inicio de la temporada liguera.

Ya conocen los horarios de apertura y cierre, pero hacen guardia para confirmarlos. No quieren dejar nada a la suerte o a la improvisación. Toni lo prefiere así. Y ella lo entiende y lo respeta. Aunque eso le cueste llegar medio dormida al trabajo, el turno de mañana en la cafetería de una gasolinera. Es un curro de mierda únicamente los sábados y los domingos, pero es suficiente para costear el alquiler de un quinto sin ascensor frente al puente. Cristina tiene veinticinco años y, desde que acabó el instituto, encadena trabajos mal pagados y jefes cabrones. Cuando llegó la crisis, en 2008, estuvo un tiempo parada, haciendo cualquier cosa que le ofrecieran. Pero, en general, no le cuesta encontrar algo: es una chica atractiva, rubia de pelo largo y liso, siempre recogido con una coleta, sonrisa amplia y ojos claros. A Toni le excitan esos turgentes labios, cuyas sinuosas curvas recuerdan a los mullidos sofás de un pub pijo. Los padres de Cristina hubieran preferido otra vida mejor para ella: carrera universitaria, oposiciones, empleo fijo, quizá ya algún retoño al que pasear los domingos por el centro,

pero todo se torció cuando conoció a Toni, hace ya ocho años. Desde entonces, no se han separado.

Ahora apenas habla con sus padres y lleva un tatuaje a la altura del omóplato derecho, una especie de hada de color violeta que su madre detestaría. Pero a Toni le encanta el cuerpo de Cristina, como esculpido en fino mármol.

Él no trabaja. Cobraba la prestación por desempleo, pero se le terminó hace cinco meses. Ya entonces habían atracado algunas joyerías y gasolineras. Golpes rapidísimos. Entrar y salir en tres minutos.

Solo se llevaban dinero en metálico, nada de joyas que luego es imposible colocar a no ser que tengas ya un comprador en el mercado negro. Y Toni no conocía a nadie y tampoco contemplaba la idea de compartir un botín. Habían empezado a delinquir por necesidad, puede decirse, pero también por esa descarga de adrenalina que sentían. Aparcaban el coche dos manzanas más allá o lo dejaban en la puerta, con el motor encendido; Cristina salía, cubriéndose su melena rubia con una peluca rosa y gafas de sol grandes, tocaba el timbre de la joyería y, al abrirse la puerta, entraba Toni corriendo, pistola en mano. Nunca tardaban en salir más de dos minutos. Nunca les habían pillado.

No se llevaban joyas, relojes, ni nada por el estilo. Solo dinero. Porque el dinero no tiene dueño y no se puede rastrear.

—Es la hora —dice Toni.

El reloj de manecillas del AX marca las doce y veinticuatro. Dentro del salón de apuestas no quedarán muchos clientes. Los rezagados de última hora, los que ni la música apagada echa a la calle. Un par de minutos después llega un Lexus plateado de setenta mil euros y aparca en doble fila, cerca de la puerta del local. El conductor deja los cuatro intermitentes encendidos y baja.

—Ahí está el dueño —anuncia Toni.

—Hoy se ha adelantado —responde Cristina.

Salen dos clientes, dos tíos que no tendrán más de veinte años. Echan un vistazo al cielo y empiezan a andar por la avenida muy cerca de las fachadas, donde los balcones los protegen de la lluvia.

El dueño ya ha entrado.

—Ahora empieza el ritual —dice Toni—. El tío entra, echa un vistazo para comprobar que no queda nadie y va apagando las máquinas. La camarera le tira un cable por el otro lado del local. Igual se hace un chupito; nunca un cubata a estas horas. ¿Habrá chupito hoy, nena?

—Quién sabe... —responde Cristina, cronometrando la entrada del dueño con su reloj de pulsera.

—Ahora —sigue imaginando Toni—, la chica de la barra le da el sobre con la recaudación de la caja registradora. El tipo se queja, la crisis, esas mierdas, pero aun así es una pasta. Martes noche: calculo que habrán sacado mil o mil y pico euros.

Toni sabe que los sábados se reproduce el mismo proceso, pero es más lento, porque el dueño recoge la recaudación semanal de las máquinas. Ha llegado a calcular que rondarán los quince o veinte mil euros. En semanas buenas, de Champions, puede que veinticinco mil. Más de cuatro millones de pesetas. De una tajada.

En alguna farmacia han llegado a trincar mil quinientos euros; y en una joyería pillaron una caja de mil setecientos. Siempre dinero en efectivo. Salvo una vez: desde el palo a una pequeña joyería de un pueblo cercano, Cristina lleva un anillo de zafiros y diamantes en su mano izquierda. Como si estuvieran prometidos.

—Ya salen —anuncia Cristina.

—Ajá —dice Toni—. Y ahora, de nuevo, lo mismo de siempre: dos besitos a la camarera, nos vemos mañana, o el lunes, y adiós. ¿Vas en coche? ¿Te acerco? No, lo tengo aparcado ahí mismo. El tipo aprovecha para mirarle el culo a la camarera cuando se aleja y se mete en su cochazo con el sobre. Mientras se conecta la alarma y baja la puerta automática, el dueño recuenta los billetes con la recaudación del día y sale pitando de allí. ¿Qué hora es, nena?

—Las doce y treinta y dos.

—Cinco o seis minutos. No falla.

El sábado tarda más, por eso de tener que vaciar todas las máquinas. Pero siempre es igual: la puerta abierta de la calle y el dueño y la camarera recogiendo dinero y contando billetes. Sin vigilante de seguridad. El local tiene tres cámaras, pero ninguna da a la calle, así que cuando entren ya irán cubiertos. Y el dueño tiene que venir sí o sí. Los sábados, si la camarera está fregando el suelo o terminando de cerrar la caja, es posible que el dueño se haga un cubata en la barra. Una copa rápida, ya que su Lexus RX siempre se queda en doble fila. Pero él tiene que venir; es el único que tiene copia de la llave de las máquinas. Toni y Cristina han visto que, si alguna de las tragaperras se estropea, la camarera llama y el dueño acude enseguida y soluciona el asunto. Es posible que exista alguna otra copia, pero que se use exclusivamente en emergencias (el dueño no es tonto y sabe que hay ojos observando ese tipo de cosas).

Cada sábado, antes de las dos y veinte, en las seis semanas que llevan vigilando el local, el dueño ya está de vuelta al coche. Y va cargado con la recaudación de las máquinas. Es un trabajo sencillo. Acorralarán al dueño en la salida, le quitarán el dinero y huirán. Aparcarán en la callejuela de al lado, en Silvestre de Balboa. Cuando llegue el coche esperarán a que el tipo entre y lo interceptarán a la salida. Un golpe sencillo. Si opone resistencia dispararán contra él o contra la camarera, pero no debe haber ningún problema. El dueño no aparenta menos de sesenta años y solo hace falta verlo para comprobar que no está en forma. Además, una pistola paraliza a cualquiera.

Cristina rebusca en la guantera del coche hasta dar con la bolsita de marihuana. Sus finos dedos no tardan demasiado en liar un canuto. Mucha hierba y poco tabaco: como le gusta a Toni. Lo enciende con un mechero que saca de sus estrechos pantaloncitos vaqueros y le da un par de caladas antes de pasárselo a su novio.

—Se nos acaba la hierba, Toni.

—Ahora pillamos.

—¿Ahora?

—«El Pinchos» nunca duerme —responde Toni lanzando el denso humo al techo del Citroën AX—. Pero antes vamos a tomar algo.

28

Toni aparca junto al poste que soporta la enorme eme amarilla del McDonald’s que hay a las afueras de la ciudad, en la salida oeste que conduce hasta la capital. Es un aparcamiento pequeño; los tres coches que hay allí pertenecerán a vecinos de los pisos cercanos. Cristina echa el asiento para atrás, casi pegando contra los asientos traseros, y pone los pies sobre el salpicadero. Calza unas deportivas blancas manchadas de barro y, como no lleva calcetines, Toni se queda mirando un rato la piel blanquecina de sus tobillos huesudos.

—¿Cuánto dinero llevas encima, nena?

—¿Después de pagar las hamburguesas? Unos treinta o cuarenta euros.

—Será suficiente.

Toni le da un bocado a su cena y sorbe de la pajita.

—No deberías haberte pedido Coca-Cola —le dice Cristina—. Luego no duermes.

—Mejor para ti… Toda la noche despierto.

Ella sonríe. Luego muerde la hamburguesa. Un chorro de mayonesa resbala por sus dedos, pero lo ataja dándole un lametazo.

—¿Vas a llamar a «El Pinchos»? —pregunta Cristina.

—Sí. Con treinta euros de hierba pasamos la semana. Y luego… Luego ni siquiera tendremos que ver a «El Pinchos».

—Mejor.

Toni saca del bolsillo su móvil. Lo tiene destrozado por las múltiples caídas, pero todavía funciona. A Cristina le gustan más las últimas tecnologías. A principios de otoño le regaló un móvil con pantalla gigante, táctil y un montón de aplicaciones para perder el tiempo, pero él prefiere su móvil de siempre. De hecho, solo ha tenido tres, y siempre ha procurado que le aguantaran hasta las últimas consecuencias. Toni piensa que, cuanto más sencillo sea el aparato, menos consumirá.

«El Pinchos» es quien le suministra la hierba. Se conocen desde el instituto, aunque Toni logró salir del barrio con dieciséis años. Si no hubiera escapado para buscarse la vida al otro lado del puente, es posible que ahora mismo no estuviera vivo. Ha tenido suerte. La sigue teniendo, a pesar de estar haciendo puntos para que no sea así. Mientras espera a que «El Pinchos» conteste al teléfono, Toni piensa en lo increíblemente afortunado que ha sido, y no solo por la novia que tiene.

—Ya te dije que era tarde… —comenta Cristina, que casi ha terminado su hamburguesa.

—Este no duerme.

—¿Diga? —Finalmente «El Pinchos» se digna a coger el teléfono. Tiene la voz cansada. Toni vuelve a mirar el reloj del salpicadero: la una menos cinco. Madrugada de miércoles. Noche cerrada.

—Soy yo. Toni.

Silencio al otro lado del teléfono.

—Toni Grau, especifica.

—Ya, ya —dice «El Pinchos»—. Solo tú puedes estar llamándome a la una de la mañana.

Toni suelta una carcajada, mirando a Cristina. Ella no se inmuta: desde donde está es incapaz de oír la conversación.

—¿Qué quieres?

—¿Tienes hierba, Tomás?

—¿Ahora quieres hierba? —pregunta «El Pinchos», que parece ir recuperando la voz.

—Treinta pavos solamente.

—¿Estás muy lejos de aquí?

Tomás «El Pinchos» vive todavía en el barrio. Dejó su casa de siempre y se instaló en el edificio en construcción, junto al descampado de las putas.

—Estoy en el parking del McDonald's.

—Pues yo estoy donde siempre. Aquí te espero.

«El Pinchos» cuelga. Toni se guarda el teléfono móvil y le da otro bocado a la hamburguesa. Mastica lentamente. Se entretiene mirando la lluvia golpear la luna delantera. No llueve tanto como antes; apenas se crean charcos.

—Bueno, ¿qué? —dice Cristina—. ¿Qué te ha dicho?

—Que vayamos a su casa.

—¿A su *casa?* ¿Sigue llamándola así?

—Vamos, nena… —se queja Toni.

—¿Qué? Ya sabes que no me gusta ese sitio. Y pretendes que vayamos de noche.

—Si quieres te dejo en casa y voy yo solo. Pilla de camino.

—Tú solo no vas a ir —dice Cristina incorporándose, y luego mueve el asiento hasta donde estaba antes.

—Pues entonces aclárate. Además, nada nos va a pasar. Conozco a Tomás.

—Ya, bueno, ¿y qué? Ese barrio es lo peor.

—No lo dirás en serio… Yo me crié allí —dice Toni.

—Alguna excepción tendría que haber, ¿no?

Toni sonríe. Arranca el coche y sale del aparcamiento, dejando atrás las luces amarillas del letrero del restaurante. Están a diez minutos del barrio.

29

Es tarde, pero eso no impide que Lucas vuelva a poner el CD de Miles Davis. Está tumbado en la cama, aún con la ropa puesta, con todas las luces apagadas salvo la pantallita de la minicadena. Una débil luz azul que apenas ilumina la estancia pero que le permite recrearse en las imágenes del libro de Robert Crumb. Lucas coge el mando a distancia del aparato y le da al *play*. Vuelve a sonar el primer tema. El disco solo tiene dos cortes, dos canciones larguísimas con un sonido que se aleja del jazz más clásico. Al principio hay un acorde de órgano eléctrico y enseguida entra un ritmo constante de batería y el punteo de una guitarra. Luego llegará la trompeta de Miles Davis. Es un disco antiguo, de finales de los sesenta, una reedición barata que suena a vinilo.

Mientras tanto, observa con detenimiento cada una de las imágenes del libro de postales de Crumb: imágenes coloristas sobre fondos neutros de los músicos con sus instrumentos (guitarras, trompetas, trombones, pianos, algún banjo, los violines típicos del country), posturas profesionales ante el ojo del dibujante, como si realmente hubieran posado para él. Ahí están los nombres de aquellos músicos de los que tanto le había hablado Paula: Burl «Jaybird» Coleman, Memphis Minnie, Louis Armstrong, Jabbo Smith, Mary Lou Williams, el mismo Frank Stokes. Figuras del blues, de ese jazz temprano que, tristemente iluminadas por la luz azul de la pantalla de la minicadena, parecen estar cumpliendo su razón de ser.

Lucas se imagina que Paula está escuchando ese disco de Miles Davis con él, tumbada a su lado. Piensa en ella. Y cada vez que lo

hace recuerda su encargo, la visita de don Ángel y sus guardaespaldas al restaurante Tívoli, el dinero que ha recibido para matar a Pablo Quílez. Acaba de conocer al empresario. Le parece un buen tío, pero un tío que ha enfadado a alguien. Lucas supone que alguien así tendrá una larga lista de enemigos. Pero siempre hay un porqué. Siempre lo hubo, aunque solo ahora se lo plantee. En cualquier caso, tiene que acabar pronto con él y reunirse con Paula. Iniciar una nueva vida, lejos de todo y cerca de ella.

30

En el descampado hay cuatro prostitutas pasando frío. Como ha dejado de llover, han salido de la protección de lo que tendría que haber sido la bajada al aparcamiento de un edificio, todavía en construcción, si la crisis hubiera pasado de largo. Ahora enfilan de nuevo su paseo nocturno. Algunas se tropiezan cada tres pasos, por los taconazos que llevan y porque el descampado está lleno de pedruscos y latas de cerveza descoloridas. Las farolas no llegan hasta allí y la luz de las hogueras que los sintecho hacen cada noche en el edificio no es suficiente para que las putas puedan ver por dónde andan.

Cuando Toni aparca el coche, una famélica mujer de unos cuarenta años se acerca hasta el AX, pero vuelve por donde ha venido cuando ve que la pareja se apea. Está siendo una mala noche; de hecho, está siendo una mala semana. La lluvia y el frío espantan a la mitad de los clientes.

El edificio donde vive «El Pinchos» es ese mismo. Un bloque de siete plantas con cuatro viviendas en cada piso que tendría que haber simbolizado la llegada de una nueva época al barrio. Pero la burbuja inmobiliaria explotó y el constructor tuvo que dejar el proyecto a medio terminar. Vendió un par de viviendas, pero no pudo ni entregar las llaves. Por las mañanas, el sol ilumina la gran valla publicitaria que hay en mitad del descampado: un enorme

cartelón con el dibujo tridimensional del Wonderful Hope Building. Así, en inglés, como si fuera una broma de mal gusto. Cinco bloques de siete plantas con una piscina en medio y locales comerciales. Anchas avenidas y arbolitos frondosos. En el dibujo, la gente pasea sonriente mientras carga con bolsas de cartón, y sonríe sin parar, y parece que está orgullosa de su vida y quiere que tú te des cuenta de ello. Incluso, los conductores sacan la mano por la ventanilla para saludar a diestro y siniestro.

Cuando llamas al número de teléfono de la promotora nadie contesta. Como el constructor vendió algunos pisos, el tema está en los juzgados, pero el tipo está en paradero desconocido. Mientras tanto, una caja de ahorros se quedó con todo el bloque, a pesar de que había aún plantas diáfanas, sin tabiques, y sabiendo que no iba a venderlo nunca, porque, para entonces, la gente del barrio ya había arrancado la mayoría del cableado del edificio. Las putas prestan sus servicios en el sótano, donde irían los garajes, o también en algunos locales de los bajos. Y en la quinta planta vive «El Pinchos». Hasta ahí van Cristina y Toni.

—Vámonos pronto —dice ella—. Sabes que no me gusta este sitio.

—Será entrar y salir.

Suben por una escalera ancha, muy sucia. Cristina ha sacado su móvil porque tiene una gran pantalla y así puede iluminar el camino. A medida que suben les llega el sonido de los habitantes del edificio: alguien que ronca en algún lugar, una pareja haciéndolo en un rincón, gente que gime, el crepitar de las hogueras, hip hop a todo volumen. Hace frío. Mucho frío. A Cristina se le eriza la piel y un escalofrío le recorre toda la espalda.

—No me gusta este sitio —repite.

—Tranquila, nena. Vamos protegidos.

Cristina sube los escalones detrás de Toni. Él piensa en su pistola, una CZ 75 de 9 milímetros y en su cargador de 20 balas. Piensa en si serán suficientes si alguien les ataca. ¿A cuántas personas seré capaz de matar antes de que me lancen edificio abajo? Eso es lo que va pensando mientras camina con paso decidido. No hay ventanas;

solo maderos o cartones cubriendo los huecos. En muchos tramos de la escalera, los barrotes de madera de la barandilla fueron arrancados y empleados para dar vigor a una hoguera.

Toni sube los escalones despacio; no quiere tropezarse con nada o terminar clavándose una jeringuilla. Ha ido varias veces a ese edificio; casi siempre de día. Pero necesita hierba. Cuando tiene un trabajo cercano se pone nervioso. Y el atraco a ese salón de juegos es un gran trabajo. El último que hagan en mucho tiempo. Luego se largará con Cristina y tratarán de empezar una nueva vida juntos lejos de allí.

Llegan a la quinta planta.

Hay grafitis decorando todas las paredes. Se escucha música electrónica en algún lugar de la planta, pero no es «El Pinchos». Él vive en la otra parte del edificio, la que no da al descampado.

Hubiera sido el 5º C. 80 metros cuadrados donde una pareja joven podría estar ahora criando a su segundo hijo, considerando quizá el mudarse a algún lugar más espacioso. Pero todo se desvaneció en su día. «El Pinchos» está en la habitación más grande. Una fina capa de polvo cubre todo el suelo. Una de las paredes ha sido destrozada con un mazo sin ninguna otra pretensión que destrozarla.

—Tomás, ya estamos aquí —anuncia Toni.

«El Pinchos» está sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, mirando a la de enfrente a través del telón grasoso de su flequillo. Al otro lado hay un colchón sucio y un par de mantas. Ha hecho una pequeña fogata con dos tablas de madera conglomerada, una rueda pinchada de camión y algunos periódicos viejos. El humo negro del neumático invade la habitación. Cristina se tapa la nariz y coge del brazo a Toni.

—Has llegado enseguida —dice «El Pinchos» poniéndose de pie.

—A esta hora no hay tráfico, ya sabes.

—Y aquí se puede aparcar en la misma puerta.

Los dos hombres sonríen. Se conocen desde pequeños.

—Cada día te veo mejor —dice Tomás mientras le asesta una palmada en el hombro a Toni—. Se nota que te cuidan bien.

«El Pinchos» le da un profundo repaso a la chica. A pesar del abrigo de plumas, Tomás puede imaginarse lo que hay debajo. Además, el vaquero ajustado ayuda a completar la idea.

—¿Tienes la hierba? —pregunta Toni.

Tomás parece sorprendido por la pregunta.

—¿Acaso dudabas? Ven.

Tomás cruza por delante de ellos y se dirige, piso adentro, hasta donde queda la cocina.

—Espera aquí —le dice Toni a Cristina.

Y a ella no le apetece, claro, pero ¿qué va a hacer? Toni y su amigo enfilan por un estrecho pasillo y ella se queda sola en esa habitación. La pequeña hoguera no evita que siga haciendo frío. Esto debería haber sido el salón. Hay un gran hueco que da a un minúsculo balcón sin barandilla. Cristina se asoma, más que nada para respirar algo que se parezca a aire puro, pero sin poner un pie en el balcón. Está mojado por la lluvia y hay dos condones usados que pueden llevar allí años. Mira su reloj: la una y veinticinco. Se pregunta qué hace allí. Por fortuna, todo cambiará el sábado. Si todo sale bien, el domingo llamará temprano a la cafetería donde trabaja para decir que está enferma. O que tiene un familiar en el hospital y debe atenderlo. Que lo siente mucho. Que la semana que viene estará allí puntual, como siempre. Para entonces ya estarán fuera de España. Cuando tengan en sus manos la recaudación semanal de la sala de juegos de la avenida América, poco importará. Aunque no sea una cantidad muy elevada, será lo suficiente como para dejar atrás todo esto: la delincuencia, la droga, las visitas a los barrios bajos a las tantas de la madrugada… Le gustaría estudiar algo, compaginarlo con algún trabajito de camarera o dependienta. Aprender otro idioma. Italia podría estar bien. Por las películas y las fotografías que ha visto, parece un país muy hermoso. Y el idioma no tiene pinta de ser muy difícil. Toni puede empezar haciendo chapuzas. Todo les irá bien. Y contarán

con un pequeño colchón de dinero para los inicios.

—Buenas vistas, ¿eh? —dice «El Pinchos».

Cristina se gira. Toni está oliendo una bolsita de marihuana. Parece que es de calidad.

—Nena —dice Toni—, dale los treinta euros.

—Es buena mierda —comenta «El Pinchos»—. No os arrepentiréis.

Cristina saca del bolso su cartera y le da un par de billetes al yonqui.

—Te estoy dando de mi mejor hierba. De la que fumo yo.

—Tomás, tú fumas cualquier cosa —le dice Toni.

—Joder, cómo me conoces. Bueno, qué. ¿Os hacéis un porro y me hacéis compañía?

Toni mira a Cristina, que niega rápidamente con la cabeza.

—Ella está cansada, Tomás. Además, tenemos que levantarnos dentro de unas horas. Será mejor que nos larguemos.

—Bueno… Solamente quería un poco de conversación. A veces, uno aquí puede llegar a sentirse muy solo…

—Pues tenéis el edificio lleno de gente.

—Buena gente, ¿sabes? Aunque os digan lo contrario, son buena gente. Gente del barrio. Gente sana. Tú los conoces, Toni. Tú eras de aquí.

—Ya no… —Toni baja la mirada.

—Pero quisiste ascender. Y mira cómo has terminado… La chavala es un puntazo, pero estás estancado. Al menos, yo no huyo de lo que soy.

—Será mejor que nos marchemos, Tomás. Gracias por la hierba.

—Sí, todos os vais. Todos queréis ser mejores.

Cristina toma la iniciativa. Adelanta a Toni y este la sigue.

—Ya hablamos.

—Tenlo por seguro, Toni. Tenlo por seguro.

Eso último lo grita «El Pinchos» a la más absoluta nada. Toni y Cristina ya han salido del piso y están bajando por la escalera hasta la calle.

31

A Cristina aún le tiembla todo el cuerpo. Ya están en casa, en el dormitorio principal de ese piso de setenta y dos metros cuadrados de techos altos y cincuenta años de antigüedad que en otro tiempo cerraba la ciudad. La última calle. Junto al río.

Cristina está mirando por la ventana. Hace frío para salir al balconcito. Tiene encendida la luz de la mesita de noche, el viejo flexo que tenía en la mesa de su cuarto en casa de sus padres. Toni está sentado al borde de la cama, apoyado en el cabezal de madera, liándose un porro mientras narra las cualidades de la hierba que le acaba de comprar a «El Pinchos», bendiciendo su aroma y calidad como si estuviera en una cata de vinos. Pero ella no escucha. Está absorta. Mira hacia el barrio de donde vienen: las farolas están rotas o estropeadas y se distinguen pocas luces en las casas. A lo lejos, la autovía: el camino hacia cualquier otra parte, la única posibilidad de ser feliz.

Odia ir a ese barrio por la noche, pero jamás hubiera permitido que Toni fuera solo. Si a él le ocurriera algo grave, ella no podría perdonárselo nunca. Desde la altura de ese último piso, Cristina cree, o quiere creer, que la libertad está algo más cerca. O, al menos, eso le parece.

Abajo, un grupo de mendigos se agolpa junto a una hoguera que alguien ha hecho prendiendo cartones y botellas de plástico dentro de un bidón oxidado. Se resguardan del frío como cada noche.

—¿Qué miras, nena?

Toni se le ha acercado por detrás. Cristina ve su reflejo a través del cristal salpicado de marcas resecas de lluvia pasada.

—Nada —contesta ella dándose la vuelta.

—Todo irá mejor.

—¿De verdad?

—¿No me crees?

—No quiero terminar en la calle, viviendo bajo un puente. O en la cárcel.

—Tranquila, nena —Toni la abraza—. Todo saldrá bien. El sábado daremos el golpe en el salón de apuestas y nos largaremos de aquí.

—Siempre quise marcharme de esta ciudad.

—Pues el domingo estaremos lejos.

—¿Lo prometes?

—Lo sé.

Cristina sonríe. Toni sabe que confía en él.

—Y ahora déjate de movidas, nena, y ven a la cama. La hierba es muy buena. Buenísima. ¿Quieres un poco?

—No me apetece ahora —responde ella en un suspiro.

—Como quieras.

Toni coge de la mano a Cristina y la conduce hasta la cama. Son apenas cuatro pasos, pero los recorren en varios segundos. El piso es fresco, pero él solo lleva puestos los calzoncillos. Con el porro entre

los labios y el humo denso ascendiendo hasta el techo ennegrecido, le quita la ropa a Cristina. Muy despacio. Palpando cada centímetro de piel suave que se encuentra en su camino. Cristina se estremece, se le ponen duros los pezones. A pesar de estar muy colocado, Toni está cachondo. Tumbado boca arriba sobre la cama deshecha, con los ojos entrecerrados, observa cómo Cristina termina de desnudarse. Solo se deja el tanga de color blanco.

—¿Y te apetecen otras cosas? —pregunta Toni tras darle una calada al porro.

—Eso siempre…

Cristina estira los brazos para coger la manta y cubrirse. Luego recorre con sus manos el cuerpo de Toni, bajándole los calzoncillos. Coge la polla con sus manos y se la lleva a la boca. Toni gime de placer.

—Todo irá bien, nena.

Fuera, un relámpago ilumina la ciudad por unos instantes. Siete segundos después, estalla un trueno y empieza la tormenta.

32

—¡¡Goool…!!

El local entero se pone en pie. Habrá una veintena de personas, reunidas en torno a las mesas redondas, tomando cervezas y panchitos mientras miran el partido que se proyecta en la pantalla gigante del salón de apuestas de la avenida América.

—¿Lo ves, Manuel? —le dice Pablo Quílez a Lucas—. Ya te dije que remontarían.

En la pantalla, los jugadores de la selección española de fútbol sala se abrazan tras meter el gol que les pone por delante en la eliminatoria contra Rusia.

—Sí, y en un cuarto de hora.

—Hay que tener confianza.

Con la emoción, Pablo se ha puesto en pie. Tiene la chaqueta doblada sobre el respaldo de la butaca, pero no se ha quitado la corbata. Ni siquiera se la ha desanudado un poco; quizá para que esa imagen de ejecutivo que proyecta no se desmorone. Lucas lleva la misma ropa que el día anterior. Antes de salir de casa e iniciar la caminata hasta el centro de la ciudad, dudó si llevarse la pistola o no. Seguramente tendrá más ocasiones para matar al empresario.

—Bueno, ¿y tú has hecho huelga hoy, Manuel?

—Estoy en paro —responde Lucas. «Manuel» es el nombre en clave que utiliza cuando precisa tomar contacto con sus víctimas.

—Pues eso habrá que solucionarlo. Eres un buen tío. ¿Qué sabes hacer?

—De todo, supongo.

Pablo lanza una risotada.

—Ese es el espíritu. ¿Podrías estar vigilando una finca?

—Sí, supongo que sí.

—Tengo contratada una empresa que hace eso mismo en uno de mis negocios. Les diré que te tengan en cuenta.

—No tienes por qué…

—También les diré que te obliguen a cortarte la barba. No te pega nada, que lo sepas.

Y vuelve a lanzar una risotada.

—Es por una mujer… —dice Lucas.

—¿Te dejaste esa mierda de barba por una mujer? ¿Estás casado?

—No, no.

—¿Y ella está contigo?

—Está con otro.

—Joder, menuda historia, ¿no?

—Bueno, la verdad es que así, resumida, puede parecer un sinsentido.

—Siempre pasa igual.

Pablo se gira rápidamente sobre su asiento, como si alguien le hubiera llamado.

—Fíjate, Manuel. Huelga general, cuatro de la tarde y el bar abierto y con gente. Este país se va a la mierda.

Lucas asiente y da un largo bostezo.

33

Aquella mañana fría de miércoles, aún con la tensión en el cuerpo por haber penetrado en aquel esqueleto de cemento y miseria de siete plantas, Cristina, con su cuerpecito de Barbie excursionista y la coleta rubia botándole a cada paso, sorteaba charcos por la calle estrecha que discurre junto al cauce del río. El cielo estaba muy nublado, pero no llevaba paraguas porque intuía que no iba a llover tras la tormenta de esa misma noche. Acertó en parte; a eso de las tres y media empezó a chispear, aunque para entonces ella ya estaba en casa.

En cualquier caso, Cristina iba a la vuelta de la esquina, al locutorio que hay dos manzanas más allá de su casa, donde seguía Toni, durmiendo, o dormitando, acostado panza arriba sobre la cama, echando caladas a un porro de esa hierba genial que le ha comprado a «El Pinchos», diciéndose que ya era hora de levantarse.

Habían estado desayunando ahí mismo. Hacia las once y cuarto, Cristina había preparado tostadas con mantequilla y azúcar y un par de cafés y lo había puesto todo sobre la mesita de noche. Por la ventana del dormitorio entraba una tenue luz. Después de comer algo y ponerse a cuatro patas para que Toni la embistiera desde atrás, Cristina se dio una ducha rápida y salió a la calle. A pesar de que había huelga, imaginaba que el locutorio abriría. No se equivocaba.

El local tiene el suelo pegajoso y serios problemas de humedad en las paredes, mal cubiertos con pósteres descoloridos que publicitan ciudades de América del Sur y África. A la izquierda hay unas seis cabinas de madera contrachapada con un teléfono y un taburete en cada una de ellas. Al otro lado, ocho ordenadores con conexión a Internet. Al fondo queda la barra, con tres sillas altas, entonces vacías, y un magrebí toqueteando un pequeño portátil. No había nadie en las cabinas, pero sentados al ordenador había cuatro o cinco personas, la mayoría adolescentes que aprovecharon la huelga para no ir a clase. Cristina vio que estaban jugando en línea, tal vez entre ellos.

Cuando estaba acercándose a la barra, el argelino de detrás apartó la mirada del ordenador portátil para verla venir. Los vaqueros ajustados le marcan la entrepierna a la chica. Enseguida, aparta la mirada de la joven y mira hacia el vasito de cristal que hay sobre la barra, donde un té muy azucarado se enfría.

—¿Qué desea?

Su acento es muy fuerte.

—Una hora de conexión —responde Cristina.

—Muy bien. Un euro cincuenta, por favor.

El hombre seseaba y evitaba mirarle a los ojos a Cristina. No era el primer tío con el que se cruzaba que apartaba la vista.

La chica dejó un par de monedas sobre la barra del locutorio y fue a sentarse en uno de los huecos vacíos. El argelino apuntó la hora de llegada en una hojita de papel. Disimuladamente, casi como un acto reflejo, le miró el culo a la rubia.

Cristina movió un poco el ratón, para que la pantalla volviera del letargo. Fue hasta allí para buscar información sobre ciudades del norte de Italia en las que poder instalarse. Su móvil es de última generación, pero no pueden permitirse pagar una conexión de datos. Lo había hablado con Toni, pero a él le daba igual dónde empezar. Cualquier sitio era bueno, menos ese. En cualquier otro lugar tendrían más oportunidades.

A su izquierda, el chaval que estaba jugando golpeaba las teclas con violencia. A pesar de los horribles cascos que llevaba puestos, Cristina podía oír perfectamente el ruido de los disparos y los gritos del juego. Desde su posición solo se podía ver media pantalla del ordenador de al lado: una especie de fortaleza infernal, con decenas de hordas de vampiros y zombis apareciendo a cada paso. A la derecha, un tipo apático de mandíbulas huesudas y barba desarreglada recorría con los ojos los titulares de un periódico digital. Es Lucas, que buscaba información en Google sobre Pablo Quílez y sus negocios.

Lucas no ha reparado en la chica que acaba de llegar al locutorio y se ha sentado a su lado. Lucas llevaba ahí como tres cuartos de hora y los ojos empezaban a escocerle de tanto fijar la vista. Tenía como siete ventanas abiertas con noticias y reportajes sobre el empresario, resúmenes biográficos a favor y en contra de su trayectoria, blogs de supuestos conocidos o extrabajadores que despotricaban sobre su persona. Todo preparado para imprimirlo y volver a leerlo.

Lucas pestañeó con fuerza y contó hasta cinco.

Luego miró a su izquierda. La chica del plumas lo estaba mirando. Cristina se topó con la mirada del hombre de su derecha.

Mantuvieron la mirada dos segundos. Luego cada uno volvió la cabeza hacia la pantalla de su ordenador.

Volverán a cruzarse dentro de unos días. Muy pocos. Aunque, para entonces, todo será diferente.

34

Cuando el partido acaba, ya con España en las semifinales del mundial de fútbol sala, Pablo Quílez paga otra ronda para celebrarlo y va a jugar a la ruleta. Lucas se queda prácticamente solo en la sala más grande del local de apuestas, recostado en la enorme butaca sobre su chupa de cuero. Los papeles que imprimió esa mañana con información sobre el empresario estarán arrugados. Tampoco había mucho: además del resumen detallado y maquillado de su vida, encontró noticias sobre sus últimos negocios. Al parecer, Pablo pillaría una buena tajada para los próximos doce años: la contrata de basuras y recogida de residuos para su posterior tratamiento y reciclaje. El ayuntamiento iba a adquirir (o participar mediante una sociedad conjunta) unos terrenos en el polígono industrial privado de Quílez y construiría allí una planta de reciclaje. Habría movimiento de dinero, de mucho dinero, y la pasta iría solo en una dirección. Pero alguien pretendía ponerse en medio. Es posible, piensa Lucas, que los que vayan a pagar ocho mil euros por borrar del mapa a Pablo Quílez ni quieran la contrata de la basura ni prefieran reciclar ellos mismos la mierda de la ciudad. Es posible que solo estén mosqueados o hasta los huevos de que ese empresario se lleve la práctica totalidad de los contratos del ayuntamiento.

Y el trabajo de Lucas era reventar ese molesto grano.

La camarera le acerca otra cerveza.

Otros, después, limpiarían la herida o dejarían que se pudriera.

—¿Te pongo la carrera de galgos en la pantalla grande?

—¿Cómo?

—Ya ha acabado el fútbol sala —dice la chica—. ¿Quieres ver los galgos?

Lucas piensa que ya lleva demasiado tiempo allí. Así como hace él con sus trabajos, otros están siguiendo también sus movimientos. La respuesta que Lucas le ofrece a la camarera es una amplia sonrisa mezclada con un encogimiento de hombros. Ella se marcha.

En la pantalla gigante están poniendo un anuncio de la final de la Copa Davis que empieza el viernes, pero la imagen cambia enseguida a un canódromo inglés donde unos perros acaban de terminar su esprín. Ha ganado el número 4, que tiene un nombre feísimo. Bien por él. Y mejor por los que apostaron por ese galgo.

Lucas se gira hacia la barra y levanta el pulgar. La camarera le devuelve una sonrisa.

Necesita actuar pronto. Es muy probable que ella, o cualquier otra persona, haya oído su nombre en clave: Manuel. Se ha convertido en una cara conocida, alguien al que sería fácil describir, un tipo abúlico y delgaducho que se juntaba demasiado últimamente con el empresario asesinado.

Lucas frunce el ceño.

—Oye, Manuel —dice la voz de Pablo Quílez detrás de él.

Lucas se gira.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Ya veo que te han puesto las carreras de perros. Como a ti te gusta. Por cierto, no hagas planes para luego; te invito a cenar en mi casa. Mi mujer nos preparará alguna cosa.

Antes de que Lucas pueda aceptar o declinar la invitación, Pablo Quílez, que lleva puestas las gafas de cerca, ha vuelto sobre sus pasos en dirección a la salita de la ruleta electrónica.

Y Lucas piensa que sí, que debería haberse traído la pistola.

35

—¿Tienes algo que hacer mañana, además de darme tu currículo?

—No, supongo que no —responde Lucas.

—Estupendo —dice Pablo—. Esta noche vamos a pasarlo bien.

Están ya subidos en el Porsche Cayenne del empresario, camino de su casa. A Lucas no le apetece demasiado ese inesperado evento en sociedad. Preferiría no cenar con la mujer de Pablo Quílez, posiblemente un ama de casa ensombrecida por la figura impactante de un marido posesivo, millonario y controlador. La escena, en la soledad de la imaginación de Lucas y el silencio interior del todoterreno de lujo únicamente roto por el lánguido y monótono sonido del limpiaparabrisas, viene completada por un par de mocosos con los ojos achispados de tanto estar jugando a la consola. Aunque al mismo tiempo, quizá para darse ánimos, Lucas cree que podría ser necesario conocer el interior de la vivienda. Por si se diera el caso de actuar allí.

Pablo Quílez vive en el centro de la ciudad, en un enorme edificio de tres plantas. Recorren el trayecto en silencio, escuchando la radio. Después de las señales horarias de las nueve de la noche, la emisora hace un repaso nacional al seguimiento de la huelga, centrándose en las grandes capitales. Discursos vacíos de políticos de uno y otro bando a favor o en contra. El típico baile de cifras. El recuento de los bancos arrancados, los contenedores quemados y los escaparates rotos. Más de cien detenidos y ochenta heridos por las cargas policiales. Estudiantes enfadados y comerciantes enfadados. El barrio donde vive, piensa Lucas, está en una eterna situación de poshuelga. Sonríe por la ocurrencia, aunque es una sonrisa triste.

Pablo también tiene una sonrisa en la cara, amplia, de oreja a oreja, orgulloso quizá por el fracaso de la huelga general. Lucas supone

que el empresario habrá obligado a todos sus empleados a ir a trabajar, aunque él luego se haya pasado la mitad del día gastándose un dineral jugando a la ruleta. Se lo imagina citando en su despacho uno a uno a los encargados de sus empresas, para que transmitan el mismo mensaje a los currantes: el que quiera huelga que vaya a la huelga, pero que al día siguiente se vaya yendo al paro.

El empresario toquetea el volante de su Porsche de casi cien mil euros para subir un poco el volumen cuando llegan las noticias locales. Nada sobre él. El boletín informativo termina con la noticia de los integrantes del equipo español para la final de la Copa Davis que empieza el viernes y en la que España defiende título.

Lucas recuerda la final de la Davis del año pasado. La recuerda perfectamente. Fue el domingo 4 de diciembre, la última vez que vio a Paula.

En la sala de visitas de la prisión, con la luz colándose a través de los cristales esmerilados, reflejando los barrotes en el suelo de mármol, Lucas esperaba la llegada de Paula. Se había puesto una camisa limpia y se había lustrado los zapatos para eliminar cualquier rastro de polvo. Llevaba dos meses sin afeitarse y la hirsuta barba, que le crecía aquí y allá sin uniformidad, le daba más aspecto de mendigo que de recluso peligroso, pero a Paula le encantaba que Lucas le pinchara en cada beso. Sin embargo, ella no se fijó en la barba, ni en la camisa limpia, ni en los zapatos brillantes. Ni siquiera se percató de que lucía algo más fuerte en brazos y hombros por las horas de gimnasio. Lo miró de arriba abajo con pena, casi conteniendo el vómito, y luego se echó a llorar durante los diez minutos que estuvo sentada en la silla metálica. Lucas intentó poner una mano sobre su hombro, sentir su cuerpo de nuevo, pero finalmente desistió. Paula se fue sin volver la vista atrás y él volvió a la celda. Por la tarde, tras la merienda, su compañero le dijo que Rafa Nadal había conseguido el último punto.

—Un partido agónico contra Del Potro —añadió—. Lo que te has perdido…

Y Lucas sabía exactamente lo que había perdido.

Casi un año después, estaba fuera de la cárcel y tenía por delante otra final de la Copa Davis de tenis y la oportunidad de arreglar las cosas con Paula. A ella no le gustan los deportes, pero, aun así, Lucas espera que puedan ver juntos esa final, al menos el último punto en juego. Sería una buena señal. La señal de que están lejos de esa ciudad y de su barrio, la señal de que don Ángel ya forma parte del pasado, la señal de que por fin puede borrar de su recuerdo todo el rastro de sangre que ha provocado.

—He aquí mi humilde morada —proclama Pablo Quílez.

Están parados ante la anchísima puerta automática de la cochera del edificio del empresario. Las luces se encienden solas. En el garaje a ras de suelo caben tres coches: además del hueco para el Porsche todoterreno, hay un pequeño BMW descapotable de color azul metalizado y lo que parece una moto cubierta por una manta.

—Te van bien las cosas…

—No me puedo quejar —responde Pablo mirando la hora.

El suelo del garaje es de mármol blanco, manchado en algunos tramos por grasa o barro. En una de las paredes, junto a un enorme cuadro eléctrico desde el que se controlarán los fusibles de toda la vivienda, hay un panel de madera con herramientas y un par de puertas de madera de haya.

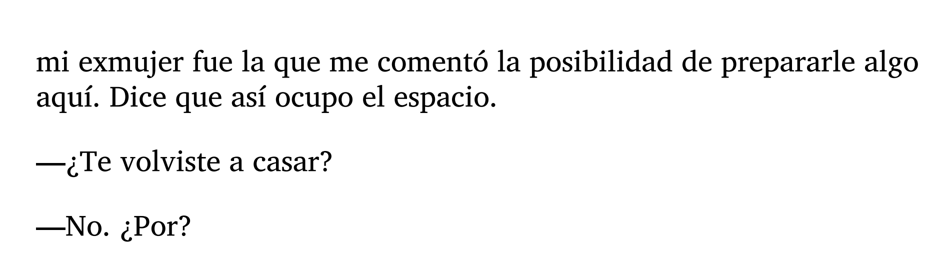
—A las tías les vuelve locas el descapotable —dice Pablo cuando ya ha parado el motor del coche—. Si puedes permitirte uno, no lo dudes. No veas cómo mojan las bragas cuando sientan el culo en un coche así.

—Lo imagino —dice Lucas.

—Vamos, es por aquí —dice el empresario.

Fuera del coche, Lucas vuelve a sentir frío. Pablo se dirige a una de las puertas.

—Como aquí abajo hay una habitación libre, quiero instalarle a mi hijo un estudio de grabación. Está empezando con la guitarra eléctrica y, bueno, supongo que no lo hará demasiado bien, porque



mi exmujer fue la que me comentó la posibilidad de prepararle algo aquí. Dice que así ocupo el espacio.

—¿Te volviste a casar?

—No. ¿Por?

—Acabas de decir que tienes exmujer, pero antes me has dicho que íbamos a cenar con tu mujer.

—Ah, bueno. Te mentí. Estoy felizmente divorciado. Pero no quería que pensaras que soy marica.

—Entonces, ¿vives solo?

—La mayoría del tiempo ni estoy aquí. Tengo una asistente que viene por las mañanas para limpiar todo esto y prepararme la comida, pero casi siempre como fuera.

—¿Demasiadas reuniones?

—Demasiadas. Así que es posible que en este edificio viva una familia de peruanos sin que me haya dado cuenta.

Pablo suelta una carcajada.

La puerta les lleva por un estrecho pasillo hasta el acceso principal. Desde fuera, la casa parece un bloque más de viviendas de los que hay en la calle: una escalera amplia, un ascensor y un par de maceteros enormes con horrendas plantas de plástico.

—¿Y qué vamos a cenar? —pregunta Lucas.

—Lo que sea que haya dejado hecho Gabriela. No te preocupes, Manuel. Lo mejor es el postre.

No pasan ni cinco minutos y Pablo vuelve a mirar la hora. Está impaciente.

Después de cenar ensalada César y sopa de sobre en la barra americana que divide en dos la espaciosa cocina, Pablo y Lucas van al salón para reposar la botella de vino que acaban de hacerse («doscientos euros me costó», asegura el empresario).

Están en la primera planta. El salón y la cocina se comunican mediante un gran arco de medio punto y a través de un interminable parqué. Lucas se sienta en el sofá con forma de ele mayúscula, frente a un enorme televisor plano. Pablo lo deja jugueteando con el mando a distancia unos minutos, el tiempo suficiente para que el empresario haya cambiado el traje por un pantalón de chándal y una sudadera vieja que le marca barriga. Lucas ha tenido tiempo de observar la habitación: decoración sobria y minimalista, paredes lisas de tonos claros y muebles de diseño hechos a medida. El sofá tiene los asientos reclinables, así que Lucas ha de incorporarse para ver llegar a Pablo, que trae también dos combinados de la cocina.

—Te he preparado un gin-tonic, Manuel.

—Perfecto.

—Solo ginebra y tónica, como a mí me gusta. En el salón América van a la moda y decoran los gin-tonics como si fueran un jardín botánico.

Lucas fuerza una sonrisa.

Pablo le da la copa y se sienta en el otro lado del sofá. Vuelve a mirar el reloj.

—Eh…, Pablo… No quisiera molestarte. Si tienes mañana alguna reunión…

—No te preocupes. Soy el jefe…

Cuando han pasado unos diez minutos de conversación insulsa sobre una programación televisiva que solo ofrece imágenes sobre

las multitudinarias manifestaciones, cuando el contenido de las copas apenas ha bajado, suena el timbre de la casa. Pablo se pone de pie de un salto y va a abrir. Aun estando en la cocina, Lucas puede oír cómo el empresario grita:

—Subid.

—¿Quién viene? —pregunta Lucas cuando regresa Pablo con una sonrisa en la cara.

—Ángeles del paraíso.

37

Las dos putas son altísimas. Perfectamente sobrepasan el metro setenta y cinco. Delgadas, con las piernas infinitas y los ojos muy claros, como las aguas de esas playas vírgenes del Caribe. Lucas no sabe si son de Suecia o Finlandia, o tal vez letonas o rusas, pero tienen el pelo de ese rubio tan claro que parecería teñido de no ser porque apenas balbucean tres palabras en español. Parecen gemelas. De hecho, Pablo Quílez fantasea desde que las conoce pensando que son, por lo menos, primas hermanas. Cuando se quitan los abrigos ya están prácticamente desnudas, con unos minúsculos tops de color fucsia y unos vaqueros cortísimos.

Ni Pablo ni Lucas hablan inglés, ni ellas necesitan saber más español que el poco que saben. Sin mediar palabra, las suecas se sientan una a cada lado de los dos hombres. La que parlotea algo más de castellano está con Pablo, acariciándole el torso. Le ha dado una bolsita de polvo blanco y Pablo se la tiende a Lucas.

—¿Te apetece una raya?

—No, no, gracias.

Lucas tartamudea al hablar porque la sueca le está palpando el

paquete con tanta dedicación como si estuviera buscando a oscuras el interruptor de la luz de una pared. La otra ha dicho algo como «Carlos» cuando le ha dado la bolsita de coca a Pablo Quílez, y este ha parecido entenderlo, pero podría haber sido otro nombre.

En la mesita baja que hay delante del sofá, Pablo prepara tres rayas. Las dos putas se meten una larguísima. Pablo también.

—Bueno, qué, ¿empezamos? —Y tras decir esto, Pablo da una palmada de ánimo.

Las dos chicas empiezan a desnudarlos.

Pablo se recuesta en el sofá y se quita los pantalones. Lucas es arrastrado por su sueca hacia el piso de arriba.

—No rompas nada, Manuel.

Lucas se gira para mirar a Pablo.

—¿Lo dices por ella?

—Ja. Más quisieras —responde el empresario, ya sin pantalones—. Estas tipas nos podrían reventar.

38

En el piso superior hay un par de habitaciones amplias y una piscina cubierta climatizada, iluminada en su interior por focos violáceos. El techo de policarbonato se descubre en verano. Cuando Lucas es conducido por la sueca hasta la piscina, ya está prácticamente desnudo y la lluvia que cae sobre la ciudad rebota sobre el techo de la piscina.

La sueca, que parece conocerse la mansión al dedillo, lo acuesta en una tumbona de playa y le hace una mamada perfecta. Lucas

termina corriéndose en su propio vientre. Luego, la sueca saca un condón del bolsillo trasero de su pantaloncito y se lo pone a Lucas. Entretanto se quita la ropa. Tiene dos pequeños pechos con los pezones rosados y un cuerpo de modelo. La puta esa tiene que costar una fortuna, piensa Lucas, que está muy cachondo, aunque con el medio gin-tonic que lleva y la botella de vino de la cena no sabe si podrá correrse de nuevo. La chavala, que rondará los veinticinco, se sienta encima de él y empieza a subir y a bajar lentamente. Mientras, le va dando cortos besos en el cuello, le chupa los hombros, le agarra del pelo. Lucas está como paralizado. Le escuece el rabo y apenas siente nada. La chica le coge la mano y se la pone en una de sus tetas. Cuando Lucas se corre por segunda vez, la sueca se incorpora y se lanza de cabeza a la piscina. A Lucas le duele la polla como si alguien estuviera intentando arrancársela. No está acostumbrado a esa clase de ejercicio.

Mirando a la sueca ir y venir de un lado a otro de la piscina, diez o doce metros en cada largo, el rostro de Paula se le cruza por la mente. Todo esto lo está haciendo por ella. Siempre. Los crímenes, la extorsión, las desapariciones forzosas, las palizas en garajes húmedos de ciudades sin nombre. Todo. Todo significaba un paso más para alejarse con Paula hacia otro lugar.

Este es su mundo, de acuerdo, lo único que sabe hacer, como le dijo don Ángel, pero ha encontrado otras prioridades. En la cárcel, Lucas tuvo tiempo de pensar. Todo el tiempo del mundo. Fuera, las prisas impiden meditar, sopesar una acción. En la vida real, toca actuar pronto o alguien vendrá y te pisará y te superará, y lo único que podrás hacer es quedarte mirando desde la altura de una cucaracha al mundo que te rodea.

En su celda, mirando el techo ennegrecido hora tras hora, semana tras semana, descubrió que necesitaba un motivo. Muchas de las personas que había matado no tenían escapatoria, merecían esa condena. Esos hijos de puta hubieran muerto de viejos antes de que cualquier juez decente e incorruptible les hubiera trincado por sus desmanes. En esos casos, la importancia de Lucas era vital. Él era la mano ejecutora de otra justicia, esa que se imparte a golpe de talonario y fuera de toda ley. Pero había otros que quizá hubieran merecido una segunda oportunidad, otros cuya única culpa era

haber enfadado a un pesado eslabón de una cadena de poder, alguien con la suficiente capacidad económica para pagar tres o cuatro mil euros por un trabajo rápido y bien hecho. Pablo Quílez habrá enfadado a un tipo muy gordo. Pero todo tiene un motivo. Ahora Lucas tiene la oportunidad de decidir si ese motivo es justo o no, aunque tiene que cumplirlo por Paula. Como siempre, todo es por Paula. Las extorsiones, los crímenes, las desapariciones, esconder el cadáver de un tío para que nadie, nunca, lo encuentre. Siempre fue por ella.

Y ahora también.

Debe terminar con Pablo Quílez para que ella no sufra ningún daño. Eso es lo que insinuó don Ángel. Y con la crisis actual y un paro cada vez más elevado no será difícil encontrar a cualquier novato que por mil quinientos euros la liquide. Es más, seguro que hay algún muchacho imberbe que le clavaría una navaja a Paula por una bolsa de hierba y la promesa de un poco de protección.

A no ser que él se adelante a la jugada.

—Manuel, estás para una foto.

Lucas pestañea un par de veces y se topa con la figura de Pablo Quílez frente a él. Lleva un ridículo calzoncillo muy ajustado, lo que acrecienta aún más su barriga. A su lado está la otra puta, desnuda, con una amplia y falsa sonrisa ensayada durante años. Lucas se fija en que está completamente depilada.

Pablo se sienta junto a Lucas, en otra tumbona. Le tiende un cigarro y un mechero y, para cuando están fumando, la sueca ya está dentro de la piscina.

—Qué. Impresionante, ¿no?

—Están tremendas —responde Lucas.

—Esas no te las encuentras en cualquier garito cutre de carretera.

Lucas lanza el humo del cigarrillo al techo acristalado de la piscina. Sigue lloviendo. La oscuridad es absoluta.

—Mira, Manuel.

Lucas se incorpora, ayudándose de sus codos. Las dos suecas están besuqueándose dentro de la piscina.

—Pero qué guarras son.

39

Cuando despiden a las putas (Pablo les extiende un cheque, aunque Lucas no puede ver la cantidad), se quedan los dos hombres en el portal del edificio, fumando otro cigarrillo.

Hace mucho frío. Una fina lluvia cae como aguanieve y las gotas parecen pequeños cristales afilados cuando rozan la piel. Pablo lleva el pantalón de chándal y la sudadera vieja. Lucas se sube la cremallera de la chupa y los papeles que imprimió esa mañana en el locutorio de los argelinos se arrugan más contra su costado.

—¿Te pido un taxi?

—Déjalo; gracias. Prefiero caminar.

—Te queda un buen trecho.

—Mejor —dice Lucas—. Así descanso.

Pablo sonríe.

—Ya te dije, Manuel, que nos reventarían. Esas tías son unas máquinas de follar.

Se ha levantado algo de niebla. La calle está solitaria. Lucas echa un vistazo a su reloj Seiko: las doce menos diez. Luego suelta el humo hacia abajo, aprovechando para lanzar un largo suspiro. Este hubiera sido un buen momento para meterle un tiro entre ceja y ceja, pero no ha traído la pistola. Lucas da la última calada y, ayudándose de dos dedos, catapulta la colilla hacia la calzada. La

lluvia la aplasta en cuestión de segundos.

—Gracias de nuevo, Pablo.

—No hay de qué, Manuel. Y, ya sabes, mañana me traes tu currículo.

Lucas se encoge de hombros.

—Lleva cuidado —dice Pablo.

—Ahora pillo un taxi —responde Lucas. Pero no tiene ninguna intención de hacerlo. Quiere caminar. Caminar y despejarse. Aunque para ello tenga que llegar helado a casa. Aunque tenga que caminar una eternidad.

Cuarta parte - Jueves

Miro la lluvia, su ancestral imagen

de lágrimas sin ojos y recuerdo

la tristeza del mundo.

Antonio Gracia

Cristina juguetea con su anillo de zafiros y diamantes, dándole vueltas en su dedo anular izquierdo con la otra mano. La fricción le produce un agradable y pasajero calor. Toni ha ido al aseo y lleva ahí como cinco minutos, así que la chica ha empezado a aburrirse y los cafés comienzan a enfriarse. Cristina se dedica a mirar hacia la calle a través del grandísimo ventanal de la cafetería. El local es estrecho: a un lado, una larguísima barra que llega hasta los servicios; al otro, una hilera de mesas clavadas a la pared con asientos dobles al más puro estilo de las películas americanas de los años cincuenta. Como la cafetería se encuentra muy cerca de su piso, Cristina y Toni van a menudo allí. El espacio de la mesa y los asientos siempre le ha parecido a ella el vagón de un tren. Las mesas son de plástico y pretenden simular madera envejecida. Sobre cada una de ellas hay una caja de servilletas de papel y un convoy de diseño sin vinagrera.

Toni y Cristina se sentaron en la primera mesa que hay en la entrada, junto al ventanal donde alguien decidió pegar, para darle un toque más urbanita, unas vistosas letras que anuncian el nombre de la cafetería bajo la imagen de una enorme taza de humeante café.

Está nublado, pero ahora mismo no llueve. Por la otra acera, la que queda justo por encima del cauce del río, una pareja de chavales se detiene cada tres pasos para besuquearse. Quince metros de caricias y sobeteos y la jovencita se sienta sobre el grueso muro de piedra; el muchacho la abraza. Llevan mochilas y ropa cómoda, pero no tienen ninguna prisa por llegar a clase. Cristina mira su reloj: las nueve menos veinte. Ya no llueve, pero un cielo de nubes negras cubre la ciudad con su colchón grisáceo. Los coches levantan agua del asfalto y salpican las botas y zapatos de los viandantes despreocupados. Un chico negro, alto y delgado, se sacude la chaqueta de piel antes de entrar en la cafetería. El tintineo de unos cascabeles sobre la puerta devuelve a Cristina a la realidad.

—¿Aún no han traído las tostadas?

Toni llega, se escurre en el asiento hasta colocarse frente a Cristina y pronuncia esas palabras al mismo tiempo.

Pero es una pregunta retórica, ya que enseguida continúa hablando:

—Te he preparado un porrito, nena. Para luego.

Coge la taza con cuidado de no quemarse, pero ha tardado tanto que el café ya ni siquiera echa humo. Toni lleva una gruesa sudadera que le queda pequeña. Es de cuando era más joven, de un grupo de *nu metal* que ya no escucha y del que apenas puede recordar un par de canciones. Cristina también da un sorbo a su café con leche.

La camarera es una colombiana bajita de unos treinta y pico años que lleva torpemente una bandeja de plástico con asas y camina muy despacio. El traqueteo de las suelas de sus zapatos retumba por el solitario local. Deja la bandeja sobre la mesa y les sirve los platos con las tostadas. Mantequilla y mermelada para ella; tomate y queso para él. Luego se marcha, envuelta en la bruma lejana de un imperceptible hilo musical.

—Entonces —dice Cristina—, ¿Italia te parece bien?

—Demasiados italianos —responde Toni.

—Y en Francia muchos franceses, no te digo. Cualquier sitio menos este. El domingo estaremos lejos…

—Depende de cuánto pillemos, pero piensa que no serán menos de doce mil pavos.

Toni habla en voz baja, acercándose a Cristina y poniendo los codos sobre la mesa. La chica está recostada en su asiento, con las piernas estiradas, entrelazadas a las de él, todavía con la cazadora de plumas puesta.

—¿Echarás de menos esta ciudad?

—No, nena. No. La única cosa que podría echar de menos se viene

conmigo.

Ella sonríe. Cada vez queda menos para el golpe del sábado. Entrar y salir del salón de apuestas en menos de cinco minutos. En mucho menos. Esa es la idea. Lo han planeado durante días y nada puede fallar. Nada. Porque de hacerlo sería el fin. Se acabarían los sueños de empezar una nueva vida, de olvidar los atracos y dedicarse simplemente a trabajar y a vivir. O, peor, tener que pasar una temporada entre rejas, alejados el uno del otro. Cristina tuvo un retraso hace más de un mes y el test de embarazo dio positivo. No le gustaría que su hijo naciera en esa ciudad o en la enfermería de una cárcel. Toni aún no lo sabe, pero ella espera poder decírselo cuando estén muy lejos de ahí, cuando ya no haya peligro para los dos, cuando esa cloaca donde nació sea solo un punto lejano en el recuerdo.

—He visto algunos pueblos por los que podríamos pasar.

Toni parece no escuchar; está devorando las tostadas.

Cristina muerde la suya, saborea la mermelada casera de fresa y piensa en que su familia es lo único que deja atrás, y ya ni siquiera se ven. Sus padres nunca aceptaron que se juntara en el instituto con ese tal Toni que siempre andaba metido en problemas y que venía del barrio de La Cruz.

Fue un amor de juventud: intenso, fortuito, apasionado. Cuando quiso darse cuenta, Cristina estaba fumando porros, faltando a clase y comprándose una peluca rosa de una tienda de disfraces para atracar una farmacia. Antes de que pudiera pararse a meditarlo, Toni y ella vivían juntos y no hacían otra cosa que follar y fumar hierba. Él trabajaba por aquel entonces en la construcción de unos pisos de lujo en la zona alta de Barcelona, pero la empresa echó el cierre al inicio de la crisis y lo mandaron al paro. Ella empezaba como dependienta en una franquicia de ropa para chicas delgadas, aunque sabía que ese empleo tenía la fecha de caducidad puesta en la barrera de sus treinta años; antes incluso, si la vida la trataba mal. Quizá en ese momento empezó a gestarse la necesidad de salir de allí, de empezar en otro sitio. Cambiar de aires, de amistades.

—Hay unas ciudades preciosas en el sur de Francia y por el norte de

Italia, dice Cristina. He visto algunas webs de hoteles y podríamos encontrar habitaciones por poco más de 40 euros.

—¿Y hacia dónde nos dirigimos? —Toni habla con la boca llena.

—Bueno. Teniendo en cuenta que no sabemos ni francés ni italiano, poco importa.

—Si trincamos mucho, podríamos irnos a Sudamérica. Ahí no tendríamos problemas con el idioma. Tengo algunos colegas chilenos en el barrio; quizá ellos podrían darnos la dirección de alguien.

—No quiero depender de tus colegas del barrio. No quiero depender de nada. Quiero que seamos nosotros dos.

Toni suspira largamente. Han tenido esta conversación muchísimas veces y teme que vaya a acabar igual: con Cristina de morros y él tratando de consolarla y levantarle el ánimo cada cinco minutos.

—Y seremos nosotros dos, nena…

—Pues eso. Cojamos la pasta y larguémonos. Gastémonos el dinero empezando en cualquier lugar donde nadie nos conozca y donde no conozcamos a nadie.

—¿Estás nerviosa por lo del sábado?

—Es posible.

—No tienes por qué, Cristina. No es diferente a lo que ya hemos hecho. Es como una farmacia o una joyería, pero con máquinas tragaperras y muchísimo más dinero. ¿Recuerdas aquel bar de carretera?

—Sí —responde Cristina.

Claro que se acordaba. Fue la primera vez que sintió verdadero miedo con lo que hacían. Prepararon la misma escena que en otras ocasiones: él entraba y fingía sacar tabaco de la máquina o echaba una partida en la tragaperras; luego llegaba Cristina, pedía una Coca-Cola y le daba conversación al camarero u hojeaba el

periódico. Eran bares de carretera con poca clientela y acudían a horas de la mañana o de la tarde en las que no solía haber nadie. Pero el tío del bar se las sabía todas. Cuando Toni sacó la pipa y lo encañonó, gritando que le diera todo el dinero, el cabrón del dueño ya estaba empuñando un rifle contra el chico. Cristina no lo pensó dos veces y le asestó un botellazo en la cabeza al camarero. El culo de la botella se rompió y todo se llenó de sangre y vidrio. El tipo soltó el rifle, que cayó sobre la barra, y Cristina le dio un empujón con el codo para alejarlo. El resto fue pan comido, pero ese día estuvieron muy cerca de que todo acabara.

—Pues será igual de sencillo —dice Toni—. No va a haber ningún tío armado dentro del salón de apuestas. Y si lo hay, ahí estarás tú. De no ser por ti, le habría pegado un tiro a ese cabrón; y no quiero cargar de nuevo con esa culpa…

Toni se refiere a la historia aquella que siempre le cuenta a Cristina. La del tipo contra el que disparó un cargador entero de su pistola. El relato tiene distintas variantes según la ocasión, y Cristina supone que es todo mentira, pero lo que ha visto de Toni no lo coloca como un cobarde.

—¿Quieres que nos relajemos?

—¿Qué sugieres?

—Atracar una gasolinera —dice Toni. Vuelve a poner los codos sobre la mesa para susurrar esas palabras.

—¿Ahora?

—Bueno, ahora no. En un rato. Lo que tardemos en llegar a casa, cargar la pistola y encontrar una gasolinera.

—Y hacernos el porro ese que llevas en el bolsillo, ¿no?

—Tengo más cosas guardadas en el bolsillo, si te apetece.

Y Toni le guiña un ojo a su chica.

41

Lucas engrasa y limpia su Heckler & Koch USP del calibre 45 con movimientos automáticos y decididos. Lo hace sobre la pequeña mesa del salón, junto a la ventana, para tener algo de luz. Aun así, y ya que está nublado, ha encendido la bombilla que pende sobre su cabeza. La música, a pesar de salir del dormitorio, parece que brote de su interior. Ha puesto el disco que venía dentro del libro de ilustraciones de Robert Crumb. Es pronto para tener la música tan alta, pero Lucas sabe que ningún vecino llamará a la policía para quejarse. Nadie quiere líos. Y la policía, menos.

Ayer compró algo de fruta y galletas y ahora mismo está bebiéndose el zumo de siete naranjas mientras observa la pistola. Ya se le ha pasado la resaca, pero sigue con el estómago revuelto por el alcohol ingerido anoche. La chupa de cuero cuelga del respaldo de la silla. Lucas mete la pistola en el bolsillo interior izquierdo y la chupa se inclina hacia ese lado unos centímetros. De ese mismo bolsillo saca el sobre arrugado con los billetes de tren y la decena de hojas que imprimió en el locutorio. Son noticias de periódicos locales y provinciales con datos acerca de Pablo Quílez. Su perfil biográfico. Su ascenso desde la nada. La creación de un imperio de varios cientos de millones de euros. El relato de alguien que dejó a medias los estudios para empezar a trabajar en un negocio familiar de venta de pescado al por mayor. Y de ahí, del más absoluto anonimato, ascendiendo por la pirámide social a base de pisotear a otros, Pablo Quílez empezó a codearse con abogados, empresarios, políticos, habituales de la noche de la capital. En una de las webs que consultó Lucas, una de las pocas que no le doraban la píldora para que el empresario mantuviera algún sustancioso contrato de publicidad, Quílez (inconfundible a pesar de una barba de tres días y un horrible atuendo tipo kimono) se abrazaba a otros cuatro tipos que, según rezaba el pie de foto, eran el alcalde y tres concejales del ayuntamiento. Cogidos por los hombros, sonrientes, con habanos en la boca o en las manos y con signos evidentes de haber estado pasándoselo en grande. La noticia criticaba la cercanía de parte del equipo de gobierno local con el empresario que acababa de ganar la contrata de limpieza de los colegios públicos. Y terminaba

transcribiendo unas declaraciones del propio alcalde, en las que se preguntaba si no podía tener amigos que fueran empresarios.

Era una historia conocida. En otros periódicos digitales, Lucas solo encontró datos sobre la facturación de las empresas de Quílez e imágenes de sus oficinas centrales. Estaban en un polígono a las afueras de la ciudad, el polígono privado que él mismo construyó y donde se pretende ubicar la planta de residuos. Son las nueve y cinco de la mañana, así que supone que estará ya allí. No puede arriesgarse a que lo vean de nuevo con el empresario. Si va a tener que matarlo, tendrá que hacerlo en otro lugar. Y, sobre todo, habrá de hacerlo cuanto antes, porque Lucas no puede poner en peligro a Paula ni un solo día más.

El polígono está próximo a la autovía, cercano también a la cárcel donde Lucas ha pasado los últimos catorce meses. Puede llegar hasta allí cogiendo la línea 21, la misma que pasa por la cárcel provincial. No es una línea muy concurrida en ese tramo, pero él solo hará el viaje de ida, y a esas horas de la mañana puede pasar perfectamente por un trabajador. Entiende que el edificio de las oficinas centrales de las empresas de Pablo Quílez, englobadas bajo el mismo nombre de PQ Urbanitas, estará bien vigilado, pero en el polígono habrá como mucho una garita y un solitario currante dándose una vuelta por la zona de vez en cuando.

Lucas esperará a Pablo Quílez lejos de cualquier cámara, fuera del polígono, y cuando el Porsche Cayenne del empresario se detenga y él le invite a subir («¿qué haces por aquí?, ¿me trajiste ya el currículo?»), Lucas ya llevará puestos unos guantes de látex y, por encima, sus guantes de lana. Deberá utilizar silenciador para la pistola y esperar a que lleguen a un semáforo. No será complicado. Con un mismo movimiento subirá la palanca del freno de mano del todoterreno y disparará. Los semáforos de aquella zona no tardan mucho, pero Lucas supone que en menos de un minuto y sin bajar del coche, por si hay alguien detrás esperando, podrá retirar el cuerpo del empresario y ponerse él al volante. Lucas está fuerte. En la cárcel aprovechó bien el completísimo gimnasio y, al perder algunos kilos, ganó masa muscular. Además, ha estado haciendo ejercicio diario.

Es su último trabajo. El último crimen. Aunque Lucas sabe

perfectamente que lo que hace está mal. Pablo Quílez no ha perjudicado a nadie. No se ha aprovechado de nadie. Por lo que puede deducirse de esas noticias y reportajes, lo único que ha hecho el empresario es saber manejarse bien en esos hilos colgantes de la política, tener amigos influyentes y saber dar las palmaditas en la espalda cuando se le exige. Es un empresario; necesita que sus empresas ganen dinero. Si ha pagado viajes y cenas por los contratos recibidos, antes o después de haberlos firmado, los únicos culpables son aquellos que tienen capacidad de decisión. Y, sin embargo, alguien ha puesto su cara en un cartel y ha escrito una recompensa de ocho mil euros.

De acuerdo a su nuevo sistema de valores, Pablo Quílez debería estar vivito y coleando, pero Lucas vuelve a engañarse. Y siempre está Paula de por medio. Antes se engañaba a sí mismo, creyéndose las mentiras que le contaba; ahora también se engaña, rompiendo la promesa que le hizo al techo de su celda, y todo para que el tío que ahora vive con ella no se la encuentre muerta al volver del trabajo. Todo lo que hizo y sigue haciendo es por Paula.

Por eso debe acabar con Pablo Quílez cuanto antes, para que don Ángel se olvide de él y él se olvide de don Ángel. Para que toda la mierda que lleva en la conciencia acabe por disiparse como niebla entre la lluvia.

Lucas se pone la chupa de cuero, pero la pistola pesa demasiado. Se mira en el reflejo del pequeño televisor del salón como si fuera otro tipo barbudo el que lo estuviera mirando. Se ve a la legua que oculta algo.

Se quita la cazadora.

El chaquetón gris sigue sobre el respaldo del sofá de dos plazas. Tiene un buen bolsillo interior. Mete la pistola ahí y luego se prueba el chaquetón. Ahora ya es otra cosa; ahora ya no parece que venga de atracar un banco.

Lucas se lía un cigarrillo mientras va hacia el dormitorio. Coge un par de guantes de látex del armario y sus guantes negros de lana. De la caja de herramientas saca el silenciador para la pistola y lo enrosca. Luego va al aseo para coger algo de dinero de su caja de

caudales. Todo preparado. La música sigue bramando de la minicadena. El solo de piano es de un virtuosismo apabullante. Lucas piensa en esa palabra. «Apabullante». Paula usaba esa clase de adjetivos para definir el jazz. Él los gastaba luego para describir su cuerpo.

Y Paula reía, tumbada sobre la cama, medio desnuda y sudorosa, enseñando dos filas de dientes blanquísimos.

Lucas mira su reloj Seiko. Son las nueve y diecisiete. Es hora de ponerse en marcha. A mediodía estará de vuelta. Entonces cogerá todo el dinero que tiene en casa y los dos billetes de tren. Desaparecerá del barrio hasta el domingo. Buscará un hotel por el centro, cerca de la estación. Todo saldrá bien.

42

El Audi A7 gris metalizado lleva aparcado desde las siete y media de la mañana frente al portalito del edificio. Don Ángel ha hecho algunas llamadas en esas casi dos horas. Nada importante: pequeños negocios que atender, cabos sueltos que atar. El guardaespaldas que está sentado a su lado, en los asientos traseros del coche, también lleva traje, pero sin corbata. El último botón de la camisa está desabrochado, pero aun así le aprieta. Es un tío inmenso, negro como el traje y de rostro arisco. Ha salido del coche para traerle al jefe un café solo del bar más cercano. Él ha comprado un par de botellas de agua de medio litro y una bolsa de cruasanes rellenos de chocolate. Su primo, el otro negro enorme que está al volante, ha dado buena cuenta de la bollería.

Esperan acontecimientos.

El que está sentado junto a don Ángel saca el móvil para mirar la hora por enésima vez. Luego mira hacia el espejo retrovisor, esperando cruzarse con los ojos de su primo, pero este tiene los

párpados entrecerrados. El conductor se llama Louis; el de atrás Christopher. Los dos nacieron en Kenia, pero llegaron a Alemania siendo niños. Cuando tenían diecisiete años aterrizaron en España. Han pasado casi dos décadas, hablan perfectamente el castellano y son capaces de tumbar a cualquiera de un solo golpe. Don Ángel los acogió enseguida como miembros de su servicio personal. Y desde hace años no se separan del viejo. Nunca han tenido que emplear la fuerza, quizá debido a su gran tamaño, pero, a pesar de eso, desde hace unos meses, don Ángel les entregó un par de pistolas. La primera vez que Louis y Christopher cogieron el arma, don Ángel no pudo contener la risa: parecían de juguete comparadas con esas enormes manos.

Cuando empieza a chispear, Louis abre los ojos por completo. Dos bolas blancas inyectadas en sangre que destacan en su oscuro rostro.

—Está lloviendo, jefe.

—Menuda semana que llevamos —dice don Ángel sin despegar los ojos del teléfono móvil. Está leyendo un correo electrónico que acaba de recibir: un socio le anuncia que ya ha colocado los tres contenedores de arena de sílice que tenían en el puerto de Barcelona. Por lo visto, el comprador es un tipo búlgaro. Quince toneladas que le dejarán unas ganancias limpias de treinta y cinco mil euros, descontada la parte que se queda su socio. Ahora no es como antes: hay menos oportunidades y la cantidad siempre es menor. Además, la construcción está parada y cuesta muchísimo encontrar a alguien que quiera mover un euro para invertir. Por eso necesita que todo le salga bien con el gran asunto que tiene entre manos.

—Ahí lo tiene, jefe.

Ahora es Christopher el encargado de hacer el anuncio.

Don Ángel gira la cabeza hacia donde está mirando el negro. Lucas acaba de salir del edificio.

Louis enciende el motor del A7. Según el cuadro de mandos, fuera hay siete grados y medio. El coche hace un giro e intercepta al tipo

del chaquetón gris.

Lucas enseguida se da cuenta de quién es. Reconocería ese coche en cualquier sitio. La ventanilla tintada baja hasta la mitad y uno de los guardaespaldas de don Ángel asoma el morro para pedirle que suba delante.

Lucas saca las manos de los bolsillos del chaquetón, tira el cigarro al suelo y sube al coche. Por supuesto que sube.

Como si tuviera otra opción.

43

—No creas que ahora me he reconvertido en taxista, Lucas, pero ha empezado a llover—. Don Ángel se aclara la garganta—. No nos gustaría que acabaras mojándote.

—Iba a la parada del autobús, don Ángel.

—¿Alguna ruta turística?

Lucas se ha puesto el cinturón, pero tiene el cuerpo completamente girado para verle la cara al viejo.

—No —responde Lucas—. Voy al polígono, a la empresa de Pablo Quílez.

—¡Qué casualidad!

—Si me acercan…

—¿No has oído que no somos un taxi? —El que habla es Louis, que mantiene la mirada fija en la carretera. Tiene una voz profunda, sin apenas acento.

—Ya.

—¿Y a qué vas a la central de PQ Urbanitas? —dice don Ángel—. ¿Algún almuerzo con tu nuevo amiguito?

—Precisamente iba a terminar el trabajo.

—¡Vaya! Segunda casualidad en menos de dos minutos.

Christopher sonríe. Se ajusta la chaqueta del traje. Solo el conductor y Lucas tienen puesto el cinturón de seguridad.

—Bien, Lucas, bien… —dice don Ángel—. Primero vamos a dar una vuelta. Luego, si nos pilla de camino, te acercamos al polígono. Ponte cómodo.

Lucas obedece y mira hacia la carretera. La lluvia sigue golpeando tímidamente el cristal. Con el codo roza la pistola. Aunque fuera rapidísimo, solo podría matar a uno de los ocupantes del coche. Y luego sería hombre muerto. Bastante arriesgado. Si dispara contra Louis, el conductor, Christopher le volaría la cabeza al instante. Si se gira para matar a don Ángel, es posible que ni siquiera llegue a disparar: Louis le hundiría su codo en el cuello. Se mire como se mire, todo son desventajas.

—Nos estamos alejando… —dice Lucas.

El Audi A7 ha enfilado la calle que transcurre paralela al río hacia la salida de la ciudad, en dirección contraria al polígono industrial de Pablo Quílez.

—Después de cuatro días —dice don Ángel—, ¿qué más da diez minutos más o diez minutos menos? ¿Van bien tus nuevas amistades?

—Iba a terminar el trabajo, don Ángel.

—Ya, ya. Me han dicho que te has aplicado bien. No pienses que dudo de ti, pero como dijiste que habías cambiado tanto… Quiero asegurarme.

—Es un trabajo sencillo. Demasiado sencillo.

—Me gusta esa actitud. Piensa que hay mucho en juego.

—¿La contrata de basuras? —pregunta Lucas.

—Además de eso. El lunes me hablaste de un cambio de aires. ¿Cómo lo llevas?

—Lo dejaré a la improvisación. Cuando termine todo esto me largaré.

—¿Con tu querido chocho?

Lucas detesta que don Ángel hable de Paula en esos términos.

—¿Contesta a tus llamadas? —pregunta don Ángel.

—Es difícil lo nuestro.

—Bueno… Todas las relaciones son difíciles. Hasta mi mujer y yo, que llevamos juntos más de cincuenta años, tenemos nuestros altibajos. Acaba el encargo y dedícate a lo que te venga en gana. Pero acabarás volviendo a este vertedero y entonces ya no seré yo quien vaya a buscarte.

Lucas sabe hacia dónde se dirigen. En un primer momento pensó que irían a cualquier campo abandonado y ahí le pegarían dos tiros; por eso había sopesado sacar a pasear su pistola. Al fin y al cabo, otro podría terminar el trabajo y liquidar a Pablo Quílez en cualquier momento. Pero don Ángel apreciaba a Lucas. Era uno de sus mejores hombres; el mejor, incluso. El hecho de que estuviera frente a su portal esperándolo a que saliera dentro del coche así lo demostraba.

Sin embargo, don Ángel le está dando otra oportunidad. Y guarda relación con la dirección que está tomando el Audi: en la última rotonda, cuando ya no se huele la hierba descompuesta que crece junto al río, bajo el puente del tren, Louis tomó la salida que lleva hasta la urbanización Santa Claudia.

Allí vive Paula.

Lucas capta el mensaje enseguida. El viejo don Ángel parece que le esté diciendo: «Tú no te has cargado a Pablo Quílez, pero yo he hecho los deberes». En tres días ha descubierto quién es Paula,

dónde vive, posiblemente dónde trabaja y lo que hace. En tres días. Si Lucas falla, si se deja vencer por esa nueva filosofía que le impide matar a un inocente, está claro que Paula morirá. Y él no quiere eso. No lo quiere.

El Audi A7 blindado se detiene ante el bungaló número 23, a la derecha de una amplia calle de aceras bajas y jardines cuidados. Es la casa de Paula. Hay algunos coches aparcados a lo largo de la calle y la hierba es alta en algunos puntos debido a los últimos días lluviosos.

—El viaje ha terminado, Lucas —anuncia don Ángel.

Lucas se desabrocha el cinturón y abre la puerta.

—Una última cosa —dice don Ángel—: no la jodas. Si la quieres, Lucas, no la jodas.

44

Toni y Cristina corren bajo un delgado telón de lluvia hasta alcanzar el coche. El Citroën AX está aparcado dos calles más al este de la pequeña gasolinera que acaban de atracar. Van riéndose. Ella ya se ha quitado la peluca rosa y la ha metido como buenamente ha podido dentro de su bolso. El fajo de billetes lo lleva Toni. Habrá unos seiscientos euros en billetes sudados de todos los tamaños. Cualquiera que los vea pensará que corren para resguardarse de la lluvia. Y eso es verdad.

Cuando se meten en el coche, cuyas puertas estaban con el cerrojo sin echar, Toni arranca y salen disparados de la zona. Cristina tiene empapado el bajo de su estrecho pantalón vaquero. Está jadeando, acalorada a pesar del frío. Baja un poco la ventanilla para que entre algo de aire. Toni le da la pistola a Cristina y ella la guarda en la guantera.

—¡Joder!

—Qué. ¿Más tranquila?

Cristina lanza un grito para descargar la tensión.

—El tío ya habrá llamado a la policía —dice Toni—. Tenemos que alejarnos.

—¿Había pasta?

—Demasiada para ser tan pronto.

El reloj del salpicadero del coche marca las diez y veinte.

—Y eso que la gente paga ahora más con la tarjeta —balbucea Toni, que sigue agotado por la carrera.

Conduce por encima del límite de velocidad de sesenta kilómetros por hora de aquella circunvalación, pero procura no zigzaguear entre los coches y respetar los semáforos que se van encontrando. A ochocientos metros cogerán el desvío que les devolverá a la ciudad.

En las cámaras de seguridad se ve a una chica con el pelo rosa y gafas de sol con cristales de espejo enormes. Ahora Cristina se ha soltado la melena, quitándose el coletero. En esas mismas imágenes en color del interior y las inmediaciones de la gasolinera, se verá a un joven con una gruesa camisa de manga larga a cuadros estilo leñador y un gorro de lana cubriéndole la cabeza hasta las cejas. El gorro está en el suelo del coche, bajo su asiento. Y, en uno de los semáforos en rojo de la nueva circunvalación, Toni se ha quitado con mucho esfuerzo la camisa y se ha puesto una sudadera con capucha de color azul marino de una de esas marcas que solo trabajan con *skaters* y surferos. La tenía en el maletero, donde ha dejado la otra sudadera que llevaba puesta.

No son unos aficionados. No van a dejar que les pillen así porque sí.

Cristina vuelve a mirar por el espejo retrovisor. Luego se gira sobre su asiento y mira hacia atrás.

—No hay nadie. —Y luego se recuesta, estirando los pies hacia la

parte delantera del coche.

—¿A quién esperabas? —pregunta Toni mientras emite una sonrisa nerviosa.

—Mejor asegurarse.

Con una mano sujetando con fuerza el volante, Toni saca del interior de sus pantalones el puñado de billetes y se los da a Cristina.

—Cuéntalo, nena.

Cristina mueve rápido los dedos y después responde:

—Seiscientos cuarenta y cinco. No es mucho.

—Bah. Está bien. Este sábado trincaremos más.

Cristina hace un ovillo con los billetes y lo guarda en su bolso, apretados contra la peluca mojada.

—Fóllame —le dice luego.

Toni parece sorprenderse con la proposición.

—En un suspiro estaremos en casa.

—No. Ahora. Quiero que me folles ahora, joder.

Cristina se acerca a Toni y le da un lametazo en el cuello mientras le acaricia el paquete. A Toni se le está poniendo dura. Da un ligero bandazo con el coche antes de tomar la salida. Parece que ahora llueve con más fuerza.

El Citroën AX de color rojo, con los bajos embarrados y la matrícula delantera ligeramente doblada por los golpes, se detiene en una callejuela de la ciudad. Las farolas están encendidas, pero iluminan la más absoluta nada: el frío y la lluvia mantienen a la gente alejada de allí. Antes de que Toni pare el motor, Cristina le ha desabrochado el pantalón y le ha sacado la polla. Juguetea con ella antes de llevársela a la boca. Toni suspira profundamente. Estira un

brazo para poder agarrarle a Cristina uno de sus turgentes pechos. Lo aprieta. Ella lanza un grito ahogado, pero no se detiene.

Toni mira al frente, más allá del cristal salpicado de gotas que empieza a empañarse. A lo lejos se ve la cruz verde luminosa de una farmacia. Sobre ella, una pequeña pantalla que alterna la hora y la temperatura. Toni entrecierra los ojos. Hay 10,5 grados en el exterior. Dentro del coche puede haber como veinte grados más. Al siguiente parpadeo, Toni descubre que Cristina ya se ha bajado el vaquero hasta las rodillas.

45

Lucas se resguarda de la lluvia en el único bar que hay en toda la urbanización. Es un amplio y moderno local con mobiliario de IKEA y una carísima barra de mármol y granito. Las paredes son de pizarra gris y el dueño, para darle sentido al nombre que eligió para su bar-restaurante, Casablanca, ha colgado junto al televisor un enorme lienzo de 5 x 8 metros en donde está representada la famosa escena del piano de la película de Michael Curtiz. Humphrey Bogart e Ingrid Bergman están de pie; él llena una copa mientras la mira y ella tiene la cabeza inclinada, observando lánguidamente cómo brota el líquido de la botella. Mientras, el pianista Sam tiene las manos sobre el instrumento y parece que esté cantando. Un grupo variopinto llena el bar y completa la pintura.

—¿Qué le parece? —pregunta el camarero, que viste un impoluto traje de cocinero de color azul marino con el nombre del bar bordado en la pechera con letras doradas. Tiene unos ojos pequeños y claros y sobre la cabeza aún le quedan algunos cabellos canosos que peina con esmero. Para contrarrestar la calvicie, el hombre se afeita cada tres o cuatro días. Lucas cree que, por lo que se aprecia en su cara llena de arrugas, le tocará mañana.

—Él no se parece demasiado a Humphrey Bogart —responde Lucas

—. Y ella podría ser cualquier otra actriz.

—Ya.

—Es más, creo que el pintor estaba pensando en cualquier otra actriz antes que en Ingrid Bergman.

—Bueno…

El dueño carraspea y deja sobre la barra el bocadillo de jamón y queso y la cerveza que Lucas ha pedido nada más entrar y tras sacudirse el agua del chaquetón. Llevaba sentado en la acera un buen rato, bajo la fina lluvia, empapándose a cámara lenta, cuando de pronto se puso a diluviar. Lucas corrió hacia el letrero de Cruzcampo que se veía a lo lejos. Desde ahí no podía ver la casa de Paula, claro, pero al menos no cogería una pulmonía.

—Todos le dicen lo mismo sobre el cuadro, ¿no? —pregunta Lucas tras darle un trago al tercio de cerveza.

—¿Que la chica no se parece a Ingrid Bergman? Pues sí. Y costó un ojo de la cara, ¿sabe?

—Lo imagino. Pero lo habrá amortizado ya; seguro.

El dueño se encoge de hombros. El local es muy grande, necesario para dar cobijo a todos los vecinos de la urbanización en verano, cuando una bandada de niños se dirija hasta allí después del chapuzón de las once en la piscina comunitaria y le vacíe el congelador de los helados. Lucas ha visto que hay un gran patio trasero, por el que se accede a través de dos puertas de aluminio que ahora están cerradas. El patio está encharcándose, con las mesas y las sillas de plástico de color blanco arrinconadas, pero seguro que en verano es el lugar adecuado para organizar fiestas de cumpleaños, concursos de karaoke o disputados torneos de parchís.

Ahora el lugar parece abandonado. La lluvia, el frío y la temporada escolar lo han vaciado y han mandado al resto de camareros al paro. Solo queda el dueño, que ya está deambulando por la cocina, fingiendo que tiene algo mejor que hacer que hablar con aquel tipo barbudo del chaquetón raído.

—¿Hay algún teléfono público aquí? —grita Lucas cuando ya lleva más de medio bocadillo.

El dueño asoma la testa desde la cocina y señala a la otra punta del bar. Lucas se levanta de su taburete Dalfred regulable y va hacia donde ha indicado el dedo del tipo. Luego mete algunas monedas en el aparato y marca el número de casa de Paula.

Nadie responde. Está trabajando.

En el Seiko de su muñeca son las once menos cuarto. Lucas piensa que queda bastante para que Paula salga de currar de los grandes almacenes. Piensa que si don Ángel lo ha traído hasta ahí es porque ella corre un peligro inminente, así que debe hablar con ella y sugerirle que tome precauciones. Luego ya podrá encargarse de Pablo Quílez. Después de todo, el empresario no irá a ninguna parte. Estará o en su casa o en sus oficinas del polígono o en el salón de apuestas de la avenida América. En ese tipo de situaciones, Lucas odia no tener coche propio. Podría robar uno (en esa misma urbanización ha visto algunos modelos que se abren fácilmente), pero sería añadir un problema más. Acabarían encontrándole en menos de lo que canta un gallo y luego tendría que explicar cómo ha llegado hasta el bolsillo interior de su chaquetón gris oscuro aquella Heckler & Koch USP del 45. Y con silenciador. Sí; si roba algún coche va a tener que responder a unas cuantas preguntas.

Así que prefiere aburrirse en el bar, salir a fumarse dos o tres cigarros mirando caer la lluvia e intentar aguantarle tres frases seguidas al camarero.

Lucas espera a que la comunicación se corte y deja el auricular en su sitio. Se sienta de nuevo en el taburete y coge el periódico. Lo hojea rápidamente mientras apura la cerveza. Pasa por encima de crónicas, valoraciones, opiniones de expertos y cartas de los lectores sobre el mismo tema: la huelga general del día anterior. Pasa sobre la otra decena de páginas que hablan sobre las elecciones de dentro de diez días, cuando ya estará bastante lejos como para ir a votar o como para que le importa quién sale elegido. Sin embargo, Lucas se detiene ante la noticia de que un cuadro de Mark Rothko se vendió por 75 millones de dólares. Se titula *Nº 1 (Royal red and blue)*, mide 1,73 por 3 metros y básicamente son tres franjas horizontales de

color naranja, rosa y azul. 75 millones de dólares por la bandera de un país inventado que podría haber pintado un niño de cuatro años. Lucas vuelve a mirar el cuadro que hay junto al televisor apagado, el del Café de Rick en *Casablanca*. Ahora le parece que está mejor. Y hasta la mujer del cuadro le tira un aire a Ingrid Bergman.

46

La comisaría de los Mossos d'Esquadra se inauguró al día siguiente de que el arquitecto recepcionara la obra. En el acto, hace seis años, una marea de políticos, asesores, fotógrafos y sonrisas enfundadas recorrió los amplios pasillos de mármol, relucientes bajo un inusual sol de finales de octubre que atravesaba los cristales de la fachada, y dio buena cuenta del aperitivo que se preparó para la ocasión.

El arquitecto dijo unas palabras. El alcalde añadió otras. El *conseller* de Interior puso algunas más. Y, al final, sobre esa pirámide de huecos agradecimientos y aplausos fríos, el inspector de la División de Investigación Criminal, José Antonio Masip, dos sargentos y algunos *mossos* con el traje de gala brindaron con cava en una pequeña habitación y se desearon buen trabajo. Media hora después, cuando el tipo trajeado con el coche oficial más grande y más caro abandonó el edificio, el comisario fue a despedirse de él. Cuando se fueron los fotógrafos y se evaporó cualquier posibilidad de salir al día siguiente luciendo palmito en la portada del periódico y sacando pecho para las próximas elecciones, la turba también se marchó del lugar y el inspector pudo entrar, por vez primera, a su nuevo despacho.

Está en la última planta, tres pisos por encima del aparcamiento. Es un habitáculo desde el cual se puede ver perfectamente el hospital de la ciudad y, algo más lejos, medio escondida por un pequeño bosque de pincarrascos, la cárcel. Sobre la mesa grande de despacho hay un teléfono, un ordenador portátil, el calendario pintado a mano que su hijo pequeño le regaló en el último Día del Padre y

una fotografía que se hizo de joven con el mítico Ricardo Zamora, cuando el exportero era entrenador del Espanyol. Sobre el marco puso una foto carné ampliada de Rosa, su mujer.

Los que inauguraron ese edificio ya no mantienen el cargo que tenían. Ni el alcalde, ni el *conseller*, ni el comisario. Y es posible que, con la crisis del ladrillo y el parón inmobiliario, el arquitecto lo esté pasando mal. El único que sigue ahí es él. A pie del cañón. Como hace más de treinta años. Con el mismo ímpetu que cuando empezó, aunque con más peso y menos pelo.

La antigua comisaría estaba en el centro de la ciudad, muy cerca de la catedral, pero sufría de humedades y goteras y la estructura se estaba resintiendo. Era un edificio muy antiguo, de principios del siglo XIX, un viejo palacete que había pertenecido a una familia de terratenientes adinerados. Al inspector Masip le gustaba más la anterior ubicación, más próxima a su casa. Ahora tiene que coger el coche cada día para ir hasta allí y él siempre prefirió el trato con la gente, el ir parándose a charlar con sus vecinos. Siempre pensó que para apreciar los pequeños detalles era preciso acercarse. Y cuanto más, mejor.

El inspector mira por la ventana hacia la lejanía y comprueba que el manto de nubes negras sigue ahí, posado sobre la comarca, descargando agua de tanto en tanto. Llaman a la puerta al mismo tiempo que la abren. Es uno de sus subinspectores, Martí Vera, y, por el aspecto apagado de su rostro fino, trae malas noticias.

—¿Qué sucede, Martí?

—Han vuelto.

Vera cierra la puerta y camina hasta situarse al pie de la mesa del despacho del comisario. Es joven, no más de cuarenta y cinco años, con un envidiable pelo negro engominado hacia atrás, quizá para camuflar las canas. Ancho de espaldas por sus horas de gimnasio, el subinspector apenas tiene vello facial en una cara en la que destacan, sobre todo, dos grandes ojos marrones. En una de sus manos lleva una caja con un CD.

—Han vuelto. —El inspector Masip repite las palabras del

subinspector Vera.

—Sí. Scarlett y el Drogata.

José Antonio Masip sabe a quiénes se refiere. Desde hace un tiempo, una pareja de jóvenes, hombre y mujer, se dedican a atracar gasolineras, farmacias o joyerías a plena luz del día. Lo de «drogata» viene por el aspecto famélico del tío. Y lo de «Scarlett», claro está, viene por Scarlett Johansson, y todo porque un *mosso*, al ver las imágenes de los primeros delitos de la pareja, dijo que, así con esa peluca rosa puesta, le recordaba al personaje que la actriz interpretó en *Lost in translation*. Desde entonces, cuando actuaban, se les llamaba Scarlett y el Drogata.

Pero no actuaban muy a menudo. No era una banda organizada, ni mucho menos. Era una pareja, puede que incluso estable y cuyos ingresos procedían de otra parte, que hacía eso por gusto. Los atracos estaban muy espaciados en el tiempo y nunca repetían el mismo lugar. Además, en las joyerías, solo se llevaban dinero en metálico, nada de joyas, y eso que el valor de cualquiera de los pedruscos que se exponían podría superar perfectamente al del dinero contante y sonante de la caja. No eran violentos, salvo en algunas ocasiones, y eran rapidísimos.

—¿Dónde ha sido esta vez? —pregunta el inspector.

—En una gasolinera de la nacional. No muy lejos de aquí. Han tardado un minuto y medio en llegar y largarse.

—Dime que los han detenido.

El subinspector hace una mueca.

—No —dice—. Había una patrulla cerca y estuvo dando una vuelta durante un buen rato, pero ya se habían esfumado.

—¿Y son ellos, no?

—Sin lugar a dudas —responde el subinspector Vera—. Tenemos la grabación de la cámara de seguridad.

Martí sacude la caja que lleva en la mano y luego se la tiende al comisario.

—Muy bien.

Coge la cajita con una mano y aprieta el botón para que la bandeja de cedés del portátil se abra.

—Pues nada —dice el inspector Masip—; ve preparando palomitas.

Paula llevaba seis meses divorciada cuando conoció a Lucas. Como su ex ganaba muchísimo dinero (Lucas no sabe exactamente a qué se dedicaba, pero manejaba con soltura cifras de seis ceros y viajes al extranjero en primera), Paula se quedó el bungaló y dos perros. No tiene hijos porque su exmarido no podía tenerlos. Ella quería adoptar, pero el ex no quería los hijos de otros. Lucas recuerda que Paula le contaba todo eso después de hacer el amor, mientras él se quedaba un rato tumbado hacia arriba, mirando el ventilador, y ella se acurrucaba en su pecho. Iban a intentar tener un niño. Eso querían. En el fondo, Lucas se debatía entre decirle a don Ángel que se olvidara de él para siempre y hacerle a Paula un crío hermoso y rollizo o esperar a que ella se fuera a trabajar y no volver a pisar jamás aquel bungaló. Después vino todo lo demás: la droga en el maletín, el interrogatorio, el juicio, la cárcel. El adiós definitivo a aquella fantástica mujer.

Lucas está frente al bungaló número 23 de la urbanización, empapado tras pasar media hora bajo una fina pero constante lluvia. Fuma para entrar en calor e intenta cubrirse bajo las ramas de una morera. Cuando son las dos y cuarto en su reloj Seiko, un BMW biplaza de color negro brillante espera frente a la puerta de la cochera del bungaló de Paula hasta que se abre por completo; luego da un acelerón y entra. Su nuevo novio, piensa Lucas. Pero quizá ya es su nuevo marido.

Media hora y otro cigarro después, llega el Golf blanco de Paula. La misma espera ante la puerta que sube. Lucas cruza la calle y sale al encuentro del coche. Paula está distraída, mirando hacia otro lado, golpeando con los dedos el volante al son de la música. Se asusta cuando sus ojos se topan con el tipo de la barba mojada y aspecto de vagabundo que tiene a su izquierda. Primero se asusta, pero, al descubrir que se trata de Lucas, se enfada. Se enfada muchísimo.

—¿Ahora te dedicas a seguirme? —pregunta bajando la ventanilla.

—No te he seguido, Paula.

—¿Y cómo has terminado aquí, en la otra punta de la ciudad? Que yo sepa, esto queda bastante lejos de tu hábitat natural…

—Me trajeron. Esta mañana.

—¿Quién?

—Unos conocidos.

—¿Unos conocidos? —pregunta Paula—. ¿Tuyos o míos? Mira, no importa. Me da igual.

Pone la primera marcha y acelera un metro, pero se detiene cuando Lucas le dice:

—Espera, Paula, espera. Tengo que decirte algo: ten cuidado, por favor.

—¿Cómo?

—Que tengas cuidado y no confíes en nadie.

Paula sonríe y da un par de nerviosos golpes en el volante. La música jazz sigue sonando en el coche.

—Que no confíe en nadie…

A Lucas le suenan muy diferentes sus propias palabras cuando las pronuncia Paula.

—Confiaba en ti, Lucas. Confiaba muchísimo en ti, pero me fallaste. Y ya no soy una niña pequeña. No puedes venir aquí y decirme que tenga cuidado y no me fíe de nadie. No te pertenezco.

—Ya lo sé —responde Lucas.

—¿Y entonces? —Paula levanta el tono de su voz—. ¿A qué santo vienes hasta mi casa a decirme lo que tengo que hacer?

—Pronto acabará todo, pero por ahora lleva cuidado.

—¿Llevar cuidado con qué?

—Con quién…—corrige Lucas.

—¡Vale! ¿Con *quién*?

—Cariño, ¿algún problema?

El que acaba de hablar es la nueva pareja de Paula. Lucas piensa que no le hace justicia con su cuerpo esa voz profunda que gasta. A simple vista parece algo más bajo que ella y es, sin duda, mucho más mayor. Lucas no pudo percatarse de la ropa que llevaba cuando entró al bungaló, pero ahora ha aparecido en mitad de la cochera con un ridículo pijama de seda de color fucsia, pantuflas de color marrón y un batín granate desanudado. Paula sale del coche cuando lo ve.

—No, Fernando. Ya se iba.

—¡No queremos comprar nada! —sonríe estúpidamente—. ¡Gracias!

El tal Fernando será un triunfador, un empresario que ha hecho dinero con las energías renovables o un catedrático de universidad, pero Lucas sabe que no aguantaría en pie ni dos puñetazos. Es más, podría ir hacia donde está ese hombre, meterle un directo en el estómago y clavarle el codo en la cabeza antes de que toque el suelo para retorcerse de dolor. O ni siquiera gastar sus energías con él: desde ahí mismo, parado bajo la lluvia, con el chaquetón gris a punto de gotear sobre la acera, hacer un rápido movimiento con el brazo para sacar la pistola, volarle al tío su rechoncha cabeza y decorar con salpicaduras de cerebro y trozos de carne y pelo el suelo de la cochera. Pero no quiere líos.

Paula sube la ventanilla del Volkswagen Golf, aunque Lucas todavía tiene tiempo de añadir:

—Vuelve a confiar en mí, por favor.

Ella hace como si no escuchara nada y acelera hasta que aparca el coche al lado del BMW biplaza de Fernando. La puerta automática empieza a bajar y Lucas solo es capaz de ver las piernas de Paula bajando del coche. Cuatro segundos después, la puerta está cerrada.

Tiene que matar a Pablo Quílez. Es la única forma de ganar tiempo

para recuperar a Paula. Pero ahora es tarde. Lleva más de media mañana sentado en el bar Casablanca de aquella urbanización de bungalós, saliendo para fumar y entrando para seguir escuchando la conversación sobre la Copa Davis de tenis que mantienen un par de viejos que están jugando al dominó y estallan las fichas contra la mesa como si quisieran reventarlas.

Lucas tiene hambre. Supone que Pablo Quílez también la tendrá y ya no estará en las oficinas centrales de su conglomerado de empresas. Es posible que no esté todavía en el salón de apuestas de la avenida América, pero es muy probable que acabe pasándose por ahí. Lucas necesita encontrar una parada de bus pronto o pillará una neumonía. Se sube la cremallera del chaquetón hasta arriba y luego se pone los guantes negros de lana. En el bolsillo tiene también los guantes de látex, pero parece que aún no va a poder usarlos.

Mete las manos en los bolsillos y camina hacia el centro de la ciudad, echando vaho por la boca y con la cabeza embutida entre los hombros.

48

Es la primera vez que Cristina ve con traje y corbata a Toni. En una ocasión, hace ya años, durante la boda de un primo de él, aceptó comprarse una camisa de vestir para combinarla con unos vaqueros de pinzas e ir, según decía, «disfrazado de camarero». Así que cuando sale del probador del Springfield que hay en la segunda planta del único centro comercial de la ciudad, Toni está irreconocible.

Pero a Cristina le gusta así.

El traje le queda perfecto, casi hecho a medida, y aunque la camisa le aprieta un poco el cuello, la corbata roja resalta la cara y destaca

sobre la tela azul claro de la chaqueta.

—¿Es necesario esto, nena?

—Idea tuya fue el llevarme a cenar a un sitio bueno. ¿Crees que van a dejarte entrar vestido de cualquier manera?

Para celebrar el éxito de un golpe, Toni y Cristina solían hacer algo diferente: compraban una botella de buen vino francés para beberla en casa o comían en algún restaurante del centro que tuviera cubertería de plata y donde los camareros les llamaran de usted. Este sábado, si sale todo bien en el salón de apuestas, la celebración será no tener que volver nunca más a esa ciudad. Así que, como todo ha ido bien esta mañana en la gasolinera y han trincado suficiente pasta, Toni le dijo a Cristina que la llevaría a cenar al Azafrán, un restaurante de lujo que hay en la misma plaza de la catedral, a lo que ella respondió que sí, que vale, pero que solo aceptaría la propuesta si él se compraba un traje para la ocasión.

Y aceptó. Habían podido conseguir una mesa a última hora, así que a las nueve y cuarto les esperaban allí. Después podrían hacer la última guardia en pareja frente al salón de apuestas de la avenida América, porque el viernes Cristina no irá ya que tiene que madrugar para ir a la cafetería el sábado por la mañana.

—¿Y tú qué vas a ponerte? —pregunta Toni—. ¿Quieres comprarte un vestido?

—Algo tendré en casa. No te preocupes. Tampoco vamos a gastarnos todo el dinero ahora…

—El sábado conseguiremos muchísimo más dinero.

49

Son las ocho y cuarto de la tarde según el Seiko de Lucas. Gracias a

la calefacción del salón de apuestas ha conseguido entrar en calor, e incluso una de las camareras le preguntó si quería que le dejase el chaquetón sobre uno de los radiadores que hay dentro del almacén, pero él respondió que no, que daba igual, que no le importaba tener una chaqueta empapada colgando del respaldo de una butaca de la sala principal. En realidad, sí le importaba, pero no debía olvidar que en el bolsillo interior del chaquetón gris seguía la pistola.

Pablo Quílez, eternamente vestido con traje y corbata, lleva el último botón de la camisa desabrochado y el nudo de la corbata a la altura del esternón. Vuelve con una botella de cerveza y el segundo gin-tonic y se sienta en la butaca de al lado, casi rozando su rodilla izquierda con la pierna derecha de Lucas. Deja las bebidas sobre la mesa y se frota las manos.

—Qué, ¿empieza la carrera?

—Están en ello —responde Lucas—. Ya están los perros preparados en sus cajones.

—Que conste que esto lo hago por ti. A pesar de que no me trajiste el currículo.

—No quiero molestarte, Pablo.

—No empieces, Manuel. Si fuera molestia, no te lo hubiera pedido. Pero sí me molesta que no me hagas caso con lo de la barba…

Lucas se encoge de hombros.

—Ya, ya… —dice Pablo—. Una mujer.

Al empresario no le gustan las carreras de galgos porque acaban en apenas treinta segundos y luego toca esperar diez minutos para ver otra. Una tirada de ruleta dura lo mismo, pero enseguida empieza otra. Pablo está sacrificándose por no dejarlo solo en el salón principal. Lucas ha apostado dos euros por el perro del cajón 5, el que tiene más opciones de ganar ya que es por el que se paga menos. 3,25 euros por cada euro apostado. Las posibles ganancias de Lucas son ridículas, pero, a la larga, puede perder menos. Y a Lucas no le interesa ni ganar ni perder: entró en ese salón para

encontrarse con Pablo Quílez; las apuestas eran la excusa, la carcasa de su personaje. Por su parte, Pablo ha jugado veinte euros (no quería empezar con demasiado dinero), pero ha apostado a la posición exacta de los tres primeros perros. El del cajón 5, para así sumarse a la victoria de Lucas, el del cajón 6 y el del 2. Era una apuesta arriesgada, sobre todo por esa tercera posición del galgo número 2 (de nombre Move Over CT), por el que se pagaba 11 euros; de hecho, las posibles ganancias de Pablo según el resguardo son de novecientos ochenta y siete euros.

La carrera está a punto de empezar. El dueño del local, que conoce a Pablo Quílez, la ha puesto en la pantalla gigante, pero la imagen está algo granulada, como si la estuviera grabando un tipo con una cámara doméstica que ha hecho un sencillo cableado para que todo el mundo vea la carrera en tiempo real. La meta está iluminada por una luz naranja y los hombres que conducen a los perros de aquí para allá llevan la cara cubierta bajo unos sombreros impermeables y se cubren el cuerpo con chubasqueros blancos que se asemejan más a batas de veterinario.

Cuando la carrera empieza, Pablo vuelve a frotarse las manos. Está nervioso. Lucas lo nota. Al empresario le gusta jugar, sea cual sea el juego, siempre que haya dinero de por medio. Quizá fuera esa la razón de que terminara divorciándose. A Lucas lo dejaron porque acabó en la cárcel por hacerle un favor al viejo que le da fajos de billetes por cargarse a gente. La exmujer de Pablo debe de tener mucho menos aguante.

En la primera curva, el perro número 5, Hedsor Tabby, ya va primero, tomando una cierta distancia. La disputa de las siguientes posiciones es dura: los empujones y pisotones son habituales. En la última curva, el galgo 6, Tullna Prince, y el 4 van muy igualados en la segunda posición, y el 3 y el 2 hacen lo propio. El 1 tropezó nada más salir y va último desde entonces. Finalmente, el 6 termina por adelantar al 4, y el 2 saca fuerzas de donde no hay para superar dos posiciones en un agónico esprín y cruzar la meta tercero.

Pablo Quílez da un salto sobre su asiento.

—¡Coño! ¡Acerté!

—La suerte del principiante —dice Lucas con una sonrisa—. ¿Cuánto has trincado?

—Casi mil euros.

—Yo también he acertado. Seis euros y medio que me llevo.

—Hay que ser más atrevido, Manuel. Si me hubieras hecho caso…

—Tengo para pagarme esta cerveza y pedir otra.

—Te invito yo.

—¿Hubo suerte? —pregunta el dueño. Es un hombre algo mayor que Quílez. Se lo ha presentado nada más verle llegar por la puerta. Rondará los cincuenta y largos, con un delgado bigotito canoso sobre el labio superior y una buena mata de pelo grisáceo y de textura suave. Tiene una complexión robusta, aunque camina con visible torpeza, seguramente porque no se verá muy bien a pesar de unas finísimas gafas de miope que le caen hasta la punta de la nariz.

—Tuvimos suerte, sí —responde Pablo Quílez.

El dueño se llama Agustín. Tiene algunos locales más, y según ha podido comprobar el propio Lucas, no le va demasiado mal. En la breve conversación que han tenido cuando les han presentado, el dueño del salón de apuestas ha dicho que, a pesar de la crisis, él no se puede quejar: la gente sigue llenando el bar y, con la excusa del fútbol, se dejan dos o tres euros con una apuesta, otros cinco en comida y diez en bebida.

—Haced la cuenta —había dicho Agustín.

—Y en crisis… —respondió Lucas.

—La gente prefiere invertir un euro, creyendo que puede ganar dos, que meterlo en el banco. Malos tiempos para confiar en los bancos. Pero, claro, todos creemos que, puesto que la suerte va y viene, al final nos acabará tocando.

—He pescado 987 euros —dice Pablo Quílez.

—¡Y con una sola apuesta! Para que luego te pases sentado tres horas delante de la ruleta.

—Me gusta el romanticismo de la ruleta.

Parece que se conocen desde hace años. Lucas lo nota en los codazos que se dan, en las sonrisas cómplices. Puede que hayan hecho algunos negocios juntos. Por lo que ha leído por Internet, las empresas de Pablo Quílez se dedican a prácticamente cualquier cosa. Igual ha sido alguna empresa suya la que instaló las tres cámaras de seguridad, o le consiguió el contacto para la moqueta, o le amuebló el local.

—Tú eras… —dice Agustín.

—Manuel.

—Eso, Manuel. Dadme los resguardos que ahora os traigo el dinero. A la siguiente ronda invito yo.

Agustín, que lleva un pantalón vaquero negro que le queda ancho y una chaqueta verde oliva de lana por encima de una camisa blanca, coge los papeles y desaparece rumbo a la barra.

—Un buen tío, ¿no? —dice Pablo.

—Un hombre hecho a sí mismo. Como tú.

—Lo mío me ha costado. Pero siempre he sido optimista; siempre he creído que, si te mantienes firme en una idea y un proyecto, al final lo conseguirás. Es cuestión de actitud. De tener ganas, vamos.

—¿Y si algún día pierdes? —pregunta Lucas.

Pablo Quílez estira los labios, sin despegarlos, para construir una amplia sonrisa.

—Eso nunca pasa, Manuel. Nunca me dejo ganar.

Pablo se empeña en celebrar la suerte de esa primera carrera de galgos. Propone ir a tomar algo al restaurante Azafrán, un local en el mismo centro histórico de la ciudad, a cincuenta metros de la catedral.

Ahí están ahora.

Pablo suele cerrar negocios en ese restaurante y no escatima en propinas, así que le han preparado una mesa sin problemas, no sin antes recordarle que lo hacen solo porque es él, que el local está lleno, pero que se trata de un buen cliente, casi un amigo. Tampoco es que haya demasiadas mesas: Lucas calcula que el aforo será para unos setenta comensales, con mesas repartidas aleatoriamente en una sala de techos bajos y paredes de piedra, iluminada por candiles eléctricos que le dan apariencia de bodega medieval. La escalera por la que se desciende es de madera y cruje a cada paso de los camareros en su constante subir y bajar. Arriba está la amplia barra, para tapear o cenar algo más frugal, y un espacio cultural donde se realizan exposiciones, presentaciones de libros y lecturas poéticas. Mientras el *maître* y Pablo Quílez debatían sobre la posibilidad de conseguir una mesa, Lucas ha estado mirando los cuadros que había expuestos. Sobre una docena: óleos grandes de 80 x 60 centímetros que representan formas abstractas en colores pasteles y a precios que sobrepasan los dos mil euros. Lucas conoce ese restaurante, claro está, pero piensa que, si el precio de la comida va acorde al de los cuadros, Pablo Quílez va a necesitar muchísima suerte con los galgos o con la ruleta.

Cristina no ha tenido que discutir con nadie del Azafrán para conseguir una mesa para esta misma noche. Todavía en el centro comercial, mientras Toni terminaba de pagar el traje y la corbata, llamó desde su móvil al restaurante y, por fortuna, aún tenían hueco para cenar. Ella lleva un vestido corto de tirantes con lentejuelas, de color azul marino, con medias negras y zapatos de tacón azules, un vestido de cuarenta euros que, con el descuento de empleada de la tienda aquella en la que trabajaba, se le quedaría por menos de treinta euros. Ya no se acuerda.

Toni sigue rascándose el cuello: le molesta la corbata, pero lo cierto es que le pone bastante teatro. Lo hace cada cinco minutos porque, entonces, Cristina, resopla y mira hacia arriba, y a Toni le encanta ese gesto de su chica. Los han sentado en el extremo más alejado a la escalera, en lo que parece ser el ángulo ciego de los camareros; pero, aun así, no pueden quejarse. Han conseguido una mesa en el lugar soñado. Hace unos seis años, cuando la crisis era impensable, había lista de espera de varias semanas para poder hincarle el diente al virtuosismo de Julio Casas, chef del Azafrán. El restaurante obtuvo por aquel entonces una estrella Michelin, pero la crisis hizo que ese afamado chef emigrara a otro lugar y el tiempo evaporó los premios. Ahora no se come mal, pero los entendidos dicen que no es lo mismo. La lista de espera no es tan larga, y a veces es imposible reservar más que nada por el hecho de que el restaurante abre solo de jueves a sábados y los domingos a mediodía.

—¿Te gusta? —pregunta Cristina.

Toni está peleándose con una cigala.

—Parece que estés operándola…

—¿De verdad no me la puedo comer con las manos? —pregunta Toni.

—¿Te lo vuelvo a decir?

—Vamos, nena, no te mosquees. Era una broma.

Al otro lado del salón, casi al pie de la escalera, el *maître* ha ido personalmente a acompañar a Lucas y a Pablo a una mesa redonda. Todas tienen en el centro un vaso de cristal con una vela encendida y un jarroncito de porcelana con un par de flores de plástico tan bien hechas que parecen auténticas.

Lucas ojea la carta mientras Pablo va pidiendo el vino.

—¿Has estado alguna vez aquí?

—No —responde Lucas—. Con lo que gano es imposible permitirse esto…

Salvo algún entrante, ningún plato baja de los quince euros. Y, sin embargo, para ser jueves, el local está bastante lleno. Al fondo, medio escondidos por la escalera, un conjunto de música está preparándose para amenizar la velada. Son tres: dos chicos y una chica. Ella es la cantante. El chico más alto monta un piano eléctrico y el otro se sienta sobre un cajón flamenco mientras se ordena el espacio a su alrededor, colocando pequeños platos suspendidos, congas y otros instrumentos de percusión.

Cuando les sirven los entrantes, el trío ya está tocando. La chica tiene una melena negra ondulada muy brillante y una voz como de cantante negra de *rhythm and blues*. Canta en inglés, acompañada por el piano eléctrico y el ritmo lánguido que produce el otro tipo con el cajón. No lo hacen mal. Tampoco les pagarán demasiado.

—Buena música, ¿eh?

—Todo lo que sea en directo me parece bueno —dice Lucas.

—Lo malo es que a estos tienes que escucharlos y se ofenden si hablas un poco alto.

—No tenías que haberme traído aquí.

—¿Por qué?

—Mucho dinero…

—No te preocupes tanto, Manuel. Es mi dinero y tendré que gastarlo en algo, ¿no?

—Ya, pero ayer…

—¿Te quejas de anoche? —pregunta Pablo levantando las cejas. Como si no te hubiera gustado lo que te hizo la sueca.

—Sí, pero…

—Pues no le des más vueltas.

—Ahora mismo tengo la cabeza en otra parte.

—¿En esa mujer tuya que está con otro?

Lucas baja la mirada en un gesto de asentimiento.

—Mi exmujer también está con otro —dice Pablo Quílez—. Bien por ella. Otro que se la folle y la aguante. Allá él.

—Y las suecas esas también estarán con otros ahora.

—Por supuesto. Pero con una llamada estarán en la puerta de mi casa. Les pirra el dinero y yo tengo más que el que puedan imaginar.

Desde el otro lado del sótano del restaurante Azafrán, Toni y Cristina comen en silencio y escuchan la música de fondo. Demasiado tranquila. Toni ha comentado ya un par de veces que va a dormirse como no aceleren el ritmo, pero Cristina le manda callar.

—Me gusta esta vida, ¿sabes? —dice ella, dejando cuidadosamente los cubiertos sobre el plato, enmarcando el filete de salmón.

—¿Cenas de setenta euros y música lenta?

—No. La tranquilidad de no tener que huir. Toda esta gente que nos rodea tiene la vida organizada, hecha, estructurada hasta la saciedad. Tienen sus agendas repletas de reuniones para mañana y excursiones los fines de semana a la montaña.

—¿Y eso te gusta? —dice Toni—. ¿Vivir con estrés?

—No tienen tanto estrés como el que nosotros sentíamos esta mañana corriendo bajo la lluvia hasta el coche.

—¿Y qué quieres que hagamos, nena? Necesitamos subsistir.

—Todo acabará, ¿verdad, Toni? Cuando el sábado salgamos del salón de apuestas, todo terminará, ¿no es así?

—Ya te he dicho que sí, Cris. Cuando crucemos la frontera será diferente. Será algo más difícil, pero nos las apañaremos.

—No quiero estar huyendo toda mi vida, Toni. Quiero ser yo,

aunque sea en otro idioma y en otra parte.

—Seremos nosotros, nena. El domingo seremos solo tú y yo.

La chica del micrófono empieza ahora ella sola los primeros versos de «Evil devil woman blues», el clásico tema de Memphis Minnie, la legendaria cantante y guitarrista de blues. Enseguida, el piano la acompaña, marcando el ritmo con unos acordes pausados a un tempo mucho más tranquilo que en los discos originales que ha podido escuchar Lucas. Está como ensimismado, adivinando más que viendo la figura de la cantante de pelo negro, que entrecierra los ojos mientras chasquea débilmente los dedos para marcar el compás. Apenas ha probado bocado de su entrecot a la pimienta.

—¿Te gusta? —le pregunta Pablo Quílez.

—Es genial.

Con cada versión que tocan de temas de blues y jazz, Lucas recuerda qué hace allí. Se ha negado a que una camarera le cogiera su chaquetón para dejarlo en el guardarropa. No está acostumbrado a ese grado de amabilidad y servilismo. Además, la pistola sigue ahí. No va a utilizarla allá abajo, claro, porque hay una sola salida. Si dispara contra Pablo Quílez, aun en el improbable caso de que nadie le vea sacar la pistola, ¿cómo argumentaría que abandonó el local justo cuando su acompañante se desplomó sobre la carrillera con salsa de *Boletus edulis* y cebolla caramelizada? Y, sin embargo, se le acaba el tiempo. Cada canción de blues, cada suave melodía de jazz retrotrae a Lucas a sus noches con Paula, a la conversación con don Ángel de esa misma mañana, a la necesidad de que Pablo Quílez sea un cadáver sobre el asfalto mojado de la ciudad.

Suena un teléfono móvil. Pablo saca un aparato extrafino y mira la gran pantalla unos segundos antes de deslizar el dedo índice para contestar.

—¿Tienes los santos cojones de llamarme?

Su cara ha cambiado. Ahora está visiblemente enfadado. Algunas personas que cenan plácidamente en el sótano del restaurante Azafrán se giran hacia ellos. Muchos empiezan a oír la voz de Pablo

Quílez por encima incluso de la grave voz de la cantante.

—El lunes será todo igual —le dice el empresario a su copa de vino tinto mientras se frota la frente con la mano que no sostiene el móvil—. Jódete, cabrón. No me toques más los huevos.

Es un rostro conocido. Lucas vio muchas páginas web hablando sobre Pablo Quílez, sus negocios empresariales, sus amistades con altos cargos de la administración local. Por ese motivo, algunos comensales de otras mesas miran de soslayo hacia la mesa de Quílez y señalan disimuladamente con el dedo.

—Qué manera de gritar, joder —suspira Toni al otro lado de la sala.

Cristina resopla, intentando aislarse de todo para seguir escuchando la música. No entiende la letra, por supuesto, pero tiene que ir acostumbrando el oído a escuchar otros idiomas. Pronto, el único castellano que oiga será el de Toni y el que emita su cabeza.

El capullo del teléfono se levanta de pronto y tira su servilleta sobre la mesa con un mal gesto. Su mesa está próxima a la escalera, así que los gritos del hombre del traje enseguida se pierden y vuelve a prevalecer la música. Quizá ella podría dedicarse a cantar. Toni no sabe tocar ningún instrumento, pero Cristina dio clases de guitarra en el colegio. No llegó a puntear, pero es posible que aún recuerde los acordes básicos. Podría ganarse la vida tocando en bares de Módena o Florencia. Con lo que saquen en el golpe del sábado podrá comprarse una buena guitarra acústica y empezar a practicar sencillos temas en español. Tiene buena voz y buena presencia; cualquiera se pararía a escucharla. ¿Y si se para un productor?

El tipo del teléfono regresa y desea que todo el mundo se entere. Arrastra la silla con un brusco movimiento y se sienta. El hombre que hay enfrente parece compadecerse. A Cristina le suena su cara. Ha visto esa maltrecha barba en alguna otra parte.

—¿Problemas? —le pregunta Lucas a Pablo Quílez cuando cree que este se ha tranquilizado un poco.

—No. Negocios.

—Los negocios son una mierda.

—No, no son una mierda. Con mis negocios he pagado esa piscina que tengo en mi casa para que las putas se pongan a remojo sin importar la estación del año.

—Pues parecía que tenías problemas. Siento la intromisión…

—Intromisión ninguna —responde Pablo—. Yo estaba chillando. Pero no hay ningún problema. ¿Acaso es problemático conseguir doscientos ochenta millones de euros para los próximos ocho años?

—¿Doscientos ochenta millones? Joder; eso es mucha pasta.

—Es el precio por recoger la basura que genera toda esta ciudad. Pero otra empresa me quiere quitar la contrata. Un viejo cabrón. Tengo a medio ayuntamiento en mis manos y el voto comprometido de la mitad de la comisión municipal, pero esa otra empresa no se rinde. El lunes tenemos el concurso. Lo más lógico es que me renueven la contrata, pero la otra empresa no contempla esa variable. Y lo peor es que lo ha convertido en algo personal.

—¿Personal? ¿Le has hecho algo a esa empresa?

—Nos puteamos de vez en cuando. Me jodió un par de proyectos urbanísticos a principios de los 2000, pero ahora que no puede hacer nada con esos terrenos quiere joderme el gran pastel.

—¿La basura?

—¡Claro! —dice Pablo Quílez golpeando la mesa y haciendo tintinear los cubiertos sobre el plato—. En esta ciudad somos unas ciento cuarenta mil almas, cada una generando diariamente kilos y kilos de mierda. Es el mejor negocio. ¿O es que vas a recogerlo tú? Construí hace pocos años una planta de reciclaje en mi polígono; allí irá toda la basura de la ciudad. Por eso mi oferta es mejor. Pero, bueno, la labor de Vilaescusa es esa: meterme miedo, intentar que recule y quedárselo todo.

—Vilaescusa…

—Sí, de ProUrbanisa. Un viejo cabrón que piensa que seguimos en

los 80. Y ahora las cosas se hacen de otra manera.

—¿Ángel Vilaescusa? —pregunta Lucas.

Pablo Quílez ni pestañea.

—Sí, el viejo cabrón de Ángel Vilaescusa.

De repente, la cantante, el pianista y el melenudo del cajón flamenco parecen estar lejísimos.

La música que envolvía el sótano abovedado del restaurante Azafrán ha enmudecido. Y Lucas solo puede pensar en don Ángel, en el viejo don Ángel dándole aquel sobre americano lleno de pasta. Cuatro mil euros. Y cuatro mil más cuando terminara el encargo. Matar a Pablo Quílez. Ocho mil euros en total para que don Ángel tenga vía libre para embolsarse 280 millones por una contrata de ocho años. Treinta y cinco millones de euros cada año. Muchísimo más dinero que el que Lucas jamás verá en su vida. Sin intermediarios. Sin comisiones que deducir. Don Ángel pone de su bolsillo ocho mil euros y Lucas elimina la competencia. Vía libre. Beneficio inmenso. Y Paula amenazada. ¿Para qué? ¿Para que dos empresas se peleen por recoger la basura de la ciudad?

—Oye, Pablo.

—Dime, Manuel.

—¿Me creerás si te cuento algo?

Quinta parte - Viernes

Vuelves de suicidarte una vez más.

Pepe Ramos

51

Los cuarenta y cinco metros de moqueta a cuadros del despacho se le quedan pequeños a Pablo Quílez en este momento. El empresario está sentado junto a su enorme mesa de madera, con el ordenador apagado y un café con leche frío, mirando hacia la pared de enfrente, con el estómago revuelto y un fuerte dolor de cabeza. Ha pasado mala noche. No ha dormido ni media hora seguida, porque se despertaba imaginando que tenía el cañón de una pistola presionándole la nuca. O que un cuchillo le atravesaba el vientre. O que alguien venía y le cortaba la cabeza de un tajo con un hacha.

Y ese alguien siempre tenía la cara de Manuel.

Su nuevo «amigo» le confesó anoche que Ángel Vilaescusa le iba a pagar ocho mil euros por liquidarlo. Aunque también podría ser mentira; puede que no quiera matarlo. Es posible que Ángel haya planificado esa pantomima para que Pablo se asuste y renuncie a la contrata. No tiene pruebas; solo lo que le dijo Manuel durante la cena. Si es que se llama Manuel, claro; podría ser un actor de teatro, un comediante, un figurante de esos terribles telefilmes de bajo presupuesto.

Después de oírlo, después de escuchar el relato de cómo Vilaescusa se había puesto en contacto con Manuel, le había dado un anticipo y un par de fotos, Pablo Quílez perdió el apetito. Pagó la cuenta, salió del restaurante Azafrán, se metió en su Porsche Cayenne y, en menos de cinco minutos, ya estaba en casa. Conectó la alarma, mantuvo el teléfono móvil encendido toda la noche por si debía llamar al 112 en un momento dado y se acostó temprano con la luz encendida y un vaso bajo de whisky con dos hielos sobre la mesita. Con la oreja atenta a cualquier ruido.

Se ha despertado a las seis de la mañana con unas profundas ojeras. Después de darse una ducha rápida y sin ni siquiera afeitarse o tomar algo, se ha presentado en el polígono industrial, el que él

mismo mandó construir, y ha estacionado en el aparcamiento privado de su empresa: PQ Urbanitas. Ha llegado el primero, con las primeras luces naranjas del amanecer recortándose entre nubes densas de color azul marino. Desde la cuarta planta, donde está su despacho, puede vigilar el coche, porque cualquiera podría meterse en ese aparcamiento y colocarle una bomba lapa. Pero ahora ya no mira hacia allí; tiene su vista fija en la pared de enfrente, en el enorme cuadro abstracto que cuelga allí. Se lo compró a un pintor local por unos mil trescientos euros hace unos cinco años y lleva todo ese tiempo preguntándose qué coño vienen a representar esa maraña de figuras asimétricas y amorfas que parece haber sido pintada por un grupo de chiquillos.

Los muebles del despacho son de madera noble y tienen algunos libros sobre economía que nadie ha consultado nunca y algunas figurillas y diplomas que reconocen la labor empresarial de Pablo Quílez a lo largo de sus veintinueve años de carrera: la medalla de oro de la Cámara provincial de Comercio, la llave de la ciudad, el diploma de la Asociación de Empresarios. Papeles y esculturas para aumentar el ego y ocupar el tiempo de la señora de la limpieza. Lo importante no está ahí.

En una de las baldas inferiores de la estantería más grande, que ocupa una pared entera bajo la luz intensa de una lámpara de araña, un armatoste bañado en bronce con la forma de dos caballos tiene pegado un gran reloj de manecillas.

Son las ocho y veinte. Es temprano para llamar a su hijo, pero Pablo cree que ya debería estar despierto.

—¿Julián?

El muchacho coge el teléfono a la cuarta llamada.

—Sí, papá, soy yo. ¿Qué quieres?

—Nada, nada, solo hablar. ¿Vas al instituto?

—Sí, de camino.

—¿Con tu madre?

—No —responde como ofendido—. Ya tengo suficiente edad para ir yo solo.

—Sí, sí, claro. ¿Tienes examen hoy? ¿O algo?

El hijo parece un tanto desconcertado. No está acostumbrado a conversaciones tan largas con su padre, y menos a esas horas.

—Tuvimos ayer uno de Biología. Igual hoy nos dan las notas…

—Pues espero que vaya bien. Tienes que estudiar para ser alguien en la vida.

Se escucha un largo suspiro desde el otro lado de la línea.

—Ya lo sé, papá… Nos lo dicen todos los días en el instituto.

—Bien. Entonces genial. Bueno, no te molesto.

—Vale.

—Te quiero, hijo.

—Nos vemos.

Pablo Quílez vuelve al silencio de su despacho. Desde la ventana, a través de la Q enorme del logo de la empresa, se ven los otros edificios y naves que conforman el polígono industrial de Cappont. Como la mayoría de naves tienen dos alturas, dedicadas a la venta al por mayor de calzado o ropa, al almacenaje de productos de alimentación o a pequeñas empresas de transporte y mensajería, el edificio de su empresa es el que más destaca. Desde la última planta, Pablo ve incluso la ciudad, los edificios más altos del centro, el campanario de la vieja catedral románica.

El ayuntamiento movió algunos hilos para que pudiera iniciar la obra allí. Un tema de cambio de suelo. Se saldó con un par de concentraciones durante los plenos por parte de los vecinos afectados, pero el equipo de gobierno tenía claro el objetivo: era necesario seguir industrializando la ciudad y esa zona era la más óptima. Lo suyo le costó a Pablo también: a cambio, en 2007 tuvo que costear parte de la campaña electoral del alcalde. Y, claro, en

2011, también lo fueron a buscar. Durante estos años ha pagado viajes, cenas, excursiones y cumpleaños a prácticamente todo el equipo de gobierno y sus familias. Aunque, bueno, a él le habían dado ya la contrata de basuras, sumada a la del tratamiento de residuos. *Quid pro quo*. Ahora está previsto que todo eso se centralice en una planta que se construirá en ese mismo polígono; por eso se ha redactado un nuevo pliego de condiciones y un nuevo concurso, cuyo resultado se sabrá el próximo lunes.

Todo ello repercutirá en las arcas municipales, porque supondrá un ahorro al encargarse una sola empresa de todo el trabajo, y también en su propio bolsillo, porque el único accionista es él, así que todos contentos. Pero, por lo visto, Ángel Vilaescusa quiere arrebatarle esa contrata. Con él muerto, su empresa entraría en el limbo y ProUrbanisa aprovecharía la coyuntura para quedarse con todas las contratas y los 280 millones de euros, además de lo que cueste construir la planta.

¿Y eso es suficiente como para que ese hijo de puta contrate a un tío para que lo maten? Pablo Quílez piensa que él no ha jugado limpio por completo, pero también Ángel Vilaescusa podría haberles pagado las vacaciones a las islas griegas al alcalde y al concejal de Hacienda. En vez de estar paseándose en su Audi A7 blindado todo el día, flanqueado por esas moles negras talladas en mármol, podría estar sacando la chequera para pagar los cócteles al atardecer en la terraza del lujoso resort Archipelagos de la isla de Paros o imaginándose la música del baile nocturno del fin de semana junto a las costas del Pacífico. Podría haber acompañado, como hizo él, al hijo adolescente del líder de la oposición del ayuntamiento para que eligiera la Kawasaki que más le gustaba.

Está nervioso.

Es lo que quiere Ángel Vilaescusa: que pierda el control y cometa alguna estupidez. Por eso debe adelantarse a la jugada.

Esta vez no tiene que esperar tanto a que la otra persona coja el teléfono.

—¡Pablo Quílez! ¡Qué madrugador!

Al otro lado está José Ramón, el alcalde de la ciudad desde hace tres legislaturas.

—Lo mismo digo —contesta Pablo.

—Llevo en marcha desde hace hora y media y ya he tenido dos reuniones.

—Y eso que es viernes.

—Cuéntame cosas —dice el alcalde—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Bueno, llamaba para preguntar cómo va el asunto de la contrata de basuras. Si hay algún problema. O si ha surgido algún contratiempo.

—Que yo sepa, no. Todo está dispuesto. El lunes se abrirán las plicas y los técnicos decidirán.

—¿Los técnicos?

—Claro, Pablo. Ya sabes cómo funciona esto.

—Ya, José Ramón, pero nunca está de más informarse.

El alcalde parece que esté subiendo escalones, porque respira más de la cuenta y las palabras se le atrancan al salir.

—Todos quieren informarse —dice el alcalde como para sí mismo —. Ya sabrás el resultado el lunes; a mediodía, más o menos.

—¿Tengo algo de lo que preocuparme?

—Debo dejarte, Pablo. Un placer, como siempre.

—¿Otra reunión? —dice el empresario.

—Ni te imaginas cómo tengo la mañana —comenta José Ramón—. Y eso que es viernes. Luego te llamo.

—Bien —dice Pablo—; pero piensa en los cuatrocientos cincuenta trabajadores que dependen de ese contrato. Si ellos van a la calle…, bueno, queda un mes para la Navidad.

—Los técnicos mandan. Luego hablamos.

El alcalde cuelga.

Pablo se queda mirando la pantalla del móvil con cara de estúpido. La mano le tiembla. Se dice que es posible que el alcalde fuera acompañado por algún funcionario, o estuviera en presencia de algún concejal que no esté manchado. La última vez que hablaron, cara a cara, el alcalde le aseguró que tendría esa contrata, que la apertura de plicas y el pliego de condiciones solo eran puros trámites administrativos. Que no se preocupara. Es cierto que, cuando hablan por teléfono, son más discretos, aunque hoy Pablo solo puede pensar en que la puerta del despacho se abrirá en cualquier momento y una bandada de escuálidos tipejos del Este le vaciará los cargadores de tres Kalashnikov y lo lanzará contra los cristales, directo al otro barrio.

Debe pensar en otra cosa. Jugar con las mismas cartas. Hasta ahora, es posible que haya hecho algunas trampas mientras jugaba al Monopoly contra Vilaescusa, pero es que ha llegado un momento en el que el viejo ha puesto una pistola sobre la mesa. El juego ha cambiado.

Esta vez no le cogen el teléfono. Pablo mira el contenido del café, pero ya ni siquiera es apetecible. Entonces le suena el móvil. El móvil al que acaba de llamar. Carlos.

—Buenos días —le dice una voz ronca al otro lado.

—Si fueran buenos…

—¿Algún problema desde Suecia?

—No, no —dice Pablo—. Suecia fue de maravilla. Como siempre.

—¿Entonces?

—Necesito ayuda.

—Ya me conoces —dice Carlos—. Yo soy tus «porques».

Era una broma mutua. La primera vez que Carlos pisó el polígono y

llegó hasta la empresa de Pablo Quílez, se quedó mirando el logotipo. Estaba claro que el Urbanitas en letra redondilla de color azul oscuro jugaba con la idea de «urbanizar» y el propio sentido de la palabra *urbanita*. Pero las letras PQ (en clara alusión a Pablo Quílez), en mayúsculas, formaban una trama en rojo y amarillo que, según le confesaría después el propio empresario, se debía a la abreviatura de «¿Por qué?». Pablo le dijo que la empresa partió de la base de indagar nuevas formas de negocio en un mundo cada vez más globalizado. Por eso no solo se centraba en la construcción, sino que ya desde los inicios empezó a abrirse camino también en otros sectores, a veces transversalmente relacionados, como la limpieza, la vigilancia, el reciclaje o el montaje y preparación de eventos.

Y de ahí lo de «¿Por qué?», porque pretendía jugar con esa dualidad del nombre del creador y la idea de la pregunta como iniciadora de la búsqueda de la respuesta. Era todo muy poético y quizá demasiado abstracto, pero cuando Carlos fue por primera vez al polígono y le trajo tres gramos de coca, tras escuchar la explicación del logo, el camello le respondió que, si la empresa buscaba la pregunta, el «por qué», él le daría la respuesta, los «porques…».

—Necesito ayuda urgente —repite Pablo Quílez.

—Vaya. Te estás poniendo serio, ya de buena mañana…

—¿Conoces a alguien que pueda ocuparse de otro alguien?

—¿Qué quieres hacer? ¿Pretendes que lo borren del mapa?

—No sé —responde Pablo—. Eso igual es muy drástico.

A Pablo le tiembla la voz. Piensa que es una mala idea haber llamado a su camello Carlos.

—Todo es negociable, amigo Pablo. Pero mejor no hablamos de esto por teléfono. ¿Estás en tu oficina?

—Sí, aquí estoy.

—¿Podemos vernos en la cafetería del polígono? ¿En veinte minutos?

—Sí, claro.

—Pues ahí estaré —dice Carlos.

Y luego cuelga. Por alguna extraña razón, Pablo está aún más inquieto.

52

Tomás «El Pinchos» está en los bajos del edificio en construcción que preside el descampado del barrio. Tiene una jeringuilla en la mano y una goma amarillenta en la boca que va hasta su antebrazo izquierdo. Echa el cuerpo hacia atrás para estirar la goma y apretarse el brazo y entonces presiona el émbolo. La heroína le entra en la sangre y «El Pinchos» entrecierra los ojos. Es el primer chute del día. El que mejor le sienta.

Suele levantarse pronto. Con las primeras luces, casi siempre acompañadas de los primeros ruidos. Antes de la crisis, a esas horas de la mañana, ya había trabajo que hacer. Los camioneros acudían temprano, antes de iniciar la ruta, y le compraban algo de coca o hierba, y alguno hasta demandaba los servicios de las putas y así se iba servido y relajado al curro. Pero la crisis ha golpeado todos los sectores.

Una puta sale del sótano del edificio con el pelo totalmente enmarañado.

—Eh, «Pinchos», ¿está lloviendo?

—Y yo qué sé. Yo no me mojo donde estoy.

—Yo hace tiempo que dejé de mojarme —dice la puta.

Cuando acaba de subir la rampa y la poca luz de la mañana ilumina a la mujer, Tomás, que sigue con los ojos entreabiertos, se queda

unos segundos mirando la figura borrosa de la puta. Lleva lo que parece un abrigo largo de pelo sintético, despellejado en algunas partes, y unas botas altas sin tacón.

—¿Te hago una mamada?

—No llevo nada encima para ti —responde «El Pinchos».

—¿Te olvidaste la polla en casa?

—Déjame con mi subidón.

La puta desaparece en tres pasos rápidos. «El Pinchos» cierra los ojos y mueve la cabeza hacia ambos lados. Una mano le coge la chaqueta.

—Quita, puta —grita—. Que te he dicho que no quiero mamadas.

—No soy ninguna puta, yonqui de mierda.

La voz es conocida. Es Lucas. Como impulsado por un resorte, Tomás se pone en pie, pero sigue apoyándose en la pared de cemento de la bajada que lleva hasta el aparcamiento del edificio. Abre los ojos de par en par y ahí lo tiene, en la misma posición que como lo recuerda de la última vez que lo vio el lunes: con la mirada clavada en él y la nariz rozándole.

—¿Dónde está don Ángel?

—Yo qué sé, Lucas. Estará durmiendo.

—Tú y yo sabemos que ese viejo cabrón nunca duerme. Dame el móvil.

—¿No irás a llamarlo ahora?

—¡Dame tu móvil!

«El Pinchos» se palpa el vaquero y saca un viejo Nokia pelado por los golpes. Lucas se lo arranca de las manos y toquetea algunas teclas hasta conseguir lo que quiere. Siempre ha sido bueno para los números, así que recordará perfectamente esa cifra de nueve dígitos

cuando la necesite. Luego deja caer el móvil al suelo y suelta a Tomás, que se arrodilla para recogerlo.

—Eres un cabrón, Lucas. La cárcel te ha sentado mal.

Lucas le propina una patada en el estómago a Tomás y se va, camino a su casa, dejando a «El Pinchos» tosiendo y escupiendo sobre el cemento.

La puta del abrigo sigue plantada a veinte metros de donde está el yonqui, protegida de la lluvia, pero no ha movido un solo músculo. Y cuando el tipo de la barba y el chaquetón gris pasa por delante de ella, baja la cabeza y finge que el suelo la está llamando.

53

La cafetería del polígono industrial de Cappont es una gran nave de techos altos y decoración sobria que tiene cuatro hileras perfectas de mesas y sillas alineadas como si esperaran recibir en cualquier momento a todo un pelotón. Son las nueve y cuarto y el dueño, que lleva ahí desde las seis, ya ha hecho el sesenta y cinco por ciento de la caja. Y solo a base de desayunos. A comer cada vez van menos, a pesar de que publicitó hace medio año un competitivo menú por solo cinco euros.

Sentados junto a la barra están Pablo Quílez, que se deja caer poco por la cafetería, y otro tipo entrado en carnes que recubre sus rechonchas mejillas con una esmerada barba recién recortada. Es Carlos, que andará ya cerca de los cuarenta años y que viste una camisa rosa de manga larga de Ralph Lauren y unos pantalones de pana de color rojos. Lleva algunos botones desabrochados y, por eso, le asoman algunos pelos del pecho. El dueño ha dejado las consumiciones sobre la barra (un café solo para el empresario y un zumo de piña y un bocadillo de jamón y queso para el otro hombre) y se ha ido a la otra punta de la barra pensando en que, a pesar de

la grasa recubriendo ese cuerpo, el tipo tiene que estar pasando frío. Pablo Quílez se ha quitado el abrigo nada más entrar, pero el de la camisa rosa solo ha traído un paraguas con punta de acero. Han estado hablando unos minutos, el tiempo que ha tardado el gordo en dar cuenta del bocata.

Después, el empresario ha dado una fuerte palmada y se ha estrechado la mano con el gordo. La cuenta la ha pagado Pablo Quílez, dejando propina. Le ha sentado bien esa charla, porque ahora parece más animado. Cuando llegó, el empresario traía la cara pálida y un rostro mezcla de enfado y preocupación.

El dueño de la única cafetería de Cappont piensa que Pablo es un buen hombre. Lleva de alquiler allí prácticamente desde que abrió el polígono, pagando una cantidad no muy elevada y con una clientela fija. Es cierto que la caja ha bajado desde el inicio de la crisis, pero es suficiente para que su mujer, que está en la cocina, y él ahorren un poquito cada mes. Les queda poco para jubilarse.

—Señor Quílez —le dice el dueño—; ¿vendrá a ver el partido o tiene trabajo?

—¿El de fútbol sala? —pregunta Pablo.

—Sí, la semifinal del mundial contra Italia. Es a las once.

Pablo consulta rápidamente su reloj.

—A las once… Pues no sé qué estaré haciendo yo a esas horas. No me viene demasiado bien el cambio de hora con Tailandia. Pero espero que lleguemos a la final.

—Eso seguro.

—Lo que no me perderé es el principio de la Copa Davis.

Los dos hombres comentan algo más en privado y salen del bar entre risas. Pablo Quílez, que deja pasar al gordo de la camisa rosa, se gira en el último momento para levantar el brazo y despedirse del dueño.

—Adiós, Juan.

El dueño le responde con un gesto idéntico y luego sigue secando los platos que acaba de fregar.

54

Susana se está retrasando. Cinco minutos, de acuerdo, pero es que Paula lleva ya como un cuarto de hora esperando a su compañera de trabajo junto a la puerta del veinticuatro horas que hay próximo a los grandes almacenes. Ha aparcado dos calles más allá. Aunque es jefa de sección, prefiere no aparcar hoy en el reservado que tiene en el subterráneo del edificio. Las palabras que le dijo ayer Lucas frente a su casa aún resuenan en su cabeza. Que tuviera cuidado. Que no confiara en nadie.

Y que él se lo diga…

Si ahora se ha vuelto menos confiada es por culpa de Lucas. Cuando lo detuvieron por posesión de drogas estuvo varias noches llorando, envuelta en un silencio atroz, con música de fondo para disipar la angustia, pero con un vacío interior que la hacía evadirse de todo. Estuvo a punto de coger la baja, pero al final decidió que lo mejor era continuar con su vida, ir a trabajar, conocer gente, volver a ser feliz. Y cuando empezaba a ser feliz, con Fernando al lado, aparece Lucas y su castillo de arena comienza a derrumbarse.

Susana sale de un portal próximo. Las dos visten el uniforme reglamentario, aunque solo se les vea la falda azul marino por los abrigos y las bufandas que llevan.

—¿Hasta cuándo tienes el coche en el taller? —le dice la otra mujer, que tiene unos diez años menos y trabaja en su misma sección.

—Por lo menos hasta el martes —miente Paula—; ya sabes cómo son los mecánicos.

—Ya…

Las dos mujeres empiezan a caminar hacia los grandes almacenes. De no ser por la compañía de Susana, Paula tendría que haber entrado sola por la puerta de servicio, que está en un solitario callejón. Cualquiera podría haberla esperado. Si Lucas la ha puesto en peligro, no vendría a decírselo. O quizá sí. Así que es posible que los traficantes con los que se mueve su anterior pareja hayan dado con el paradero de esa antigua novia y quieren chantajearlo ahora que ha salido de la cárcel. No sería tan descabellado. Por otro lado, cuando lo vio por primera vez, el pasado martes, volvió a insistirle en que la droga no era suya. ¿Pero quién se dedica a hacerles ese tipo de favores delictivos a sus amigos? Y aunque así fuera, ¿por qué se lo ocultó? Cuando Paula supo de la existencia de ese arsenal con el que la policía pilló a Lucas, las piezas del puzle le encajaron a la perfección: la existencia de ese piso en el barrio más pobre de la ciudad, las desapariciones durante días para supuestamente ir a trabajar como peón en una obra de otro pueblo, el hecho de que él no tuviera teléfono móvil… Por Dios, ¿quién no tiene móvil hoy en día? Solo una persona que esconde algo. Al principio pensó que Lucas estaba casado, o que todavía seguía viéndose con una antigua pareja, pero ese pensamiento se desmoronó cuando, en una ocasión, Paula se tomó el día libre fingiendo encontrarse mal y fue hasta el barrio. Allí lo vio, deambulando por las calles, tomando café, yendo de acá para allá sin rumbo. Le dio lástima. Pensó que arrastraba algún dolor anterior, alguna pena imborrable en lo más hondo del alma que le impedía ser feliz y que le obligaba a encerrarse en sí mismo durante días, a desaparecer de la faz de la tierra. Cuando comprendió que no había otra mujer, Paula se sintió culpable por haber dudado de Lucas e intentó estar con él más tiempo. Fue entonces cuando le habló de tener hijos, a lo que él siempre respondía que tenían que marcharse de aquella ciudad. Ella no quería, claro. Paula había nacido allí, pero para evitar la discusión, dejaba de hablar. Y ponía música. De jovencita había estudiado piano; su padre era un apasionado del jazz. Nunca llegó al nivel necesario para interpretar jazz; por eso, se resarcía escuchando viejos álbumes o remasterizaciones de discos antiguos. Repetía las explicaciones que le daba su padre: ahora entra el solo de saxofón tenor, escucha el bajo de este tema y cómo se irá repitiendo a lo largo de la segunda sección, perfecto ese ataque del agudo en las trompetas. Ella lo repetía, recordando las palabras de su padre, y Lucas disfrutaba con esas explicaciones.

Mientras va pensando en estas cosas, Susana y Paula ya han llegado a la puerta de servicio de los grandes almacenes. Susana le sigue contando el problema que tuvo anoche para que su hijo de siete años se acabara la cena y terminara de hacer los deberes que le quedaban. Paula pone cara de circunstancias y mueve la cabeza de vez en cuando. Susana se fuma un segundo cigarrillo antes de entrar.

—A ver cómo va el día hoy —dice Susana tirando la colilla a la acera.

Y Paula echa un vistazo a la calle antes de entrar en el edificio y piensa que bien, que espera que le vaya bien.

55

Don Ángel descuelga el teléfono ante la insistencia. Es la segunda vez en menos de cinco minutos que lo llaman desde un número oculto. Está comiendo con un cliente en una de las mesas redondas del salón con vistas al campo de golf del hotel Finca Prats. Se disculpa ante Jaume Llopis, un marchante de arte, y se levanta de la cómoda butaca con dificultad. Descuelga el teléfono con una mano mientras con la otra se estira la camisa púrpura.

—Dígame.

—¿Podemos vernos, don Ángel?

—Pero qué… ¿Eres tú, Lucas?

—Sí, soy Lucas.

—¿Y por qué coño me molestas a estas horas? Estoy comiendo. Espero que sea para darme buenas noticias.

Don Ángel está hablando en voz baja, a tres metros de la mesa, pero

su acompañante, un tipo delgaducho con unas gruesas gafas de pasta y largas patillas canosas, lo observa con una sonrisa. Merodeando de un lado a otro, con un vaso lleno de algún tipo de refresco, uno de sus guardaespaldas, Christopher, hace la ronda por si el jefe necesita algo. El primo, Louis, aguarda dentro del coche escuchando música.

—Son noticias, pero de las que se leen en los periódicos —dice Lucas.

—¿Qué coño quiere decir eso?

—¿Podemos vernos?

—¿No me has entendido a la primera? —responde Ángel Vilaescusa. Le está empezando a tocar los huevos ese Lucas.

—Estoy en el Tívoli, don Ángel; aquí en el barrio.

Don Ángel echa un vistazo a su reloj.

—Pídeme un café solo en una hora —dice.

Y luego cuelga. Hace un gesto desde la distancia, más que nada para que Christopher no se preocupe y así pueda seguir paseándose por las instalaciones del hotel de lujo, y luego se sienta. El negro grandullón reanuda la marcha. De una sala a otra: de la recepción con suelos de mármol, a los distintos salones con vistas al campo de golf, ahora vacío por la lluvia. Grandes ventanales fotografían un paisaje otoñal de suelo verde y nubarrones oscuros.

—¿Algo urgente? —pregunta Jaume Llopis.

—Últimamente todo es urgente —dice Ángel Vilaescusa—. Mucho me temo que no podré acompañarte en los cafés; me ha surgido un imprevisto.

—¿Y sobre lo nuestro?

—Vale. Mi contacto en Bélgica puede traer las piezas sin problemas. En cuatro o cinco días las tienes aquí. ¿Quince mil por escultura?

—Aprietas mucho, Ángel.

—Sacarás casi el doble —le recrimina.

Jaume titubea, pero acaba cediendo. Todos terminan por hacerlo. Ángel Vilaescusa lleva haciendo negocios desde que tenía diez años. Esboza una sonrisa cuando Llopis le tiende una mano.

—Dentro de un mes —dice don Ángel estrechándosela— me llamarás para que te consiga otras cien esculturas de esas.

—Eso espero.

56

El Tívoli vuelve a estar vacío cuando entran los dos guardaespaldas de don Ángel y le abren el camino para que el viejo pase. Lucas está en la misma mesa donde lo encontró el lunes pasado, al fondo, con una botella fría de cerveza sobre la mesa.

El local está vacío; tan solo Marco, tras la barra, y Lucas, los dos con la mirada perdida. Marco está malhumorado: cuando ese desgraciado de la barba le ha dicho que le sirviera un tercio y un café solo para don Ángel cuando este cruzara la puerta, le ha cambiado la cara. Ha terminado de servir las comidas y ha mandado a los dos rusos a casa. El restaurante se ha vaciado pronto y ahora, cuando son las cuatro y cuarto en el Seiko de Lucas, ya no queda nadie.

Debería estar cerrado, piensa Marco. No quiere convertirse en el sitio predilecto para que el viejo de don Ángel haga sus negocios, pero, desde luego, no va a ser él quien se lo diga. Bastante tiene ya con aguantar a los cuatro malnacidos del barrio y sortear las peleas entre bandas.

Lucas ve llegar a don Ángel e intenta repetir en su cabeza las mismas palabras que ha estado ensayando esa mañana en casa, mientras montaba y desmontaba su pistola, mientras el disco que venía con aquel libro de ilustraciones de Robert Crumb sobre las leyendas del jazz, el blues y el country daba vueltas y vueltas en la minicadena del dormitorio. Si comete un solo error, si pisa en falso, parte de su masa encefálica pasará a integrarse con el gotelé. Por eso espera a don Ángel sentado en la mesa del fondo con sus manos sobre la mesa envolviendo la fría botella. De la silla cuelga el chaquetón gris con su Heckler & Koch USP del 45, pero espera no usarla. Y, sobre todo, confía en que las palabras que ha estado ensayando sean las justas para que ninguno de esos dos armarios enormes que acompañan al viejo tenga que usar sus armas.

Uno de los dos kenianos ha recogido el café solo que ha preparado Marco en un santiamén y lo ha dejado sobre la mesa. Don Ángel se sienta sin quitarse el abrigo. Los dos negros se quedan de pie, dos metros por detrás de él.

—Bueno, Lucas. —Lo mira fijamente a los ojos—. Me has levantado de una comida de trabajo. Espero que valga la pena.

Cristina está cepillándose los dientes en el diminuto cuarto de aseo de su piso. Toni dormita tirado en la cama. Hay mucha humedad, así que han puesto la vieja calefacción central de la casa y han conectado al máximo el radiador del dormitorio. Reposan el par de menús de ocho euros que acaban de comer en un pequeño bar familiar que queda no muy lejos de donde viven: sopa de fideos, filete empanado de pollo y natillas caseras. Toni se ha hecho dos cervezas; Cristina, una botella grande de agua. Su novio está ahora fumándose un canuto que se le apaga cada dos por tres, echando breves cabezadas. Cuando Cristina vuelve del aseo, se lo encuentra sin la sudadera, solo con una camiseta interior de manga corta, los vaqueros desabrochados y las zapatillas puestas. Se tumba a su lado y se abraza a él, sintiendo un escalofrío.

—Este piso es el Polo Norte —dice Toni.

—Pronto dejaremos de quejarnos.

—Me acabo el porro y voy a dejar el AX.

El pequeño y destartalado Citroën de color rojo es de un colega del barrio. Se lo prestaron porque Toni comentó que tenía el suyo arreglándose en el taller. Pero lo cierto es que hace siglos que Toni no tiene coche. Con ese AX han hecho la vigilancia del salón de apuestas para el golpe de mañana, pero ahora necesitan otro.

—¿Vas a robar uno?

Toni le da una calada al porro y vuelve a dejarlo en el cenicero que hay sobre la mesita de noche. Las cortinas están descorridas, pero, como no hay ninguna luz encendida y fuera ya es prácticamente de noche, son invisibles. Desde la ventana, nubes densas de color azul descargan una lluvia intermitente que aminora la velocidad de los coches y acelera el paso de los viandantes.

—Nena, no empieces…

—Si no he dicho nada —dice Cristina, acariciando el pecho y la barriga de Toni.

Él piensa que necesitará robar alguno, por supuesto. Aunque a Cristina no le guste. Nadie les va a regalar un coche para que crucen la frontera tras el robo y luego aparezca quemado en una carretera secundaria de Francia. Necesitan algo discreto. Algún vehículo pequeño de color blanco, por ejemplo, para que alguien del barrio le haga el apaño de modificarle la matrícula y ponerle algunas pegatinas y un alerón. Camuflarlo un poco, vamos.

Será solo para un par de días. Luego podrán abandonarlo en algún campo, antes de llegar a la frontera, para seguir el camino en autobús. O alquilar algún coche. O, si encuentran alguna ganga, comprar un cochecito de segunda mano con el que llegar a Italia.

La mano de Toni se desplaza hacia la entrepierna de Cristina.

—¿Tenemos tiempo? —pregunta Toni.

—No lo sé. Tú eres el que ha quedado.

—A las cinco me esperan. Pero pueden esperarme diez minutos más.

Cristina se sienta a horcajadas sobre el estómago de Toni. Este le pone las manos sobre sus tetas y se las amasa como si fueran de harina. Cristina se quita el grueso jersey de cuello alto y el sujetador y Toni le chupa los pezones. Ya está completamente empalmado.

Cuando terminan de hacer el amor, Toni camina desnudo hasta el cuarto de baño y, un par de segundos después, Cristina oye correr el agua de la ducha. Ella se pone la misma ropa y saca un par de maletas del armario ropero del dormitorio. Las coloca abiertas sobre la cama para preparar el equipaje. Toni hablará entonces con el casero, para decirle que han decidido marcharse al extranjero para buscar trabajo y así liquidar el contrato de alquiler. Ella madruga para ir a la cafetería, por lo que la última guardia la hará Toni solo. Para entonces, el coche que haya conseguido ya tendrá el par de maletas dispuestas atrás. En esa última guardia, la más importante según él, tiene que comprobar por última vez que no hay novedades: que las cámaras están en su sitio, que no hay ninguna más, que sigue sin haber vigilante, que el dueño llega alrededor de la misma hora. Cristina va metiendo ropa en las dos maletas,

indistintamente en una y en otra, ocupando cualquier espacio, cualquier resquicio, intentando que quepa toda una vida en esta ciudad. Aunque, si por ella fuera, no se llevaría nada, para que ni siquiera la ropa le recordara a la ciudad.

Toni vuelve al dormitorio envuelto en una toalla. Se viste en seis movimientos y le da un sonoro beso en los labios a Cristina. Ella está ruborizada, con las mejillas sonrosadas y todavía algo sudorosa.

—Luego te veo, ¿vale, nena?

—Lleva cuidado, Toni.

—Siempre lo llevo.

Cuando se queda sola, Cristina termina de hacer las maletas y las deja al pie de la cama. Se toca el vientre. Está de cuatro semanas. Un diminuto embrión del tamaño de una castaña pequeña comienza a crecer en su interior. No quiere decirle nada a Toni hasta que no estén lejos, hasta que no haya pasado el peligro. Cuando crucen la frontera con Francia será un buen momento.

Lo que más le duele es que ya no volverá a ver a su familia. Hace años que no ve a sus padres, a pesar de vivir en la misma ciudad. Él sigue siendo contable en una asesoría del centro, ya a punto de jubilarse. Su madre es ama de casa y, en época de rebajas o algunos fines de semana, ayuda a su hermana con un pequeño negocio de ropa de mujer. Ninguno de los dos comprendió ese vínculo afectivo que tenía con Toni. Cuando empezó a salir con él, en el instituto, para sus padres Toni era solo un delincuente. Pero Cristina sabe que, de no ser por ella, posiblemente él ya estaría en la cárcel o en una fosa común. Sin embargo, por la que más sufre es por su hermana pequeña, por Victoria. Se llevan dos años y fueron más amigas que hermanas. Incluso ahora, después de tantos años sin compartir habitación y confidencias a las dos de la madrugada, Cristina siente que esa unión fraternal sigue viva, por encima de la distancia. Sabe que empezó Educación Social y que hacía prácticas voluntarias en un centro de día para chicos que procedían de familias desestructuradas.

Algunas tardes, cuando Toni prefería quedarse en casa fumando porros o se iba al barrio a juntarse con sus antiguos compañeros de batallas, Cristina iba en autobús hasta el parque de Pau Casals y, desde la distancia, mirando a través del enrejado verde de los muros de piedra que protegían la zona de juegos infantiles de una ancha avenida, veía cómo su hermana Victoria se desenvolvía con aquellos chavales difíciles. Cristina veía en su hermana pequeña todo aquello que ella no pudo realizar. Cristina cuidaba de Toni, pero Victoria tenía a su cargo a doce chavales que eran Tonis en potencia: despojos de una sociedad en crisis que maltrataba a esos adolescentes, sin padres, desorientados, con todo un mundo de drogadicción a un milímetro de distancia.

Hoy necesita volverla a ver. Si tiene suerte, aunque solo sea unos minutos por la lluvia, es posible que su hermana salga con los chavales al parque. Para que se aireen. Necesita verla porque puede que sea la última vez que lo haga.

58

—Así que es, básicamente, una cuestión de dinero.

Está siendo demasiado comprensivo con Lucas. En el fondo, le tiene aprecio. Ese tipo ha trabajado con él durante los últimos quince años y nunca ha dicho una palabra más alta que la otra. Lucas siempre había cumplido los plazos de sus encargos y nunca había dejado rastro. La cárcel lo ha transformado; en muchos aspectos, Ángel Vilaescusa duda de que siga siendo el mismo hombre que, cuando le encomendaba liquidar a un tipo, lo hacía sin rechistar a los tres días.

—Me temo que sí, don Ángel. Usted y yo sabemos que ese tal Pablo Quílez vale bastante más que ocho mil euros.

—Un problema de dinero…

Ya no le debe quedar café, pero don Ángel sostiene todavía la taza en la mano. Se gira para mirar a uno de sus guardaespaldas y repite la última frase. El negro sacude la cabeza lentamente con una mueca de desprecio.

—Después de tantos años trabajando conmigo, para mí —le dice el viejo don Ángel a Lucas—, vienes ahora y tratas de extorsionarme.

—Le dije que sería mi último trabajo.

Lucas sabe que se arriesga demasiado diciéndole eso. Sabe que don Ángel tiene también algún que otro hombre al que ha encargado ese tipo de trabajos, cuando no localizaba a Lucas y la tarea requería urgencia, pero Lucas ha lanzado ese órdago buscando que la confianza se alíe con él. Los dos primos kenianos no podrían encargarse de Pablo Quílez. Lucas los ha visto en acción y son muy torpes; además, cualquier persona de esta ciudad los relaciona ya con Ángel Vilaescusa y no tienen un aspecto demasiado discreto que digamos. Lucas era su hombre; lo ha sido siempre.

—Sigues pretendiendo irte con ese chocho tuyo, ¿verdad?

Lucas asiente.

—¿A Francia?

—Es el país más próximo —responde Lucas— pero de ahí podríamos marcharnos a cualquier parte.

—Y necesitas treinta mil euros más.

—Treinta mil euros es una cifra justa teniendo en cuenta que la contrata de basuras es millonaria y la desaparición de Quílez dejará vía libre para su empresa.

—Maldita hora en la que te mandé a la cárcel, cabrón.

Don Ángel no se altera. Pronuncia cada palabra con una inusitada tranquilidad que a Lucas le pone nervioso. Se mete una mano en la chaqueta del traje. Lucas piensa que todo se ha acabado. Pero don Ángel saca el móvil y toquetea los botones. Deja la BlackBerry sobre la mesa.

—Mira —le dice don Ángel.

Lucas obedece, inclinándose para ver mejor la pantalla. Es una foto de Paula saliendo de su casa. La foto tiene una nitidez sobresaliente. Desde luego, no está hecha con un teléfono. De acuerdo a la distancia y al ángulo, está tomada desde un coche. Paula saliendo del bungaló con un abrigo largo color marrón claro y un bolso enorme. Don Ángel aprieta un botón y la foto cambia. Vuelve a salir Paula, pero ahora se la ve dentro de su Volkswagen Golf, saliendo de la cochera. En las sucesivas fotos, como si fueran fotogramas de una película, Paula entra o sale de su casa, o llega a los grandes almacenes. Días distintos, porque Paula lleva ropa diferente.

—Si cumples lo que me has dicho —dice don Ángel cogiendo el teléfono y guardándoselo en el bolsillo de la chaqueta—, no le pasará nada a tu chocho. Intenta joderme y solo necesitaré una llamada para que tu querida mujercita aparezca sin cabeza. ¿Entiendes?

Lucas asiente.

—Bien. ¿Cómo quiere el señor los treinta mil euros? ¿En efectivo o ingresados en su cuenta?

Lucas mete su mano en un bolsillo del chaquetón gris. Roza la pistola al sacar un pequeño objeto. Es un llavero con una chapa de color negro con el número 17 grabado en letras doradas y dos pequeñas llaves. Saca una llave y la arrastra sobre la mesa hasta que la pone del lado de don Ángel.

—Esta llave abre la taquilla 17 de las consignas de la estación. El domingo cojo un tren a las ocho de la mañana y salgo del país. No volverá a saber nada más de mí, don Ángel.

El viejo coge la llave y levanta el brazo. Uno de los guardaespaldas toma la llave y se la guarda en el bolsillo del pantalón del traje.

—Acaba el trabajo mañana, como has dicho, y tendrás el dinero en esa taquilla. No lo hagas y te encontrarás con una sorpresa.

—No será necesario. ¿Le he fallado alguna vez?

Don Ángel no responde. Y pensar que quiso a ese canalla como a un hijo… Se pone en pie con dificultad.

—Mucho cuidado, hijo de la gran puta.

Don Ángel y sus guardaespaldas comienzan a caminar hacia la salida del Tívoli. Marco se despide de ellos con una falsa sonrisa.

Lucas agarra la cerveza y mira el poso de agua que ha dejado sobre el mantel. Da un trago largo, hasta acabarse el contenido. Espera no haberla cagado.

59

«El Pinchos» cuelga el móvil y lo deja donde estaba, sobre el mugriento colchón donde duerme. Esta mañana se ha pasado con el chute y ahora sigue algo mareado. Pero la llamada lo acaba de despertar del todo, como si una corriente de energía le acabara de llegar al cuerpo. Como si los astros se hubieran alineado solo para él.

La puta que se acaba de follar está lavándose en el baño. No hay agua corriente ni luz en todo el edificio, pero Tomás tiene algunas toallitas de aseo, un barreño con esponja y jabón y algunas toallas. Deben de quedar tres o cuatro garrafas de agua de cinco litros. No es un spa, pero él se las apaña a las mil maravillas y las putas del barrio tampoco hacen demasiados miramientos. «El Pinchos» se está fumando un chino. Esta mañana, después del episodio con Lucas, el sicario de don Ángel, unos chavales han llegado a su piso para comprarle cien euros de hierba. Tendrían algún tipo de fiesta universitaria. Así que, con el dinero contante y sonante en el bolsillo, le ha dicho a una de las putas rumanas del descampado que subiera después de comer.

Y se la ha trincado por detrás. Esas zorras son unas viciosas y a la mínima que les enseñas un billete grande te ponen el culo en pompa

para que hagas lo que te venga en gana. Además, Tomás «El Pinchos» conoce al chulo que las lleva. El tipo le compra coca y Tomás se la deja a buen precio a cambio de que las chicas no se pongan melindrosas cuando oyen sus peticiones. Y encima luego las acaba invitando a un cigarrillo de coca.

El viento pega fuerte y es frío; agita los maderos que cubren parte de la ventana del balcón. Pero al menos la lluvia ha concedido una tregua de un par de horas. Lo justo para que los charcos del descampado empiecen a secarse. Las putas lo agradecerán, ya que empieza el fin de semana. Y seguro que sus tacones de charol también lo agradecen.

Si puede hacer el trabajo que le acaban de encomendar, que no hay duda de que lo puede hacer, es posible que la próxima vez que quiera trincarse a una de esas zorras, lo haga en un colchón decente y con sábanas limpias. Igual hasta puede follársela en una bañera espaciosa llena de agua caliente. Con velas aromáticas y espuma, como en las películas. Le han llegado referencias de casas antiguas que están medio reformadas, sin ascensor y con pocos gastos, que sus viejos dueños venden a buen precio para conseguir el empujón que les haga salir de ese barrio. Por menos de cuarenta mil euros habrá alguna, seguro. Si consigue esos veinticinco mil, con medio año más trapicheando y controlándose un poco el consumo propio, lo tendrá fácil. Ya no tendrá que vivir de okupa en ese edificio, ya no tendrá que dormir con un ojo abierto por si un borracho pisa el suelo que es suyo. Si completa el trabajo, seguro que estará mejor considerado. Subirá de escalafón. Y eso le gusta.

—¿De qué te ríes? —le pregunta la puta, que tiene un muy ligero acento rumano.

—De alegría. Ya va siendo hora de que las cosas se pongan en su sitio.

En la pantalla gigante del salón de apuestas de la avenida América están repasando los mejores momentos de la victoria de la selección española de fútbol sala. 4 a 1 contra Italia esta mañana. España ha metido tres goles en menos de diez minutos y el periodista dice que el domingo será la final soñada. Contra Brasil.

—Un partido difícil —dice Pablo.

—Será bonito —comenta Lucas.

Están sentados junto a una de las mesas que queda más cerca del gran pantallón, iluminados por la luz que emana de la pared y recostados en los butacones negros. Sobre la mesa está el tercio que ha pedido Lucas y un vaso de tubo con Sprite. Es la primera vez que Lucas ve al empresario tomando algo sin alcohol.

Cuando se termina el resumen de los goles del partido de fútbol sala, la imagen cambia a la perspectiva aérea de una pista dura de tenis. Sobreimpresionados, se ven los nombres de los dos jugadores: Radek Stepanek y David Ferrer. El español ha ganado el primer set 3-6 y está a punto de comenzar el segundo. Llevan jugando desde las cuatro de la tarde; casi una hora.

—Empieza bien la cosa —dice Lucas—. Hasta con Nadal lesionado…

—Bueno, Manuel, ¿qué me dices?

Está valorando todo lo que le acaba de contar Pablo Quílez: que confía en él, que si no le mató teniendo varias oportunidades es que algo en su interior le dice que lo que está haciendo es incorrecto. Pablo Quílez le ha dicho que no le ha denunciado ni ha hablado con nadie de ese asunto, pero que prefiere seguir teniendo su compañía. Es más, si es un asesino a sueldo, ¿no es mejor dignificar sus conocimientos y dedicarse a la protección personal?

Y eso mismo es lo que le ha ofrecido Pablo Quílez a Lucas: un puesto de trabajo como guardaespaldas personal, el reconocimiento de una vida, salir de la invisibilidad. Y todo por cinco mil euros al

mes más gastos, con coche de empresa y un horario lejos de esa casi esclavitud a la que le imponía don Ángel. En la otra cara de la moneda, si acepta el trabajo, Paula morirá.

—¿Cuándo tendría que empezar? —dice Lucas.

Sigue dándole vueltas al asunto. Nunca más tendría que ocultar ni fingir ser otra persona. Tendría nómina, podría alquilar una casa, comprarla incluso, comprarse un coche, volver a aprender a conducir. Él es bueno en esa labor de vigilancia; es bueno anticipándose a los peligros.

—Empezarías mañana, si quieres —responde Pablo—. De vez en cuando, los sábados, nos juntamos unos cinco o seis amigos para echar una partida de póquer y quemar algo de dinero. Aquí mismo, en el salón de apuestas. Agustín nos prepara una mesa y unas sillas en el almacén y nadie nos molesta. ¿Quieres jugar?

—¿Al póquer? No, yo no sé.

—Bueno, vale, pero podrías venir conmigo. Se mueve mucho dinero y, a veces, hay discusiones. Sería una tranquilidad saber que puedo contar contigo.

—¿Mañana por la noche? —pregunta Lucas.

—Eso es. Así tendrás tiempo de ir apuntándote a un gimnasio y practicar artes marciales.

Pablo Quílez apura su refresco y se levanta.

—¿No te quedas a ver el partido de Nico Almagro? —le pregunta Lucas al empresario.

—No, tengo cosas que hacer. Además, esto está ganado. Ya me contarás.

Pablo se pone el abrigo y se despide de Lucas dándole un par de palmadas en la espalda.

—Te invito a la cerveza, Manuel. ¡Suerte con tus perros!

Un par de minutos después, Pablo Quílez está sentado en su Porsche Cayenne negro, con la calefacción al máximo y el motor encendido. La radio está a un volumen muy bajo, un sonido casi imperceptible que emite música tranquila. Son las cinco y cuarto y ya empieza a oscurecer. Ha llovido un poco después de comer, pero parece que la noche será tranquila.

Pablo saca su móvil y busca el número de Carlos, su camello. Abre un nuevo mensaje y escribe: «Todo OK». Y luego mete primera y se introduce en el tráfico denso de la avenida América dando un acelerón que provoca un bocinazo.

61

Cristina saca las manos del bolsillo de su chaquetón de plumas y se las frota con violencia para darse calor. Resopla y el aire que sale de su boca se convierte en un humito liviano que se alza unos centímetros antes de desaparecer entre los árboles. El frío y la amenaza constante de lluvia ha vaciado el parque Pau Casals, un pequeño espacio verde entre unos edificios y una avenida, pero, aun así, algunas madres aguantan estoicas. Miran cómo sus hijos de tres años se lanzan por el tobogán. Ellas los esperan al final de la bajada, para recogerlos hechos un ovillo de risas, y vuelta a empezar. Pero Cristina también mira algo más allá, a los bancos verdes que quedan algo más lejos. Desde donde está, fuera del parque, viendo la escena a través de las rejas de los muros, espiando más que observando, apenas ve a su hermana. Cuando los chavales que la rodean se mueven un poco, Victoria aparece. Es una chica preciosa. Tiene casi el mismo tono de pelo que ella, aunque rizado, con unos enormes ojos verdes y una cara fina punteada de pecas que le dan un aspecto juvenil. Se llevan dos años, pero la gente, siempre, había pensado que la diferencia era mayor.

Victoria está hablando con los chavales del centro de día en el que

trabaja como voluntaria. Gesticula mucho al hablar, moviendo la cabeza de un lado a otro y sonriendo siempre. Una chica preciosa. Le irá bien en la vida. De eso Cristina no tiene ninguna duda. Susurra «adiós» y vuelve a salir vaho de su boca. Ha venido otras muchas veces a ver a su hermana, pero Cristina sabe que esta va a ser la última. Por eso tiene los ojos húmedos. Pone los dedos entre el frío enrejado y, gracias a la perspectiva, parece que esté acariciando a su hermana.

Un trueno estalla sobre la ciudad y la gente del parque comienza a irse cuando caen las primeras gotas. Las madres con sus hijos. Alguna pareja joven que había estado leyendo y besuqueándose al calor de unos versos. Victoria y el grupo de chavales también se van. Con las manos en los bolsillos y una lágrima helada resbalando débilmente por su mejilla, Cristina camina hacia la parada de autobús más cercana.

62

La comunicación se corta tras cinco o seis tonos. Nadie en casa. Paula no está allí. Lucas piensa que, quizá por la preparación de la campaña navideña, hoy tenga que salir más tarde.

Cuando terminó el primer partido de tenis de la Copa Davis, pagó las dos cervezas que tomó y salió del salón de apuestas. Una victoria en tres sets, pero ha sido un partido largo: casi tres horas. En ese momento llovía, así que Lucas ha parado un taxi y ha pedido que lo llevaran cerca del puente. Entonces, como la lluvia era más intensa, ha entrado en un bar y ha pedido un bocadillo y otra cerveza. Y luego le ha preguntado al dueño de ese tugurio alfombrado de papeles usados y huesos de aceituna dónde tenía el teléfono.

Pero Paula no está en casa. Hay una guía sobre la repisa de madera donde se apoya el aparato, pero es de hace dos años. A pesar de eso,

Lucas busca el número de los grandes almacenes. Solo hay uno. Será el de información general. Marca y, al segundo tono, una vocecita nasal le contesta. Lucas miente y dice que compró hace poco una nevera, pero que ahora hace ruidos raros y le gustaría conseguir otra, pero que necesita hablar con la jefa de sección porque ella le dijo que era estupenda y la nevera no le convence. Unos segundos después, Paula está al otro lado del teléfono.

—Paula, soy Lucas.

—¿Sabes que esto podría ser acoso?

—Déjame que te explique, por favor. He conseguido un trabajo.

—¿Uno de esos trabajos que te llevarán a la cárcel otra vez?

—No. Un trabajo de verdad. Seré el guardaespaldas personal de un empresario.

—¿Qué empresario?

—Pablo Quílez. El de las basuras.

—Sé quién es —responde Paula—. ¿Y vas a trabajar para él?

—Él mismo me ha dado el trabajo.

—¿Lo conocías? —pregunta Paula extrañada.

—Lo conocí este martes.

—Pues sí que te ha dado un trabajo pronto.

—Ha confiado en mí —dice Lucas.

—¿Y ahora ya no quieres huir del país?

—Solo quiero estar contigo. Dame una segunda oportunidad.

Paula suspira y la respiración se le mete a Lucas en el oído.

—Te di demasiadas —dice ella.

—La última… Encuéntrate conmigo en la cafetería de la estación de trenes este domingo, a primera hora.

—¿Por qué allí? ¿No ibas a quedarte en la ciudad?

—Es un lugar concurrido; nos pilla cerca a los dos. Y así verás cómo rompo los billetes. Rompo con todo y elijo quedarme. Elijo que volvamos a ser amigos para que el tiempo diga lo que tenga que decir.

—Primero me dices que lleve cuidado, que estoy en peligro, supongo que porque alguien de tus amiguitos me ha puesto en su punto de mira. Y ahora vienes a reconciliarte conmigo. No entiendo nada…

—El domingo lo entenderás todo. Te lo explicaré todo desde el principio. Es lo mejor.

—Lo pensaré, Lucas.

—A las siete y media de la mañana en la cafetería de la estación.

—Lo pensaré —repite Paula.

—Te quiero, amor.

Paula suspira largamente y luego dice:

—Yo también te quise, Lucas.

Cuando cuelga, Lucas se siente feliz, porque cree que, en ese suspiro final, en ese hilo de voz quebrada a punto de romper a llorar, se atisba la llama diminuta de un amor que podría volver a renacer.

Aunque esté cimentado en una sarta de mentiras.

Esta noche, Paula no quiere dormir sola en el bungaló. Fernando salió esa mañana temprano hacia Barcelona, para coger un vuelo a Londres. Un fin de semana de reuniones, conferencias sobre medicina y cenas con colegas. «Que te lo pases bien», le había dicho ella desde la cama, cuando él ya estaba preparado para salir. Un fin de semana sola en casa que hubiera aprovechado para leer y escuchar música de no ser por aquellas palabras de Lucas. Lucas… Ha salido este mismo lunes de la cárcel y, aunque pensaba que ya no tendría que preocuparse más por él, aparece de pronto: en su trabajo, en su casa, por teléfono… Conversaciones inquietantes que la habían puesto sobre aviso. Si es cierto que tiene ese nuevo trabajo junto al conocido empresario Pablo Quílez, quizá sea cierto también que Lucas está empezando a cambiar de aires. Igual en la cárcel inició un plan para dejar de meterse coca y ahora es un hombre nuevo, limpio, con deseos de encaminar el rumbo de su vida. Quién sabe.

Pero ella sigue pensando en que la insistencia de que lleve cuidado está relacionada con los anteriores contactos de Lucas. Si él se movía entre traficantes, es posible que le deba dinero a alguno de ellos, o que intenten extorsionarle para que vuelva a las andadas. Es posible que la moneda de cambio sea ella. Por eso, esa mañana había llamado a Susana desde su casa para decirle que su viejo Golf no arrancaba y que su pareja ya no estaba. Susana insistió en ir a recogerla, pero Paula le dijo que la urbanización estaba muy lejos; que llamaba a la grúa y que se verían en el veinticuatro horas. Pero a su coche no le pasaba nada, por supuesto: Paula preparó una pequeña maleta de viaje con una muda, el neceser de baño y algo de ropa limpia. Pasaría fuera la noche del viernes, lejos del bungaló, por si era cierto que debía llevar cuidado.

Así que, cuando sale de trabajar, va hacia donde tenía aparcado el coche, coge la maleta que estaba en el maletero y busca un hotel cercano. La recepcionista es una espabilada jovencita de menos de veinticinco años que la mira con cara risueña a través de unas gafas de pasta de color violeta. No hay nadie en el vestíbulo de ese pequeño hotel de tres estrellas y Paula cree que nadie la ha seguido. Pero la jovencita que hay detrás del mostrador se da cuenta de que aquella mujer con el pelo húmedo por la lluvia y las mejillas coloradas por las prisas está nerviosa. Se le nota a la legua. Igual

que si estuviera ocultando algo malo, Paula tartamudea al preguntar por una habitación libre.

—Para una noche, tal vez dos —dice.

La recepcionista teclea algo en su ordenador y le dice que no hay problema, que decida entre cama individual o doble y que con el precio viene incluido el desayuno bufé. También le dice que, si quiere quedarse una noche más, deberá avisarlo antes de las diez y media de la mañana. Paula responde con monosílabos y la mirada perdida.

—¿Desea algo más?

La joven recepcionista deja la llave sobre el mostrador y le da el cambio a la mujer. Paula no ha pagado con tarjeta para no dejar rastro. Cuando firma la factura y recoge la llave, la recepcionista vuelve a preguntarle:

—¿Quiere algo? ¿Va todo bien?

Quizá la chica esperara que ahí mismo, en la recepción de ese hotel en el que se ganaba la vida, aquella mujer le confesara unos malos tratos o la turbia relación que tenía con su marido o el cansancio de toda una vida aguantando simplezas. Pero la mujer se limita a asentir rápidamente con la cabeza y enfila el camino hacia los ascensores.

Cuando llega a la cuarta planta, Paula encuentra fácilmente la habitación número 414. Es una de las primeras del pasillo de la izquierda. La habitación es pequeña, pero no da a una calle principal, así que no tendrá problemas para dormir. Además, las ventanas parecen aislar muy bien el frío y el ruido. Enciende el pequeño televisor y deja la maleta sobre la única silla que hay en toda la habitación, junto a la gran cama de matrimonio.

Saca el móvil de su bolso y marca el número de Fernando. De fondo se oye música alta y voces hablando.

—¿Estás ya en casa? —Fernando tiene que gritar para oírse, aunque a Paula le rechine el oído.

—Sí, agotada. ¿Tú qué tal?

—Bueno, ya sabes. Un auténtico coñazo. Ya hemos tenido dos conferencias. No les van a dar el Nobel, eso seguro; pero, lo de siempre, toca hacer contactos con los hospitales de aquí y enterarnos de los últimos avances. Hemos cenado temprano y ahora estamos tomándonos algo. Luego te llamo, si quieres.

—No, no. Ya estoy en casa. Me hago algo de cenar y me acuesto.

—Ok. Pues mañana te cuento. Creo que nos dejarán tiempo para ver la ciudad. Te mando algunas fotos de Londres.

—Como quieras. Pásalo bien, Fernando.

—Igualmente, amor. Un beso enorme.

—Otro.

Mientras aguantaba los gritos de Fernando al otro lado del teléfono, Paula ha inspeccionado la habitación del hotel: el aseo es pequeño, pero está completamente reformado e incluso han instalado en la bañera un sistema de ducha con hidromasaje. No hay balcón, pero la ventana que da a una calle estrecha es muy grande y con doble cortina. Cuando cuelga, Paula se quita los zapatos de tacón y los deja al pie de la cama. Todavía con la falda del uniforme de trabajo de los grandes almacenes, se recuesta sobre las sábanas limpias y cierra los ojos.

64

Lucas le ha dejado un billete de cincuenta euros al taxista. Por las molestias y como fianza. Confía en que el tipo no se largue con el dinero mientras él está en su piso haciendo las maletas. Le ha dicho que bajaría en menos de cinco minutos y no cree haberle dado motivos para desconfiar.

Con el cincel y el martillo de su caja de herramientas abre la pared para sacar su pequeña caja de caudales. Saca todo el dinero (habrá más de noventa mil euros) y lo introduce en la maleta a puñados. También mete toda la ropa que le cabe. Se deja mucha, por supuesto, pero solo quiere llevarse una maleta.

Saca la pistola del interior del chaquetón gris y desenrosca el silenciador. Lo guarda dentro de una funda, junto a tres cargadores llenos y la munición que encuentra. Encima de todo, antes de cerrar la maleta, Lucas pone algunos libros sobre guerrilla urbana o técnicas de combate. Luego guarda los discos de Paula en sus respectivas cajas, coge el CD de Miles Davis y el libro de dibujos de Robert Crumb que compró en los grandes almacenes y sale de casa. Baja corriendo por la escalera. Cuando llega abajo puede ver las luces intermitentes de color naranja del taxi. Abre la puerta de atrás, empuja la maleta hacia el otro lado y se sienta. Lucas mira su reloj Seiko: las ocho y cincuenta y tres. No ha tardado ni cinco minutos en meter toda su vida en una maleta y largarse de ese piso para siempre.

—Muchacho, le va a dar algo —dice el taxista, un hombre que ya debería haberse jubilado hace tiempo y que conduce con una boina Kangol de color oscuro quizá para cubrirse la calva.

Pero Lucas no dice nada. Podría jurar que nadie le ha seguido, pero los tentáculos de don Ángel tienen ojos y chivatos en el lugar menos pensado.

De camino al hotel, el AC Marriot que queda a veinte minutos andando del salón de apuestas de la avenida América, Lucas se dedica a mirar cómo cae la lluvia sobre las aceras, cómo golpea sobre la ventanilla del taxi el constante repicar del agua. Cuando llegan a un semáforo en rojo y el taxista reanuda la marcha, algunas gotas se desplazan sobre el cristal y Lucas las sigue con la mirada, hasta que se pierden o se juntan en su camino con otras.

Cuando ya está acomodado en la tercera planta de aquel novísimo hotel de cuatro estrellas, Lucas llama a recepción para que le suban un sándwich club a las diez de la noche. Le preguntan si quiere algo más, pero Lucas dice que irá picoteando algo del minibar. Se lía un cigarrillo y después enciende la tele y el reproductor de DVD. Mete

el CD que hay dentro del libro de dibujos de Robert Crumb, editado en 2006 por la editorial Abrams de Nueva York, y abre la única lata de Cruzcampo que hay en la pequeña neverita.

La melodía de la armónica y el kazoo, con el suave ritmo del banjo y la jarra soplada (por eso se llamaban los Memphis Jug Band), introducen la voz de Will Shade cantando aquella canción que habla de negros huyendo, de gente que no ha encontrado su camino o que no ha asumido todavía que su camino es estar en la carretera, siempre de acá para allá, sin un lugar donde caerse muertos.

El domingo, cuando vea a Paula, le regalará ese libro-CD. Seguro que le encanta. Pero antes debe descansar, pensar en mañana, engrasar de nuevo su Heckler & Koch USP. Porque mañana todo habrá acabado. Por fin.

Ha salido esta misma semana de la cárcel y, lejos de organizarse las ideas y cambiar el rumbo de su vida, ha vuelto a lo de siempre. A lo único que sabe hacer. Lucas se pregunta si no estará condenado a vivir así toda la eternidad.

Sexta parte - Sábado

porque el aire es cansancio
cuando se calla todo,
cuando todo es silencio
y el silencio es muy poco.

Ángel Mendoza

06:20

(19 h 55 min antes del golpe)

Cristina apaga el despertador de la mesita de noche cuando no lleva ni dos segundos sonando. Pero Toni ya se ha despertado. Tiene los ojos entreabiertos y, a pesar de la oscuridad de la habitación, adivina el cuerpo de su chica. Anoche llegó tarde de hacer la ronda frente al salón de apuestas y ella ya estaba acostada. Ahora, mientras Cristina coge unas bragas limpias, un par de medias nuevas y algo de la poca ropa que no metió ayer en la maleta, le susurra que tenga un buen día y ponga muchos cafés. Cristina apenas lo entiende. Aunque pronuncie palabras, Toni está todavía dormido.

La ducha caliente le sienta de maravilla. No se ha asomado a la calle, pero tiene que hacer un frío de narices. Menos de cinco grados. Cuando ella era pequeña, hacía más frío. Por estas fechas ya empezaba a nevar en la ciudad. Ahora, por el cambio climático, como mucho nieva en las montañas y, con suerte, cae algo de aguanieve por la noche. Desayuna un tazón de cereales con leche y sale a la calle cuando ya despunta el día. Va a ser un día fresco. El viento es helado y Cristina tiene que abrocharse el plumas hasta arriba y enrollarse bien la bufanda de lana alrededor del cuello. No llueve, pero el cielo, aún nocturno, está completamente cubierto. Al ser sábado, son pocos los coches que circulan por la calle que bordea el río, pero todos los conductores que pasan se quedan mirando a Cristina. Ella mueve las piernas rápidamente y se frota las manos. Los dedos se le están congelando. Cuando son las siete menos veinte, el coche de Alba, su compañera de trabajo, se para ante el portal del viejo edificio donde viven Cristina y Toni.

Cristina corre hasta el coche y sube, poniendo las manos en las compuertas del aire para calentárselas. Alba, que tiene su edad, conduce con mitones mientras fuma un cigarrillo de Chesterfield. Es morena de piel, de brillantes cabellos negros y lisos, cortados hasta los hombros. Lleva lentillas, aunque ahora, por alguna razón que Cristina desconoce, lleva puestas unas horribles gafas que le vienen pequeñas y le hacen la cara más redonda de lo que ya la tiene. Está embutida en una gruesa trenca de color verde oscuro con capucha de pelo.

—¿Preparada?

—Otro sábado más —suspira Cristina.

Alba no es de la ciudad. Lo poco que Cristina sabe de ella es que Alba está ahí por estudios. Ciencias Biomédicas, o Biotecnología. Algo por el estilo. Nacería en algún otro lugar de la comunidad o del país y sus padres la mandarían allí para que se aireara y conociera mundo. Se ve a la legua, o al menos así lo cree Cristina, que es una chica bien: la ropa cara, el móvil de último diseño, un novio pijo que de vez en cuando se deja caer por la cafetería cutre en la que trabajan para dejar claro que él pescó primero a esa morena bajita. De hecho, Cristina cree que Alba pone cafés y desayunos los sábados y domingos por la mañana por experiencia personal, o tal vez como una manera de servir a la sociedad, porque ella parece de esas eternas universitarias que no acaban nunca sus estudios y que siempre tienen como última llamada aquella que hicieron a sus padres para que le pusieran otros quinientos euros en la cuenta. Para gastos.

—A ver si hay suerte y no va nadie —dice Cristina cuando el limpísimo Mini de Alba se pone en marcha—. Así más tranquilas.

A lo que la otra chica, que sigue fumando, responde:

—O, al menos, que tengamos un buen día.

Y Cristina está de acuerdo en eso. Espera tener un buen día. Espera que hoy sea el mejor día de su vida.

08:27

El logo de SONY va cambiando de color a medida que golpea los bordes de la pantalla LCD. Cuando Lucas abre los ojos, pestañea un par de veces y los siete colores del arcoíris amortiguan el dolor en sus pupilas. La poca luz que entra por las ventanas es fría, de ese color azul que tienen las mañanas otoñales. Ha dormido con la calefacción puesta, por lo que ahora puede pasearse en calzoncillos y calcetines sobre el parqué de la habitación sin pasar frío. Su piso del barrio es un iglú en mitad de Siberia comparado con esa confortable estancia de treinta metros cuadrados en el centro de la ciudad.

El mando a distancia de la tele está en la mesita de noche, junto a los restos de la cena de anoche y un cenicero de porcelana con cinco colillas. También hay un bloc de notas con el membrete del hotel. Aprieta un botón cualquiera del mando para que la imagen vuelva en sí y luego pulsa el *play*. Los clásicos del blues vuelven a llenar la habitación. Lucas mira a través de la ventana hacia la ciudad dormida en este silencioso sábado de noviembre. 17 de noviembre. Hace un año estaba en la cárcel, solo, sin un rumbo claro al que dirigir su vida. Se sentía engañado, abandonado a su suerte. Únicamente la esperanza de un reencuentro apasionado con Paula le daba fuerzas para seguir luchando cada día contra la idea de rajarse las venas. Hoy, un año después, no puede decir que haya avanzado demasiado.

Lucas va al cuarto de baño de diseño y se lava la cara con agua fría. Luego se ducha y se pone la misma ropa que ayer. Abre la maleta para ordenarla. Dobla la ropa como puede y la apila en una repisa del armario. Guarda la funda de la pistola en la caja fuerte y saca todos los billetes de la maleta para contarlos. Los agrupa por colores sobre la colcha blanca de la cama tamaño gigante. Ha ido gastando dinero, claro está, sobre todo cuando comenzó a salir con Paula (a las mujeres les gusta recibir regalos y él se considera un detallista), pero ahora que ve el fruto de todo su trabajo durante los últimos

años, con la perspectiva del tiempo transcurrido, Lucas no se siente satisfecho. Sabe que ha provocado dolor, sabe que cada uno de esos billetes conlleva una historia de sufrimiento, así como también sabe que cada uno de los encargos que don Ángel le obligaba a cumplir traía un beneficio para alguien. Con Pablo Quílez, el beneficiado era el viejo don Ángel. Pero ¿con cuántos más? ¿Cuánto dolor ha causado para que don Ángel pudiera incrementar su patrimonio personal? Los cerca de noventa y cinco mil euros que hay sobre la cama no son suficientes. Ni siquiera lo son cuando mañana vaya a la estación de trenes y en la consigna 17 se encuentre una bolsa con treinta mil euros más.

Nada tiene sentido mientras el viejo de don Ángel siga ahí. Porque Lucas podrá irse, desde luego. Podrá coger el tren de las ocho de la mañana, bajarse en Perpiñán, y empezar de cero una nueva vida como agricultor, cultivando hortalizas y vendiéndolas en mercados comarcales de Francia. Cuando era niño, en la escuela dio francés, y es posible que esa lengua haya quedado impresa en su subconsciente esperando el momento para aflorar. Podrá largarse y no volver nunca a esa maldita ciudad donde igual te llueve durante tres semanas seguidas que te asfixias de calor en verano, con casi cuarenta grados a la sombra. Podrá desaparecer para siempre, no llegar a ser ni apenas un recuerdo ni una sombra en esas calles, pero otro ocupará su lugar. Mientras exista don Ángel, otro sicario anónimo, otro tipo sombrío y apático recibirá los sobres tamaño americano en tugurios oscuros del extrarradio o en callejuelas de barrios de yonquis y putas. Otra ánima sin remordimientos ni conciencia funcionará como eslabón para que la cadena no se rompa, para que los deseos de don Ángel se hagan realidad.

Por fortuna, esta noche habrá acabado todo.

Lucas recuenta los billetes y los mete en la caja fuerte. La cierra y programa la combinación: 1975, la fecha de nacimiento de Paula. Luego, cuando el disco va por su cuarto corte, apaga el reproductor de DVD y el televisor. Se pone el reloj Seiko que dejó anoche en la mesa redonda que hay delante de la ventana, coge la tarjeta que abre la puerta y baja al comedor a desayunar.

11:15

(15 h 00 min antes del golpe)

Alba y Cristina vuelven adentro. Su jefe ha llegado a las once menos cuarto, como cada día, para hacer el recuento y charlar con algunos clientes habituales. Ellas aprovechan para hacerse un cigarro en la calle. Cristina no está acostumbrada a fumar solo tabaco, pero es una manera de calentarse. La mañana es muy fría. Ha ido a trabajar para seguir forjando la coartada de que ella es una buena chica, de que no tiene nada que ocultar. Mañana domingo, cuando no aparezca por la cafetería, todos creerán la versión de que se ha levantado con mal cuerpo.

Cristina oye el tintineo de los cascabeles de la puerta. Ella y Alba están detrás de la barra despachando cafés y tostadas, llevando el periódico de una mesa a otra. Se gira instintivamente para mirar. No puede creer lo que está viendo. Es su madre la que acaba de entrar.

La cafetería en la que trabaja los sábados y domingos, de siete a dos, es un pequeño local adosado a una gasolinera BP de las afueras de la ciudad, uno de esos sitios en los que nadie entra a no ser que vaya a llenar el depósito de un camión con remolque y necesite un par de minutos de descanso. Un lugar recóndito, lejos de toda civilización, que solo tiene el reclamo de dos camareras simpáticas y jóvenes que regalan sonrisas y palabras amables. Por eso, la mayoría de los clientes son tipos sombríos, casados, que sueñan con esa canita al aire imposible mientras sus mujeres preparan las comidas creyendo que sus queridos esposos están dando un paseo matutino. Por eso, a Cristina no le cuadra nada que su madre esté allí. Es un lugar apartado, muy lejos del barrio donde ella creció.

La madre también está desubicada. Lleva un abrigo tres cuartos de color beis, un grueso jersey de cuello alto y el pelo revuelto por el viento. Cristina la ve acercarse hasta la barra a paso lento, como si

tuviera mucho cuidado de no resbalar en los azulejos que forman un entramado negro y blanco como el de un tablero de ajedrez. Como si no quisiera que sus largos pendientes se agitaran demasiado con cada zancada.

Alba está en la otra punta de la barra, pendiente del crucigrama del periódico con un bolígrafo de propaganda de la gasolinera, pero se da cuenta de que esa mujer que acaba de entrar y su compañera de trabajo están mirándose fijamente. La radio sigue emitiendo la lista de éxitos musicales de la semana, con ese ritmo cansino y simétrico de todas las canciones, pero parece que esas dos mujeres han detenido su tiempo. En la cafetería hay solo un cliente: un viejo sentado en una de las mesas más próximas a la puerta, mirando cómo gira el café en la taza y cómo los nubarrones se desplazan lentamente por el cielo. Lleva ahí más de cuarenta minutos. Cuando estuvieron fumándose el cigarro fuera, Cristina y Alba se echaron unas buenas risas, diciendo que el viejo del gorro de lana había sido abandonado a su suerte en esa gasolinera. Sería su nuevo compañero de trabajo.

Su madre pone las manos encima de la barra. Lleva guantes de lana, de color marrón claro.

—Hola, Cristina —susurra.

—¿Café con leche? ¿O café solo? ¿La leche caliente?

—¿No podemos hablar un segundo?

—Los segundos vuelan —responde Cristina—. Mira, ya han pasado cinco.

Su madre se quita los guantes. Tiene las uñas pintadas y las manos un poco agrietadas por la edad. Tiene ya cincuenta y siete años, pero se conserva bastante bien. Desde muy joven, cuando Cristina aún vivía en casa de sus padres e iba al instituto, su madre ha sido una mujer muy coqueta: siempre a la última en cuanto a cremas antiedad, siempre cuidando hasta el último detalle de su vestimenta o su aspecto.

Tres minutos después, madre e hija están sentadas junto a una mesa

de la cafetería, frente a frente, las dos con las manos sobre la mesa. Alba las mira en silencio, por si necesitan algo, por si en algún momento las tiene que separar. No conoce a esa mujer, pero tal vez sea algún familiar. Cristina le contó que sus padres murieron en un accidente de coche, siendo ella pequeña, y que se crió con su abuela hasta que esta también falleció y finalmente se fue a vivir con su novio. Pero podría ser una tía, o la fiduciaria de alguna herencia familiar. Lo que está claro es que la tensión entre ambas podría cortarse con un cuchillo.

—¿Qué has venido a hacer aquí? ¿No ves que estoy trabajando?

La madre trata de serenarse. Le da un par de vueltas más al café con la cucharilla y sopla antes de llevarse la taza a los labios.

—Ayer por la tarde te vio Victoria, en el parque.

Cristina se extraña. Porque procura llevar cuidado y situarse en un lugar alejado, incluso fuera de los muros.

—Como otras veces —continúa la madre—. Te vio observándola. Cada vez que pasa eso, ella me llama y me cuenta que, al menos, estás viva. Un domingo vino hasta aquí a poner gasolina y te vio a través de los cristales. Tú no te diste cuenta, claro, pero ella sí te vio. Y me lo dijo también. Aunque Victoria ya se ha independizado, seguimos muy en contacto. Con el WhatsApp ese, ¿sabes? Me cuenta que te ve triste, demacrada… Tú eras una niña preciosa, Cristina, un ángel rubio que nos tenía locos, pero tuviste que marcharte de nuestro lado con ese…

—Toni es mi novio, mamá.

—Con ese tal Toni. —La madre pasa sus dedos por la línea inferior de los ojos para quitarse las lágrimas.

—¿Y por qué estás aquí ahora si hace tiempo que sabes que trabajo en esta cafetería? ¿Qué ha cambiado?

—Victoria me comentó que había algo diferente en tu mirada desde la última vez. Una luz. Esas fueron sus palabras exactas. Si antes había tristeza, ahora parecía haber un soplo de esperanza. Y pensé

que quizá te habías arrepentido, que volverías a casa, con nosotros. Tu padre te echa tanto de menos, Cris…

—¿Soy yo la que debe arrepentirse?

Cristina está haciendo fuerza para no gritar, conteniéndose. No quiere llamar demasiado la atención de Alba. A pesar de que su compañera está subida a un taburete, intentando resolver los pasatiempos de un periódico, de vez en cuando mira con total descaro hacia donde ellas están.

—¿Vosotros no, acaso? Me fui de casa porque seguir allí era cortarme las alas para ser feliz. Y con Toni soy feliz. Como nunca antes lo he sido.

—¿Y por qué fuiste ayer a ver a tu hermana? —La madre rodea la taza de café con sus manos, para calentárselas—. ¿Por qué precisamente ayer?

—Era una despedida.

La madre alarga una mano para intentar tocar a su hija, que lleva un ceñido polo de manga larga con el nombre de la cafetería grabado en el pecho, pero finalmente desiste.

—¿Te vas?

—Nos vamos —dice Cristina—. Victoria fue algo más que una hermana para mí, siempre entendió mi relación con Toni. Por eso quise despedirme de ella. Ahora ya no importa; dentro de unos días no estaremos aquí.

—Te está lavando el cerebro. ¿No te das cuenta?

—Ya soy mayorcita para cuidar de mí misma. Papá y tú me obligasteis a aprender a criarme sola. Yo no pienso cometer esos errores con mi hijo.

La madre levanta la cabeza y mira fijamente a los ojos a su hija.

—¿Estás embarazada?

Cristina titubea antes de responder:

—Sí, lo estoy. De cuatro semanas. Y no deseo para nada que mi hijo nazca en esta puta ciudad.

—No hables así, Cristina…

La madre ya no oculta que está llorando. Se le ha corrido el rímel y lágrimas oscuras resbalan por sus mejillas maquilladas. Coge una servilleta de papel para limpiarse.

—¿Nos volveremos a ver?

—Si hay un cielo… quizá.

La madre se levanta de la silla y sale de la cafetería con una mano sosteniendo el abrigo y la otra cubriéndose la cara, aún con lágrimas. Cristina se queda sola en la mesa. Unos segundos. Luego recoge los granitos de azúcar que su madre no acertó a meter en el café y se levanta. Lleva la taza hasta la barra. Alba la mira desde la otra parte. Se le ha atrancado el 7 vertical. Cristina está visiblemente enfadada, con el ceño fruncido y los labios apretados. Vuelve dos veces a la mesa en la que estaba sentada, primero a terminar de recoger y luego a limpiar. Alba le pregunta desde la distancia si va todo bien, si necesita algo.

—Ahora perfecto, gracias —responde Cristina—. Y sí, necesito un cigarro. Así que te cojo uno y estoy en el almacén.

Y cuando llega al pequeño cuartucho que hace las veces de almacén, Cristina lanza un grito mezclado de rabia y dolor que estremece a Alba e incluso al anciano que sigue ahí sentado mirando a las nubes. Pero ni el viejo ni Alba se mueven de su sitio. Ninguno quiere molestar.

12:42

No le gusta visitar su lugar de trabajo los días que libra, pero Paula sabe que es un lugar concurrido. Falta algo más de un mes para las Navidades y la gente se afana en conseguir buenos precios. Además, la calefacción está a veintitrés grados, unos diez más de lo que hay en la calle, y la decoración navideña ya está puesta, invitando a comprar. Cada diez minutos, por los altavoces, una tierna voz femenina anuncia alguna promoción con un fondo musicales de violines y cascabeles.

Tras llenar el estómago con el bufé libre del desayuno del hotel y darse un reparador baño caliente, Paula se ha metido en los grandes almacenes a recorrerse de arriba abajo la planta de discos y libros. Ha saludado a sus compañeros, ha mantenido triviales conversaciones con alguno de ellos («¿y tú por aquí?», «pues nada, anticipando la compra de regalos», «eso está bien», «pasa un buen día») e incluso ha comprado un libro. Un poemario. La poesía reunida de Amalia Bautista, titulada *Tres deseos*, en una pequeña edición de tapas en colores cálidos.

Y ahora que no es todavía la una de la tarde, cuando Fernando la ha llamado un par de veces para ver cómo ha dormido o para anunciarle que ya había comido («estos ingleses y sus horarios cambiados…»), Paula está sentada en el bar del acogedor hotel de tres estrellas en el que trata de ocultarse de la sombra que cree que la persigue porque Lucas se lo dijo. Ha pedido un vermú que está tardando demasiado y, en el fondo, le duele el pecho al respirar por tantas mentiras que le ha contado a Fernando desde que él salió de casa rumbo a Londres por trabajo.

«Tres deseos», reza en la portada del librito que reposa sobre una apartada mesa del vacío bar. En letras mayúsculas de color rojo. Paula no necesita tantos deseos. De hecho, solo quiere ser feliz. Lleva toda su vida intentando ser feliz y, cuando cree haberlo conseguido, esa felicidad se escapa. Creyó ser feliz casándose con

Álvaro, cuando aún era una cría. Luego pretendió ser más feliz o compartir esa felicidad teniendo un hijo, pero Álvaro era estéril y tampoco quería adoptar. Esa era la esencia de todas sus discusiones y también fue el fundamento para su divorcio. Y entonces, de nuevo, creyó ser feliz. Y más feliz cuando conoció a Lucas, del que se enamoró perdidamente, como una colegiala, con uno de esos amores insanos que consumen las entrañas con un fuego de pasión infinita. Y esa felicidad también se esfumó. Hasta que encontró a Fernando, un cirujano catorce años mayor que ella, sin hijos todavía, pero con la esperanza de tenerlos algún día.

Los tres hombres de su vida; los tres deseos truncados.

Cuando un camarero delgaducho e imberbe le trae al fin su copa de vermú blanco, decorada con un par de aceitunas en su interior, Paula solo tiene ganas de lanzar la copa contra el mostrador de cristal que hay tras la barra, para así no ver su reflejo. Pero susurra un triste «gracias». Luego toma en sus manos el poemario de Amalia Bautista, se salta el prólogo y ahí mismo, en la página 21, en un poema que se escribió en 1988, cuando Paula contaba con trece años, la autora le habla a través del tiempo para contarle algo que ya sabe: «Yo no soy de ese tipo de mujeres / incapaces de amor y de ternura. / Yo sé lo que es valor y lo que es sangre, / aunque odio el sacrificio y me repugne / la vanidad que nace en la violencia. / Quiero ser la mujer de un mercenario, / de un poeta o de un mártir, es lo mismo. / Yo sé mirar los ojos de los hombres. / Conozco a quien merece mi ternura».

—¿La hora del vermú, señorita?

Una grave y pausada voz masculina hace que Paula regrese al bar del hotel. El hombre que la ha abordado desde la mesa contigua es un señor mayor. Toma un vaso de vino tinto y unas almendras fritas que va mordisqueando con esmerada pulcritud.

—Sí —dice Paula—. Eso parece.

—Y perdone la intromisión, pero ¿qué hace una bella mujer bebiendo sola?

El hombre ronda los setenta años y tiene una robusta complexión,

algo apagada debido a la edad. Aún conserva suficiente pelo como para peinárselo hacia atrás y que le roce el cuello de la chaqueta del traje, pero alguien debería decirle que no le para ese tinte rubio platino que lleva, sobre todo porque el delgado bigote es de color grisáceo.

—Lo mismo le podría decir a usted —responde Paula—. Bebiendo solo en un hotel.

—A mi edad, señorita, la soledad es casi la única compañera.

Paula reconoce la marca del traje: Roberto Cavalli. El hombre tiene las piernas cruzadas. Los zapatos son de piel, la camisa parece buena, con gemelos de oro y el reloj no parece bajar de los tres mil euros. En total, el anciano llevará encima unos seis mil euros en ropa o complementos, demasiado dinero como para alojarse en un hotel de tres estrellas.

—¿Se hospeda usted solo en el hotel?

—No, no, señorita —responde el anciano—. Vivo a unas tres manzanas de aquí, pero me gusta tomar el aperitivo en este lugar. Hace cincuenta años fue mi casa.

—¿En serio?

—Desde luego. Donde usted está sentada tenía mi madre su pequeña mesa de trabajo. Era zapatera, ¿sabe?

—¿Sí?

—Una zapatera fabulosa. Pero disculpe si la he molestado…

—No, no, para nada —dice Paula—. Estaba leyendo solamente.

—Leer es el mejor pasatiempo. Aunque, en ocasiones, aquello que leemos parece que esté escrito solo para nosotros, ¿no le parece?

—Exacto.

—Es como un gran *déjà vu*. Alguien, en otro tiempo, quizá alguna vida anterior, nos ha dejado un manual cifrado para que nos

desenvolvamos ahora. Un poco rebuscado, puede ser, pero quién sabe.

Paula se moja los labios con el vermú. El anciano aprovecha para dar un trago al vino y coger otro puñado de almendras.

—Perdone las tribulaciones de este pobre viejo.

—No, no se preocupe —dice Paula—. Siempre es bueno conversar con alguien.

—Entonces no le importará que me siente a su lado, en su mesa. Tener el cuello girado de esta manera no tiene que ser bueno a mi edad. Como se entere mi médico…

Paula mueve una silla, invitando al anciano a sentarse junto a ella. El hombre se levanta con dificultad, coge la copa de vino y se sienta junto a ella.

—¿Y qué piensa su médico de que tome vino?

—Bueno… No le cuento todo a mi médico, claro está.

Paula sonríe.

—Me llamo Paula, por cierto.

—Paula… Bonito nombre. Yo soy Ángel, Ángel Vilaescusa.

Y el anciano del traje caro y el bigotito a lo Clark Gable le tiende una mano.

14:33

(11 h 42 min antes del golpe)

El Mini rojo de Alba vuelve a pararse ante el edificio de Cristina, como esta mañana. Ha empezado a llover hacia las dos menos cinco, justo cuando ha llegado el dueño para hacer el segundo recuento de la mañana, pagarles y hacer el relevo con las dos chicas que hacen el turno de tarde. Durante el trayecto, ni una ni otra han abierto la boca. Cristina no está para chácharas después de la conversación con su madre. De hecho, ni siquiera ha comido algo antes de terminar el turno, como de costumbre. Solo tiene ganas de llegar a casa, acostarse y dormir algunas horas para estar completamente nueva y poder aguantar hasta las dos o las tres de la mañana. Para entonces, si todo sale bien, ya no tendrá que preocuparse más por su madre ni por nadie. Solo importará ella y Toni y el hijo que está creciendo en su interior.

Alba sabe que algo ha pasado entre su compañera de trabajo y aquella mujer que fue a verla. Aunque tenía la oreja pendiente no podía escuchar la conversación desde donde se encontraba. Y hubiera sido muy descarado bajar el volumen de la radio para oír mejor. En cualquier caso, Cristina ha pagado el café de la mujer y no ha querido hablar sobre el tema.

—¿Mañana a la misma hora? —pregunta Alba cuando Cristina ya tiene un pie fuera del coche.

—Sí…, sí. Mañana a la misma hora —dice Cristina, que tiene la mirada perdida cuando sale del coche. Se queda mirando la acera mojada, salpicada de intermitentes gotitas que van cayendo. El olor de la lluvia se mezcla con el aroma de los árboles silvestres que crecen en el cauce del río.

El Mini rojo de Alba vuelve al tráfico e, incluso, Cristina oye el leve sonido del claxon como despedida, pero no se gira. Ella tan solo

quiere descansar.

15:27

Pablo Quílez cierra los ojos para no ver la pantalla del ordenador y murmura el orden de jugadas del póquer. Como si fuera una oración. Después los abre.

—¡Joder!

Golpea con violencia la mesa de su despacho. Otra vez le ha pasado: el color va por detrás del full. Escalera real, escalera de color, póquer, full y color. Y luego la escalera simple, el trío, las dobles parejas y la pareja. Siempre se equivoca con el full y el color; nunca sabe qué jugada vale más.

La puerta de su despacho se abre. Es Montse, su secretaria, una veinteañera de ojos vivos y culo respingón que, a pesar de su metro setenta, siempre lleva tacones altos.

—¿Ha llamado, señor Quílez?

Pablo niega con la cabeza. La voz juvenil de la chica y la larguísima trenza de pelo castaño claro completan un cuadro con el que él ha fantaseado algunas veces.

—Muy bien —responde la chica—. Todavía estoy esperando que lleguen los de la comida para llevar. Luego me marcho, si no hay nada más.

—Vale, vale.

Montse le había estado hablando desde la puerta, muy recatada ella. Cierra la puerta y Pablo susurra:

—Yo sí te daba a ti comida para llevar…

Y lanza una breve risita. Ha hecho venir al trabajo a su secretaria, a pesar de ser sábado, con la excusa de unos papeles urgentes que

había que recibir y ordenar. Era mentira, claro. Pero Pablo no quería estar solo. Como tampoco quería pasarse la mañana en su casa, yendo de la cocina al salón o arriba a hacerse unos largos en la piscina. Gabriela, su asistenta peruana, estará allí, divirtiéndose como una enana, fregando suelos o limpiando el polvo, moviéndose de aquí para allá tanto que sería imposible mantener la alarma conectada. Por eso ha pasado todo el día en la oficina, controlando quién se acercaba a las inmediaciones del edificio de su empresa desde la ventana del despacho. Y aunque cualquiera podría darle un puñetazo a Gabriela o a Montse y dejarlas fuera de combate a la mínima, su secretaria le daba más confianza que la otra mujer. En un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, tal vez Montse resista un par de embestidas. Tiene cuerpecito y apariencia de Barbie. Pablo piensa que, de haber sido él su padre, la hubiera apuntado con catorce años a clases de defensa personal para poder solventar un indeseado encuentro con algún violador.

El enorme reloj que está incrustado en la pesada figura de bronce de los dos caballos señala las tres y media. Hace tres cuartos de hora le pidió a Montse que llamara a una de esas empresas de comidas caseras para llevar para que le trajeran algo en condiciones. Cualquier cosa. Mientras tanto, Pablo repasa las reglas del póquer Texas hold’em. Le sudan las manos. Le tiemblan los pies.

19:44

Lucas inicia la cuarta rueda de zapeo en el televisor de la habitación 359 de esa tercera planta del AC Marriot. Está tumbado en la cama, con la calefacción encendida y la ropa sobre la silla que hay cerca de la ventana. Lleva solo los calzoncillos y una camiseta interior. Salvo para desayunar y para comer, no ha salido en todo el día de la habitación. Ha visto la tele un rato, pero nada le convencía, ni siquiera el partido de dobles de la final de la Copa Davis de tenis (Tomas Berdych y Radek Stepanek contra Marcel Granollers y Marc López, que finalmente ganaron los checos, poniéndose por delante en la eliminatoria). Ha escuchado los cedés; los suyos y los de Paula. Ha estado hojeando por enésima vez el libro de postales de Robert Crumb. Ha engrasado su Heckler & Koch USP, ha limpiado cada una de las doce balas que lleva el cargador y ha enroscado el silenciador. Luego la ha metido dentro del bolsillo interior de su chaquetón gris.

Para quitarse la tensión, Lucas se levanta de la cama y empieza a hacer abdominales. Cien, ciento cincuenta, doscientos. Hasta que le duele la barriga. Luego hace varias flexiones, más de las que puede soportar, hasta que los bíceps y los tríceps se le calientan. Está sudando.

Vuelve a darse una ducha. Se pone unos pantalones vaqueros negros, las botas negras de motorista y un jersey de lana sintética de color azul marino. Hasta se echa colonia. Luego se mira al espejo, ya con el chaquetón gris puesto.

«A trabajar», se dice. Coge algo de dinero de la caja fuerte de la habitación y sale, cerrando la puerta de la habitación y guardándose la tarjeta en el bolsillo.

Lucas no se da cuenta, quizá por las prisas, pues supone que Pablo Quílez ya estará en el salón de apuestas, preparando la partida de cartas mientras ve el partido del Barcelona, de que no ha pulsado el

botón verde de OK de la caja fuerte del armario. Así que la pesada puerta se va abriendo lentamente, hasta que llega a su tope y se queda abierta. De par en par.

20:07

(6 h 08 min antes del golpe)

Toni apura el tercer porro de la tarde y deja la colilla en el cenicero que tiene sobre su muslo. Está sentado en el sofá biplaza del salón, viendo un capítulo tras otro de una serie que trata de un agente del FBI que resuelve casos gracias a la ayuda de su hermano matemático. Vuelve a llamar a «El Pinchos», pero no contesta. Ese yonqui cabrón debe de tener como quince llamadas perdidas en su móvil y es incapaz de devolvérselas. Quiere pillar hierba antes del golpe al salón de apuestas. Toni piensa que el capullo de Tomás tiene que estar puesto de caballo hasta el culo para ni siquiera coger el móvil. O eso o es que está muerto. Si no coge el móvil pronto, tendrá que hacerse el sueco y preguntar en Francia por algún chiquillo que trapichee con marihuana. No será difícil, pero él prefiere la confianza de «El Pinchos».

Vuelve a intentarlo, pero, de nuevo, el tono suena y suena hasta que finalmente se corta. Toni aprovecha que tiene el teléfono en la mano para mirar la hora. Ya son más de las ocho de la tarde y Cristina aún no se ha levantado. Lleva acostada más de cuatro horas. Ya va siendo hora de que se levante. Tienen que cenar algo antes de ir a hacer guardia delante del salón de la avenida América. A las dos y cuarto tienen planeado entrar. A esas horas, el local ya estará vacío y el dueño estará a punto de salir, con la recaudación de las máquinas. Hoy hay liga: juegan el Barça y el Madrid, aunque no entre ellos, lo que hubiera incrementado el botín en dos o tres mil euros. A las dos y cuarto, el dueño tendrá un pie fuera y el robo será más fácil que quitarle a una vieja su andador.

Toni lanza el móvil sobre el sofá y se levanta. Va hacia el dormitorio. La puerta está entreabierta. Cristina está acostada; por lo que parece, se ha puesto el pijama y todo. Toni se acerca al bulto formado por la colcha, la manta, la sábana y el cuerpo de su chica y salta sobre él. Cristina despierta de golpe. Toni hunde las manos

hasta dar con ella. Le hace cosquillas por las clavículas y en los costados. Cristina se retuerce, riéndose a carcajadas.

—Para, para, para —suplica.

Toni se detiene poco a poco. Luego se deja caer al lado de Cristina. La luz anaranjada de las farolas de la calle se cuela en el dormitorio.

—¡Menudo susto me has dado!

—Tocaba despertarse, nena. Llevas durmiendo demasiado.

—Mejor —dice Cristina—. Más descansada para después. ¿Qué hora es?

—Más de las ocho. Debemos prepararnos.

—He soñado que todo iba bien, ¿sabes?

—¿En serio?

—Sí. He soñado que cogíamos toda la pasta de ese sitio y nos largábamos para siempre. Que no volvíamos nunca más.

—Y eso es lo que haremos —dice Toni.

Cristina se abraza a su chico.

—Prométeme que todo irá bien —le dice.

—Todo irá bien, nena.

21:02

La segunda parte del partido acaba de comenzar. El salón principal vuelve a llenarse de aficionados con camisetas del Fútbol Club Barcelona de Messi y de Iniesta. Durante el descanso, algunos han aprovechado para jugar un rato a las máquinas tragaperras o probar suerte con la ruleta. Pablo Quílez y Lucas no se han movido de su sitio. El dueño les había reservado un lugar privilegiado, a dos o tres metros de la pantalla gigante. Cuando Lucas ha llegado, el Barça acababa de meter el primer gol. Obra de Lionel Messi. El empresario lo estaba esperando, recostado en la butaca, con un Sprite sobre la mesa, malhumorado porque el Espanyol había perdido y ahora tenía que ver a los demás equipos desde lo más bajo de la clasificación.

Lucas le pide a la camarera otra cerveza. Es la segunda. Pero se la trae el dueño del salón de apuestas, que lleva una chaqueta cruzada de estilo marinero.

—Hombre, Agustín —le saluda Pablo. El empresario se pone de pie para fundirse en un abrazo con el dueño—. ¿Te acuerdas de Manuel?

—Sí, claro.

Agustín y Lucas se estrechan las manos.

—¿También viene a jugar? —dice Agustín.

—No —responde Pablo—, él no. Pero estará observando; por si las moscas.

El dueño se sube las gafas.

—¿Por si las moscas? ¿Que no te fías de mí?

—Agustín es nuestro crupier —le dice Pablo a Lucas—, pero como

tiene los dedos cortos a veces se le escapan las cartas de las manos. Salen volando.

—Verdad tenía que ser —dice el dueño con una sonrisa en la cara que le afila su delgado bigote.

—Bueno, manos de pianista no tienes, la verdad.

Lucas está tenso. Le gustaría llamar a casa de Paula, escuchar de nuevo su voz, decirle que se muere de ganas de verla aparecer por la estación de trenes mañana domingo, pero en el salón no hay teléfono público. Lucas tiene el chaquetón gris sobre la butaca y no deja de mirarlo. Las personas que llenan el salón comentan cada jugada buena de su equipo y le gritan al árbitro de la pantalla como si este pudiera oírlos.

—Entonces —dice Agustín—, ¿vas a cenar aquí?

—Sí —responde Lucas—. ¿A qué hora empieza la partida?

—Sobre las once. Primero hay que ver el fútbol.

—¡Eso! —indica Pablo Quílez—. A ver si el Zaragoza remonta.

—Ni en tus sueños —contesta el dueño del local.

22:18

(3 h 57 min antes del golpe)

Toni pone punto muerto, sube el freno de mano y apaga el motor. Están en el aparcamiento de ese McDonald's próximo a la salida oeste de la ciudad. El Renault Clio blanco será del noventa y pocos y tiene más de cuatrocientos mil kilómetros, pero con que aguante otros trescientos y pico les sobra. Lo justo hasta llegar a la frontera. Ahí podrán deshacerse del coche y coger un autobús. De hecho, con veinte mil euros que trinquen en el salón de apuestas podrán coger muchísimos autobuses.

Salen del coche y corren hasta la puerta del restaurante de comida rápida para que la lluvia no los empape. El local está lleno. Familias enteras que cenan allí, grupos de amigos que van o vienen del cine. Hay cuatro colas y las cuatro están repletas de gente, pero el servicio va rápido.

Desde ahí pueden vigilar el coche. Toni está orgulloso del trabajo que ha hecho un colega suyo del barrio: le ha puesto un par de pegatinas en el capó y ha grafiteado una especie de logotipo que, de lejos, le da aire de coche de empresa. Ese mismo colega le ha modificado la matrícula y le ha llevado en moto hasta un desguace de la zona para conseguir la llave. Una hora después de robárselo a alguien que esperaba consulta en el centro de salud del barrio, Toni ya conducía un coche completamente distinto. Además, le ha roto el retrovisor derecho y ha quitado cualquier adorno interior que el dueño pudiera reconocer. A Cristina le ha dicho que el coche es de un colega suyo que no lo necesitaba y que se lo ha prestado unos días. Cuando ella le ha preguntado si le había dicho a ese amigo que pensaban llevarse el coche a Francia, Toni ha respondido que sí, que luego mandaría a alguien a recogerlo.

El coche es de tres puertas, como el AX que conducía antes. El

maletero es pequeño, pero el equipaje que llevan tampoco abulta demasiado. En la guantera está la CZ 75 de 9 milímetros y la peluca rosa de Cristina. Ella es la que más mira el reloj. Va quedando menos. Él no lleva reloj y no quiere sacar el teléfono para consultar la hora y ver que Tomás «El Pinchos» sigue sin devolverle las llamadas.

Cuando por fin les toca, piden su cena y Toni y Cristina van a sentarse con sus bandejas a una apartada mesa, cerca de la zona de juegos infantiles, entre una ruidosa familia de seis miembros y un grupo de chavales que no dejan de escribir en sus teléfonos mientras comen. Toni y Cristina comen en silencio. De hecho, son los únicos que comen en silencio en todo el local.

23:06

Hay muchísima menos gente en el salón de apuestas. El Barcelona ha ganado 3 a 1 y son pocos los que se quedan a ver el partido del Real Madrid, que empezó hace una hora más o menos. Pero Lucas ya está en el almacén. Había pensado que sería un cuartucho, pero es una sala espaciosa, con el suelo de cemento agrietado, fría a pesar de los tres radiadores que hay. Por eso él no se quita el chaquetón. En el centro de la sala hay una mesa redonda de madera, con tapete verde y espacio para dejar vasos y echar las cenizas. El aire en esa sala está viciado: no hay ninguna ventana y el único extractor que puede verse tiene que estar taponado por el humo del tabaco. En la pared más larga hay todo un panel de control: tres pequeños televisores muestran, a tiempo real, lo que graban las cámaras del salón de apuestas. Por lo visto van moviéndose lentamente, aunque desde fuera no se aprecie. Aun así, ninguna de ellas apunta hacia la puerta del almacén. Se centran, sobre todo, en la zona de la ruleta y las tragaperras, parte del salón principal y la barra.

Mientras el dueño, Agustín, va presentando a los jugadores, Lucas tiene tiempo de observar el panel de control. Es un sistema de grabación continuo y en la repisa de abajo hay un listado de DVD con etiquetas de distintos días. Cada disco corresponde a un día. El más antiguo es de principios de ese verano, así que el dueño debe almacenar el resto en algún otro sitio. O quizá los destruya pasado un tiempo.

Cuando Agustín empieza a repartir, una de las camareras sale del almacén tras tomar nota de lo que quieren. A la derecha de Agustín quedan dos muchachos que no tendrán ni veinte años y que probablemente sean estudiantes de ciencias que habrán visto demasiadas películas sobre el juego y creerán que pueden ganarle al azar con sus cálculos matemáticos. A la izquierda del dueño, pero no demasiado pegado a él, hay un siniestro tipo de unos cincuenta años, que se ha presentado como empresario y que camina con la

espalda erguida, como si llevara un palo de escoba pegado a la columna. Delante de Agustín, dando la espalda a Lucas, está Pablo Quílez.

Antes de que vuelva la camarera con las bebidas, Lucas, que va dando vueltas por la sala observando la partida y el ir y venir de fichas de colores de un jugador a otro, se ha acercado hasta el cuadro de mandos y ha apretado el botón de *stop*. Las cámaras siguen enfocando hacia la sala y los tres pequeños monitores en blanco y negro muestran las imágenes en movimiento de los clientes. Pero no están grabando nada.

23:41

Es el último autobús de línea. El chófer está agotado. No le gusta conducir bajo la lluvia y menos por la noche. Y mucho menos, claro está, el sábado por la noche y por la barriada de La Cruz. Afortunadamente, a los abuelos de ese barrio no les da por coger autobuses a esas horas y los yonquis y las putas están a otras cosas, así que ha podido cubrir el barrio sin pararse. Hasta se ha saltado un semáforo en rojo. Tampoco es para tanto: conoce algunos compañeros que ni siquiera entran en el barrio, aunque sea de día. Y eso es motivo de expediente disciplinario. Solo le faltaba eso. Que llegara a casa y le dijera a su mujer que va a estar dos meses sin cobrar. Manuela le corta los huevos.

En la primera parada que hay pasado el infierno, el autobús se detiene ante un chico joven de aspecto desaliñado. Tiene la capucha de la sudadera puesta, pero le asoman unos cuantos pelos grasientos del flequillo. El chófer va a preguntarle si se encuentra bien, pero entonces supone que debe de ser uno de los yonquis del barrio que baja hasta la parada que hay después del puente para conseguir vehículo. Se las saben todas, los cabrones. Pero este lleva la dirección contraria.

—No voy a La Cruz, ¿eh? —anuncia el conductor.

—Ni yo tampoco.

El yonqui entra, deja el precio exacto del billete en la repisa de cobro y se sienta en las primeras filas. La puerta del autobús se cierra y se pone en marcha. El chófer no quiere problemas. Es el único pasajero y está acabando la ronda, así que le dice buenas noches y le pregunta dónde se apea.

—Cerca de la avenida América.

Le pilla de camino a las cocheras. De hecho, hay algunas paradas. El chófer acelera un poco y va mirando de reojo al yonqui a través del

espejo retrovisor. El tipo se mueve de un lado a otro según van encontrándose con baches en la calzada. El chófer reza en silencio para que alguien esté esperando el autobús en cualquier parada, bajo la lluvia, mojándose los zapatos y creando un círculo impermeable con un paraguas barato. El chófer reza para que cualquier persona sirva como testigo en el caso de que ese yonqui le haga algo.

23:55

(2 h 20 min antes del golpe)

—¿Qué hora llevas, nena?

Cristina consulta su reloj.

—Menos cinco.

—Bien. El fútbol ya habrá acabado.

Han aparcado en la calle Silvestre de Balboa. Desde donde están, tienen una buena perspectiva de la entrada del salón de apuestas. Han salido algunas personas del local. Ahora solo tienen que esperar a que llegue la hora marcada.

Cristina tiene las manos metidas en el plumas. Hace muchísimo frío ahí dentro.

—Menuda mierda de coche te han dado… —Y una nube de vaho sale de su boca.

—Si quieres, me prestan un Mercedes —dice Toni.

00:29

El empresario de aspecto estirado ya se ha ido. Les ha dicho que no quiere gastarse otros quinientos euros y salió del almacén. Lucas empieza a tener calor, pero no sabe dónde poner el chaquetón y, además, prefiere tener las manos en los bolsillos y sentir con el antebrazo el tacto de la pistola.

Alrededor de la mesa, están Pablo, los dos universitarios y Agustín, que sigue repartiendo cartas. Lucas se acerca de tanto en tanto para comprobar cómo merman los montones de fichas de unos al tiempo que suben los de los otros. Sobre la mesa, Agustín acaba de poner tres cartas boca arriba: el 7 de picas, la J de corazones y la K de picas. Cada jugador tiene otras dos cartas en su poder. Lucas jugó a esa modalidad de póquer en la cárcel, pero siempre perdía o le hacían trampas, y acabó por fumarse los cigarrillos en vez de jugárselos. Uno de los jóvenes sube la apuesta, los demás lo siguen. Agustín coloca otra carta sobre la mesa, en el centro, junto a las otras: es el 6 de diamantes.

Lucas está dando vueltas alrededor de la mesa, bajo la inquieta mirada del dueño del salón de apuestas, que quizá se pregunte qué diablos hace aquí el de la barba si no está jugando. Sabe que es conocido de Pablo Quílez y, como ellos dos se conocen, igual no se lo tenga demasiado en cuenta. Con esa cuarta carta, que Agustín anuncia como el *turn*, el universitario que abre el juego vuelve a subir. El otro chico se rinde, lanzando las cartas boca abajo hacia el crupier. Pero Pablo sí ve la apuesta.

—Y, por último, el *river* —proclama Agustín, dejando sobre la mesa la J de picas.

Ahora quedan dos jugadores. El universitario sube una cantidad muy baja, quizá pensando en que Pablo iba a incrementar la apuesta, pero el empresario solo la ve. Tiene menos fichas que el friki de la camisa a cuadros y las gafas gruesas.

Cuando dan la vuelta a las cartas, Lucas ve que Pablo ha ligado color a la pica: 7, J, K sobre la mesa, y 3 y 5 en su mano. Pero el universitario tiene una mano superior: full de sietes y jotas. Pablo Quílez pestañea un par de veces, atónito, mirando al crupier, pero Agustín se encoge de hombros y empuja las fichas del centro de la mesa hacia el montón del joven.

Lucas piensa que volverá al hotel en breve.

01:15

«El Pinchos» mira la hora en su teléfono. La una y cuarto. Tiene como doce llamadas perdidas de Toni. Qué pesado. Lleva todo el día llamándolo. Menos mal que lo lleva siempre en vibración. Si se ha fumado ya la hierba que le vendió esta semana, que espere a la próxima. O que se busque otro vendedor. Él ya no debería vender. Tal vez solo pirulas. Sí. Los chavales del instituto que entran en las sesiones light de las discotecas y se esconden en los aseos hasta que se largan todos los críos como ellos se privan por pillar pastillas. Tienen un ansia inmensa de tocar carne. Conoce a un colega en Barcelona que se las podría conseguir baratas y él tiene una buena clientela. Su red de contactos toca varias poblaciones vecinas. Debería dejar de pasar coca o hierba y dedicarse a las pastillas, que dejan más margen.

«El Pinchos» se acomoda. Está sentado con las piernas cruzadas sobre la taza del váter, dentro de los aseos de mujeres de ese salón de apuestas de la calle América, con el móvil en la mano para que no se le pase la hora.

A mediodía, el tipo con pinta de disyóquey maricón que le compra cada tres meses cuatro o cuatro kilos y medio de cocaína de la buena le ha entregado diez mil euros. Así, en metálico. Un billete encima de otro. Un buen taco de billetes de cincuenta euros que parecían recién salidos del banco. Los otros veinte mil mañana por la mañana. Ya han quedado en el descampado, donde se vieron a las doce y cuarto de hoy. No puede quejarse. La semana que viene, cuando tenga todo el dinero en las manos y cuente el que tiene ahorrado para emergencias en el interior de un falso techo de su quinto piso en eterna construcción, empezará a buscar casas en venta en el mismo barrio. Hay decenas de gangas. El problema entonces será decidirse.

01:57

Solo quedan dos jugadores. Pablo Quílez contra el gafotas de la camisa a cuadros. Tienen más o menos la misma cantidad de fichas, por lo que Lucas está esperando que alguno se tire un farol y el otro lo cace. No piensa estar aquí toda la noche. El empresario lleva media hora mirando su reloj. Por lo visto, también tiene prisa.

Hace unos diez minutos, la camarera se asomó al almacén por si alguien quería otra consumición, pero nadie respondió. La chica entró entonces y le entregó a su jefe un abultado sobre que Agustín mete como puede en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Vete para casa ya. Apaga todas las luces y deja la puerta a medio subir. Mañana más.

La chica se marcha, cerrando la puerta del almacén. Lucas sigue palpando su pistola. Como tiene las manos enfundadas en los guantes de lana por encima de los de látex y mantiene los brazos en tensión, está empezando a transpirar. Hace mucho calor dentro de ese almacén, con tres radiadores encendidos y ninguna posibilidad de que el aire se renueve. El silenciador de la Heckler & Koch le oprime el costado izquierdo. Está deseando que todo acabe. Mañana volverá a ver a Paula. Y todo será diferente. Está convencido de ello.

02:10

(5 min antes del golpe)

Cristina ya no sabe cómo ponerse. Se han fumado un canuto, pero con poca hierba, porque casi no les queda de la que pilló Toni el martes por la noche. Ahora le escuece la garganta. La chica traga saliva.

—No debe quedar mucha gente dentro, ¿no?

—Supongo… Pero el dueño aún no ha aparecido —dice Toni.

Ha salido una camarera, pero tal vez quede otra. Ha dejado medio subida la puerta metálica del local. Con ella han salido cuatro chicos jóvenes, que han estado charlando con la chica y fumando, aprovechando que ahora ya no llueve. Luego se despiden de la camarera y la ven alejarse avenida arriba. Los chicos tienen su coche aparcado en la esquina, en la calle Silvestre de Balboa. Un Peugeot nuevecito. Cuando hacen una maniobra ilegal de marcha atrás para introducirse en la solitaria avenida mojada, Cristina se fija en el coche que tienen enfrente. No podían verlo porque ese Peugeot lo tapaba, pero ahí lo tienen.

—Joder, Toni. ¡Mira! —Y Cristina señala hacia delante.

—Hostias.

Es el Lexus color plata del dueño. Toni lo reconocería en cualquier parte. La matrícula es GXX; inconfundible. Cristina saca de la guantera la peluca rosa y le tiende a Toni la 9 milímetros. Salen del coche. Ella aprovecha para estirar las piernas. Se pone la peluca y las enormes gafas de sol que tiene en el bolso. Él no cierra el coche; lo necesitarán enseguida y no puede estar sacándose las llaves del bolsillo mientras corre.

Cruzan la avenida solitaria y tan solo un par de luces lejanas le

dicen a Cristina que la ciudad sigue viva. Aunque para ella haya muerto hace una eternidad.

Séptima parte - El golpe

Y en los huesos el frío supo dejar su marca.

Las cosas que dolieron nunca pasan,

suceden, se dividen, permanecen.

Fernando Valverde

Cuando Cristina abre la puerta y la sujeta para que Toni pase, se encuentran con un local vacío. Todas las luces están apagadas. Pero se ve luz al fondo, procedente del interior del almacén. Caminan hacia allí con lentitud, como si caminaran sobre cristales, a pesar de que el suelo enmoquetado enmudece sus pasos. Las enormes gafas oscuras que lleva puestas le dificultan la visión, pero echa un vistazo hacia la barra y encuentra un anticipo de lo que les espera: el sobre con la recaudación de la caja registradora. Está encima de la barra. No es demasiado grueso, pero lo coge de todos modos y lo guarda dentro del chaquetón de plumas. Falta la recaudación semanal de las máquinas: el botín principal. Si han llegado hasta ahí, deben encontrar al dueño y conseguir la pasta. Toni le dirige un gesto a Cristina con una mano. Un gesto para que se acerque. Él ya está junto a la puerta del almacén. La abre de golpe y grita:

—Esto es un atraco.

Lo habían hecho otras veces. Toni está apuntando de un lado a otro a todos los presentes en la sala. Cristina permanece bajo el marco de la puerta, detrás de su novio, pero ve cómo al dueño del local se le resbalan las cartas de las manos. Los naipes quedan desparramados sobre el tapete.

Además del dueño, alrededor de la mesa de póquer hay dos jugadores más. Y otro tipo de pie, un tipo con barba que Cristina ya ha visto antes en algún otro sitio.

—¿Pero qué coño pasa? Joder, ¿qué ocurre?

El más joven de los jugadores está empezando a ponerse nervioso.

—¡Cállate! —le grita Toni—. Vivirás más si me haces caso.

Y el chico se calma, claro, o lo intenta con todas sus fuerzas, quizá porque tiene una 9 milímetros apuntándole a la cabeza.

—¿Dónde está la recaudación de las tragaperras? —le dice Toni al dueño, dirigiendo el cañón de la pistola hacia donde está sentado.

—¿Qué recau…?

—¡No me vengas con historias, hostia puta! Saca la pasta y todo saldrá bien.

Agustín mueve una mano lentamente, clavando la mirada en el atracador, casi como pidiendo permiso. Luego se lleva la mano al interior de la chaqueta. Mientras el dueño del local de apuestas saca un sobre acolchado doblado en dos, que parece a punto de reventar, Lucas, que tiene las palmas de las manos a la vista y los codos apretados contra el cuerpo, piensa que esa pareja de atracadores son unos aficionados. Están cometiendo demasiados fallos. El primero, el hecho de que solo uno de los dos lleve pistola. Si puede alcanzar a la chica y ponerla de escudo entre el tipo de la pistola y él, tendrá tiempo suficiente de sacar su Heckler & Koch USP e inclinar la balanza a su favor. Tienen que ser pareja, así que el chico no dispararía contra su novia. Y tampoco le presupone buena puntería. Además, duda de que sean unos asesinos. Es posible que incluso sean clientes habituales del local. Lo que sería un segundo y terrible fallo, ya que sus caras estarán en las cámaras de seguridad de cualquier día, a pesar de que la chica vaya camuflada con una peluca y unas gafas.

—Nena, ve a por el sobre.

Cristina pasa dentro del almacén y se acerca a la mesa. Encima del tapete verde, junto a las fichas y las cartas está el sobre con la recaudación semanal de las máquinas. El premio gordo. Su billete de ida. Toni ha dado dos pasos hacia atrás y vigila ahora la sala desde el quicio de la puerta. Con suerte, piensa Lucas, se largarán enseguida y todo podrá seguir su curso. La chica se mete el sobre en el interior de su chaquetón de plumas y se ajusta la cremallera.

—¿No piensas hacer nada? —grita el otro jugador. Toni se queda paralizado. No había hablado ni el dueño ni el jugador más joven, que estaba demasiado cagado para articular palabra. Era el otro tipo.

—Cállate —dice Toni.

—¿Vas a quedarte ahí parado? —vuelve a gritar Pablo Quílez. Toni

se da cuenta de que el hombre no se dirige a él, sino al de la barba.

Cristina ya ha vuelto junto a Toni, que la mira a los ojos, buscando la complicidad de sus pupilas. Lucas aprovecha ese breve instante de distracción para llevarse la mano al interior del chaquetón y sacar su pistola silenciada. Apenas dos segundos. Sacar el arma, apuntar y disparar. Parte del cráneo de Pablo Quílez explota en una nube de sangre y sesos que se desvanece en el ambiente nebuloso a causa del tabaco.

El disparo hace que Toni y Cristina queden petrificados. Desde luego, no se esperaban una segunda pistola en la sala.

—Tú —le dice Lucas al jugador más joven—. Lárgate.

Pero se arrepiente en el mismo momento de decírselo y, cuando ya está incorporándose, Lucas dispara contra él. El chico de la camisa a cuadros se golpea contra la mesa antes de aterrizar sobre el cemento. No es conveniente dejar tantos testigos.

—Y vosotros —dice Lucas apuntando a la pareja—, ¿a qué habéis venido?

—Veníamos a por la recaudación —responde Toni con la voz temblorosa. Tiene su 9 milímetros con el cañón mirando al suelo.

—¿Quién os manda?

—Nadie —dice Toni.

—¿Quién os manda? —repite Lucas alzando la voz y agitando la pistola.

—Nadie, joder, no nos manda nadie.

Cristina sigue cerca de la puerta, mirando los dos cadáveres sin pestañear, con los ojos enrojecidos. Su novio está ahora algo más adelantado, a apenas tres pasos largos de la mesa. El dueño hace entonces un movimiento brusco, quizá un ademán de levantarse y esconderse bajo la mesa, quizá para intentar abalanzarse contra el atracador y arrebatarle la pistola.

Y Toni dispara.

Desde el ángulo de visión de Cristina, la bala sale despedida de la pistola poco a poco. Muy lentamente, como si el tiempo se hubiera congelado. Fotograma a fotograma, como en una de esas películas de dibujos animados que su madre le proyectaba en un viejo Cinexin. El proyectil golpea contra el pecho del dueño, todavía sentado, que cae hacia delante, sobre la mesa, con los brazos colgando. La 9 milímetros de Toni no tiene silenciador, así que el ruido del disparo rebota por todas las paredes y se mete en los oídos de Cristina.

—Pero, ¿qué has hecho? —grita Cristina.

El dueño tiene la cabeza sobre el tapete, como si estuviera en uno de esos concursos de comer tarta sin utilizar las manos. Cristina da un paso atrás.

Y entonces ve a «El Pinchos».

Tomás «El Pinchos» llevaba agazapado en el aseo de mujeres desde hacía un buen rato, esperando la hora, contando los azulejos de la pared y mirando el móvil. Su contacto le había dicho que todo estaba previsto para que a las dos y media actuara, pero el disparo lo ha precipitado todo. Ya había oído algunos gritos, sobre todo el inicial de «Esto es un atraco», pero prefirió no intervenir, porque no sabía a lo que se enfrentaba. Sus instrucciones eran sencillas: esperar a las dos y media, cruzar una puerta en la que ponía Privado y asesinar a la única persona que no estuviera jugando al póquer. Pero puede que alguien tuviera otras instrucciones, así que el disparo lo acelera todo: no quiere compartir su dinero con nadie.

«El Pinchos» sale del aseo y lo primero que ve es a la novia de su amigo de la niñez. Está para follársela, aunque lleve esa ridícula peluca de color rosa. Por un momento, piensa que es el momento de hacerlo, que le va a poner la navaja en el cuello y hacer que esa putita se baje los pantalones y las bragas hasta las rodillas. Pero no está ahí para eso. Tiene que cumplir con su trabajo. Se acerca hasta Cristina y la aparta de un empujón para entrar en el almacén. Mueve la cabeza rápidamente para encontrar a su víctima. El único que no juegue al póquer. Solo puede ser uno. Y ese uno es Lucas.

¿Qué pinta él en todo esto?

—¿Qué coño haces aquí, Tomás? —tartamudea Toni, pero Tomás también lo arrolla al pasar.

Lucas está contrariado. ¿Se conocen el de la pistola y «El Pinchos»? ¿Qué hacen aquí? «El Pinchos» lleva una navaja en la mano y se dirige hacia Lucas, que no tiene tiempo de disparar. Esquiva el primer ataque de Tomás y le da un fuerte golpe con la pistola en un lado del pecho. Tomás cae de rodillas, quizá con una costilla rota, pero no puede rendirse tan pronto. No. Ha de demostrar que él también es capaz de cumplir con trabajos más serios. Y si, encima, su trabajo es Lucas, no puede fallar. La rabia le hace sacar fuerzas después del golpe y, antes de que le manden de un disparo al otro barrio, Tomás mueve el brazo y le clava la navaja a Lucas en la pierna, detrás de la espinilla. Hace incluso un giro de muñeca para que el filo desgarre el músculo del gemelo antes de que la hoja abandone la carne. Lucas suelta un grito y la pistola cae al suelo. Se lleva las manos a la pierna. La sangre empieza a empaparle las manos. Tomás se pone en pie apretándose el costado y, con un movimiento rápido, le secciona la garganta a Lucas. Un tajo limpio. Lucas cae al suelo, intentando frenar la hemorragia del cuello. Tiene la cara desencajada y los brazos empapados en sangre. Cristina lanza un grito.

—Vámonos, Toni, joder.

—Pero qué coño…

Su novio trata de entender la escena. Están rodeados de cadáveres. Cristina ha empezado a llorar, emitiendo leves hipidos de angustia. «El Pinchos» pasa entre la pareja; se aprieta, para paliar el dolor del golpe, uno de sus brazos contra el cuerpo.

—Puto cabrón —murmura Tomás «El Pinchos».

Limpia la hoja de su navaja con el bajo de la sudadera, para que se vea menos la sangre, y dobla la hoja para guardar la navaja en el bolsillo trasero de su pantalón. Cuando ya está en la calle, camina deprisa, pero sin correr, por la ancha avenida. Saca su teléfono móvil, al que le queda poca batería por las repetidas llamadas de

Toni, y le da un toque a su contacto. Un tono largo y luego cuelga. Y sigue caminando a paso rápido.

Dentro del local, el tipo de la barba y el chaquetón gris está tumbado sobre el cemento, con los ojos entrecerrados y una mano en el cuello. La tiene completamente ensangrentada.

Toni aparta la pistola de una patada y le grita:

—¿Quién eres?

—¡Vámonos, Toni! —llora Cristina—. ¡Joder, vámonos! Está muerto.

—No, nena, no. Este todavía respira.

La sangre sigue brotando de la herida del cuello, pero Lucas es incapaz de pronunciar una palabra. Abre un poco los ojos, pero no ve al atracador, que está arrodillado ante él, ni a la chica, que sigue gimoteando detrás. Lucas ve más allá. A través de la niebla de sus párpados llorosos, donde Lucas reconoce a Paula. La ve yendo hacia la estación, con paso firme y decidido, libre y viva. Porque él ha cumplido con su parte del trato. Pablo Quílez está muerto. Don Ángel estará satisfecho. Paula podrá ser feliz. Se la imagina incluso yendo a la estación de trenes muy temprano, con una pequeña maleta de mano para subirse con él a ese tren que les llevaría lejos de aquella ciudad. En el vagón, como aquel sueño que una y otra vez tenía en la cárcel, ella lo esperaría leyendo una revista, hasta que él regresara del restaurante y entonces levantara la vista para que sus ojos se encontrasen envueltos en una sonrisa perenne.

—Dime quién eres. Hostia puta. O te vuelo la cabeza.

El atracador sigue gritando. Toni sigue gritándole al tipo de la barba. Le presiona el cañón de su 9 milímetros contra la frente. El metal está caliente todavía por el reciente disparo.

—¡Joder, Toni! ¡Vámonos!

El atracador empieza a palparle los bolsillos. Lucas nota las manos ágiles del chico sobándole el chaquetón y los vaqueros. No va a encontrar nada. Ninguna identificación; ningún carné. No lleva ni

siquiera cartera. Lucas intenta mover un brazo para apartar al atracador, pero no le quedan apenas fuerzas. Toni encuentra algo: es una tarjeta del hotel AC Marriot. La dirección viene en el dorso. Por detrás, en una pegatina, alguien, quizá un recepcionista, había escrito un número: 359.

Cuando Toni se incorpora y le enseña la tarjeta a Cristina, su novia le grita:

—¿Has terminado ya?

Está llorando, lanzado hipidos y golpes contra el pecho de Toni.

—Lo has matado —le dice.

—Pero ¿qué dices, nena?

—Lo has matado —repite Cristina.

Lucas oye sus voces de fondo. Intenta moverse, pero es inútil. No sabe dónde está su pistola, su Heckler & Koch USP del calibre 45. De la herida del cuello sigue manando sangre. Tiene las manos pegajosas y el pelo de la barba apelmazado. El corte de la pierna le palpita, manchándole el pantalón. No puede acabar así. Con todo lo que ha sufrido, la vida no puede esfumársele en el almacén mugriento de un salón de apuestas. Lucas se mueve. Tose. Siente que el corazón le va a salir por la boca, pero es solo una arcada que hace que otro chorro de sangre le salga del cuello. Se pone de pie. Los dos atracadores siguen discutiendo.

Cristina atisba que el tipo de la barba va a levantarse. Las piernas le flaquean, pero es fuerte. De repente, deja de llorar. Toni le mira a los ojos y el reflejo en las gafas oscuras de su chica le muestra al tipo degollado tratando de llegar hasta donde están ellos. Toni se gira y le lanza una patada que impacta en su nariz. Lucas siente el golpe como si se tratara de otro disparo. Un directo a su cabeza. Lo tumba por completo y su cara da de bruces contra el cemento helado.

La chica vuelve a gritar algo. Pero Lucas no distingue qué es lo que dice.

Cristina sale del almacén y respira aliviada cuando pisa la moqueta del salón de apuestas. Toni sigue sus pasos. Coge el pomo de la puerta del almacén y la cierra.

El portazo estalla dentro de la cabeza de Lucas, que abre los ojos y mira hacia la puerta. Está mareado. Ve doble. La habitación le da vueltas y el calor que desprende su propia sangre cada vez le parece más lejano. Cada parpadeo es eterno. En el telón oscuro de sus párpados bajados aparece Paula. En la cabeza de Lucas empiezan a sonar acordes de jazz de una banda que toca lejísimos.

Y luego, de pronto, todo es silencio.

Epílogo - Domingo

Oh dios mío

todo ese cielo azul

sin sentido

Charles Bukowski

Cuando despierta, un sol cegador atraviesa la luna delantera del coche y le da directamente a los ojos. Tiene que pestañear varias veces para que se acostumbren a la luz. Después de más de una semana lloviendo todos los días, se agradece que el domingo amanezca sin nubes en toda la concavidad del cielo. Cristina se restriega los párpados varias veces, todavía resecos por las lágrimas vertidas. Luego mira su reloj: las siete y media pasadas. Toni sigue durmiendo en el asiento del conductor, inclinado hacia la ventanilla helada, embozado en su cazadora. Lo mueve ligeramente para que despierte. Toni abre poco a poco los ojos.

—¿Qué pasa, nena?

—Es la hora —dice Cristina con voz muy seria—. Debemos ponernos en marcha.

Toni se mete la mano entre las piernas y saca el móvil para comprobar la hora. El aparcamiento al aire libre de la estación de trenes de la ciudad se va llenando de ruidos matinales. Están a menos de media hora de la completa libertad.

* * *

En la avenida América hay algunas personas asomadas a los balcones, mirando hacia las luces naranjas de las dos ambulancias. Hay también un coche patrulla de los *mossos*, pero con la sirena apagada, y otro coche más, un Xantia del año 2000 de color azul metalizado. Es el que utiliza José Antonio Masip, el inspector al frente de la División de Investigación Criminal de su área territorial. Lleva en el salón de apuestas desde primera hora. Él y el subinspector Martí Vera. Los han despertado hacia las seis y cuarto desde el Complejo Central Egara de Sabadell. Un tipo que iba corriendo de buena mañana, acabando el entrenamiento diario, ha visto la puerta del salón a medio abrir y ha sospechado. Tiene un

primo que suele acudir a ese salón de apuestas y le dijo que no abrían tan pronto, y menos un domingo. En un primer momento pensó que estarían limpiando o recogiendo la recaudación, pero como nunca se sabe, prefirió dar la voz de aviso.

Y media hora después ya estaban todos ahí.

En el salón principal no hay señales de violencia. La caja registradora no había sido forzada y todas las máquinas estaban apagadas. Lo peor estaba al fondo. Por una puerta en la que ponía Privado se accedía a una especie de almacén. La puerta estaba abierta y un cuerpo yacía boca arriba sobre el suelo. Tendría unos cuarenta y pocos años y lo habían degollado.

—Cuando entré —les había dicho el *mosso*—, abrí la puerta y el cuerpo se me vino encima. Es posible que estuviera herido de gravedad y muriera desangrado de camino a la puerta.

—Y luego se topó con el resto —dijo el comisario.

—Exacto.

Dentro del almacén hay una mesa de póquer. Tres cuerpos sin vida se apoyan en ella. Dos hombres de mediana edad y un tercero que no llegará a los treinta. Cuando el forense los mueve para certificar su muerte para el juez de guardia que ha acudido, no se fija en las heridas de bala. No en un primer momento. Porque lo primero que aprecia José Antonio Masip es que uno de los fiambres, el que tiene un disparo en la cabeza que le ha volado parte del cráneo, es Pablo Quílez, el famoso empresario de las basuras.

Al más joven no lo conoce, como tampoco al tipo degollado de la puerta. Y por lo que respecta al otro cadáver, que es sin duda el dueño del local de apuestas, aunque no ha tenido demasiado trato con él, sí recuerda su nombre. Serafín, Agustín, Benjamín… Algo por el estilo. Ahora poco importa. El papeleo lo hará otro, y de otro será también la dolorosa tarea de coger el teléfono y llamar a la familia.

Excepto Pablo Quílez, los otros dos tienen un agujero de bala en el pecho. El más joven está en el suelo, boca arriba, con los brazos

extendidos en cruz y los ojos sin vida mirando al techo. El dueño del salón de apuestas dio contra el respaldo de la silla y el golpe lo volvió a impulsar contra la mesa de póquer, cuyo tapete verde está salpicado de sangre, así como también el suelo de cemento del almacén. Las patillas de las gafas están dobladas y tiene un cristal partido, pero siguen sujetándose a duras penas en las orejas, con lo que le dan al cuerpo un aspecto cómico.

—¿Alguna hora aproximada de la muerte? —pregunta el inspector Masip.

El forense es un hombre menudo, de brazos cortos y mirada incisiva. No se ha afeitado, pero, a decir verdad, ninguno de los presentes ha tenido tiempo ni de ducharse. Observa los dos cadáveres que hay junto a la mesa. Y luego le echa un vistazo al que está tirado en tierra.

—Entre las doce y las tres de la madrugada —responde.

—¿Se han encontrado las armas? —pregunta el juez de guardia. Y luego da un sonoro bostezo.

Un joven *mosso* acerca una bolsa de plástico. Dentro hay una pistola con silenciador.

—Una sí.

—¿Una? —pregunta el subinspector Vera.

—Esta —dice el *mosso*—. Estaba cerca del cadáver del hombre degollado.

—Lo que no quiere decir que sea suya —dice el inspector Masip.

—Por supuesto —sigue el *mosso*—. El arma es una Heckler & Koch USP, la marca que gastan en la Policía Nacional, pero esta es un calibre 45. Sin embargo, hemos encontrado tres casquillos. Dos pertenecen a esta misma pistola, pero el tercero es de una 9 milímetros.

—Vaya. Así que hay dos pistolas —dice el subinspector.

—Buscamos a un segundo tirador.

—¿Y qué hay del cuchillo que le seccionó el cuello a ese? —pregunta el juez.

—Él no lo tiene, desde luego —responde el *mosso*—. Hemos estado buscando por todo el local y hay varios cuchillos, claro, pero ninguno tiene sangre.

—Ya —dice el inspector Masip—; y el asesino no iba a detenerse a limpiarlo en el fregadero.

—Nunca se sabe… —dice el juez.

—Así que buscamos a un tipo con una 9 milímetros y una navaja —suspira el subinspector Martí Vera.

—Si es el mismo hombre —interviene el juez—, ¿para qué cortarle el cuello con una navaja cuando se tiene una pistola?

—Entonces buscamos a dos personas —dice el inspector—. Dos tipos que llegan aquí, interrumpen la timba de póquer y empiezan a repartir muerte a diestro y siniestro.

—¿Se han identificado los cuerpos?

El forense palpa los cadáveres de los que están en la mesa y saca la cartera del más joven.

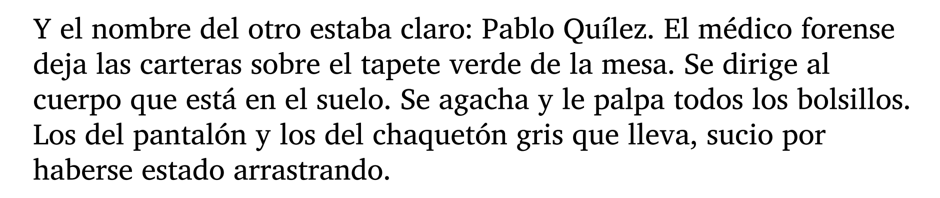
—Rodrigo Sanmartín. Carné de estudiante de la universidad. Facultad de…

—No nos cuente su vida, por favor —dice el inspector—. Eso déjelo para el informe.

El forense le dirige a Masip una afilada mirada y hurga en el cuerpo del hombre de las gafas partidas.

—Agustín Montllor —anuncia.

—¡Eso! —dice el inspector chasqueando los dedos—. Agustín. Ese era el dueño del local. Tiene otros salones de apuestas por la zona.


Y el nombre del otro estaba claro: Pablo Quílez. El médico forense deja las carteras sobre el tapete verde de la mesa. Se dirige al cuerpo que está en el suelo. Se agacha y le palpa todos los bolsillos. Los del pantalón y los del chaquetón gris que lleva, sucio por haberse estado arrastrando.

—Nada.

—¿Cómo que *nada*? —dice el juez.

—¿Ninguna identificación, permiso de conducir? —dice el subinspector.

El médico niega con la cabeza. Le saca los bolsillos del pantalón por fuera.

—Ni una moneda. Probad vosotros mismos.

—No, gracias —dice el inspector Masip—. Resumimos: si suponemos que la pistola encontrada es del tipo degollado, tenemos que este tío, sin nada en los bolsillos y con una pistola, llega a un salón de apuestas y le pega un tiro al jefazo de las basuras. Luego hay una pelea. Este de aquí se lleva la peor parte, claro: golpe en la cara, herida en el… ¿Cómo lo ha llamado, doctor?

—Gastrocnemio —dice el forense.

—Pues eso: en el gemelo derecho. Y después le cortan el cuello con una navaja que no aparece.

—Sí —añade el juez—. Y, además, mientras tanto, otro tirador dispara contra el dueño del local y se larga. ¿No hay cámaras aquí?

—Cuando llegamos —interviene el *mosso*— estaban apagadas. De hecho, la grabación se detuvo poco después de las once de la noche.

—Vaya, estupendo… —El inspector se rasca la barbilla con la palma de la mano hasta que la fricción con la punta de los pelos que le están saliendo le hace entrar en calor—. Estos casos son de los que te hacen pensar, ¿eh? ¿Hemos encontrado huellas en alguna parte? ¿En el pomo de la puerta, por ejemplo?

—Sí —tartamudea el joven *mosso*—, pero como yo mismo he abierto la puerta allí habrá huellas mías también…

—Tranquilo, muchacho —le dice el inspector Masip—. Tú tienes coartada.

El juez de guardia pone los brazos en jarra y dice después de un largo suspiro:

—Menudo rompecabezas tenemos aquí.

* * *

El tren llega a la estación a las ocho menos veinte. Toni y Cristina han podido tomar un rápido desayuno en la cafetería de la estación. Comen en silencio, cabizbajos, destrozados por haber dormido en el coche, dedicándose miradas huidizas y apenas alguna palabra.

Si no les han detenido ya es que todo va bien. Nadie les vio entrar o salir del salón de apuestas de la avenida América. No es la primera vez que dan un golpe, así que son muy cuidadosos en las entradas y las salidas.

Sin embargo, lo que se encontraron allí no se lo esperaban. Todo lo que ocurrió dentro del salón fluye en la mente de Cristina a pasos entrecortados, como el *flashback* de una película actual. Vuelve a dibujarse en su memoria una y otra vez. «El Pinchos» entrando de repente. El cuello del tío de la barba expulsando sangre y manchándolo todo. La bala que sale de la pistola CZ 75 de 9 milímetros lentamente para impactar contra el dueño del local de apuestas. El ruido de la pólvora explotando y expandiéndose por las cuatro paredes del almacén. Cristina tiene que apretar con fuerza los párpados para que ese sonido se diluya.

* * *

Al móvil solo le queda una raya de batería. Se le olvidó apagarlo. Ha pasado toda la noche en un parque, escondido entre unos matorrales, durmiendo bajo unos cartones y sobre tierra húmeda, más pendiente de que ninguna sirena de la policía se acercara ni de que un mendigo le insistiera en que ese era su espacio que de apagar el teléfono para ahorrar batería.

Ha despertado temprano, con las primeras luces del día, con los primeros ruidos de la ciudad. Ha dormido poco, pero es suficiente. Se sacude la tierra de la sudadera, se quita la capucha y se frota la cabeza para que los cabellos vuelvan al sitio. Mira el extremo inferior de la sudadera; la sangre de Lucas está reseca y la mancha es imperceptible, pero tiene que deshacerse de esa prenda cuanto antes.

Tomás está preparado para volver al barrio. Ha cumplido con su cometido. Anoche ya iba justo de batería, pero pudo darle un toque a su contacto cuando salió del salón de apuestas. Cuando terminó el trabajo, tal como estaba programado. Manuel estaba muerto. Pero Manuel era Lucas, o Lucas era Manuel. Ya nada importa. Treinta mil euros por liquidar a un tío estaba muy bien, pero si ese tipo era Lucas estaba mucho mejor. Se la tenía jurada. Siempre con esos aires de prepotencia, siempre con la soberbia de creerse el mejor en lo que hacía. La mano derecha de don Ángel. A ver qué piensa don Ángel ahora… Porque él también podía ser excelente en el oficio. A partir de ahora, con Lucas desaparecido para siempre, estaba claro que él subiría de escalafón.

Lo que no entiende, y sigue sin entender ahora que está cruzando el puente para adentrarse en el barrio La Cruz, era lo que pintaban allí su antiguo compañero de clase Toni y la muñequita Barbie que tiene por novia. La próxima vez que venga a comprarle hierba se lo preguntará. Se echarán unas risas con la situación, a pesar de que la chavala de Toni no tenía pinta anoche de estar para demasiadas alegrías.

Tomás vuelve a mirar la hora en su teléfono móvil. Las ocho menos cinco. En poco más de dos horas ha quedado en el descampado con el gordo de la barba perfilada y las camisas de maricón. Aunque no

llega tarde, Tomás camina deprisa. Va a tener tiempo incluso de desayunar algo en un bar, alguno que monte terraza. Quiere aprovechar que, por fin, ha dejado de llover.

* * *

Cristina está sentada en el asiento 4 del vagón número 8, mirando el andén, con la barbilla apoyada en el estrecho marco que tiene la ventana. Toni sigue en el aseo, lavándose la cara. Es su turno. Se han propuesto no abandonar los asientos a la vez, porque no quieren perder de vista las maletas que están sobre sus cabezas. Hay demasiado dinero en ellas. Demasiado. Muchísimo más del que esperaban en un principio. Y tampoco quieren desaparecer al mismo tiempo y que, al volver, un revisor les esté esperando junto a un policía.

Cristina cierra los ojos cinco, diez segundos, y las imágenes de la noche anterior vuelven a repetirse.

* * *

Son aproximadamente las nueve de la mañana cuando el juez de guardia firma el levantamiento de los cadáveres. El inspector Masip está fuera, al sol, con el cuello del abrigo subido para protegerse la nuca. Está en medio de la calle, ya que el tráfico de la avenida América sigue cortado. Echa un vistazo hacia arriba y se alegra de que los mirones de los edificios hayan decidido que es mejor ponerse a hacer algo de provecho. El subinspector Vera sale del salón de apuestas y se dirige hacia él.

—Han encontrado una bala incrustada en la pared —dice—. Será la que mató al empresario Pablo Quílez.

—Vale. ¿Está todo recogido?

Martí Vera asiente con la cabeza.

—Pues vámonos a reposar las ideas.

—Voy a decirles que vayan saliendo y sellen la puerta.

—Va a ser una putada —dice el inspector Masip.

—¿Una putada? ¿El qué?

—Que tengamos cerrado esto dos o tres semanas. Hoy hay liga. También está la final de la Davis y el mundial de fútbol sala. Un sitio de estos tiene que dejar mucho dinero, ¿no?

—Bueno —dice el subinspector Vera, y luego tuerce la boca—. No hay dueño que venga a abrir.

—Pues también tienes razón.

* * *

Isabela detiene el carro en medio del pasillo y saca la pequeña radio que lleva en el bolsillo del delantal. Cambia de emisora: un día soleado se merece música alegre. Está como medio minuto intentando sintonizar una cadena musical y, cuando finalmente lo consigue, vuelve a meter la radio en el bolsillo y sigue su camino. Lleva un ridículo vestido de chacha que le hace gorda y vieja y la presenta como sumisa ante los clientes del hotel. Pero es la única forma de que entre dinero en casa. Su marido no encuentra nada y tiene dos niños terminando la Educación Secundaria Obligatoria. Si quiere que sean hombres de provecho necesitan una carrera. Por eso, Isabela ahorra todos los meses, sin que su marido se dé cuenta, un dinero para los estudios de sus hijos. A casa lleva mil cien euros cada mes, pero cobra ciento cincuenta más. Ese dinero extra lo ingresa en una cuenta que solo ella conoce. No quiere que sus hijos terminen como ellos: limpiando los váteres y haciendo las camas de otras personas en otro país.

La señora de la limpieza del hotel Emperador Carlos V se para ante la puerta de la 414. Llama un par de veces con los nudillos y, como nadie responde, Isabela saca una llave maestra y la gira dos veces en la cerradura.

—Buenos días —anuncia al entrar, alargando mucho las eses—. Servicio de habitaciones.

Isabela comprueba que la cama está hecha, como si nadie hubiera dormido en ella. Sobre el lienzo blanco del nórdico destaca un pequeño libro de portada en rayas amarillas, rojas, naranjas y blancas. *Tres deseos*, se titula. Hay también una maleta al pie de la cama. Estarán desayunando, piensa Isabela. Y se dirige al aseo para cambiar las toallas.

Y es entonces cuando, al encender la luz, ve a la mujer. Está desnuda dentro de la bañera, con la cabeza echada hacia atrás y a un lado. Como si estuviera durmiendo. Pero es obvio que no está durmiendo. Porque la bañera está llena de sangre. Porque el agua rosada cae por la pared. Porque la mujer tiene los ojos en blanco y unas tijeras clavadas en el centro del pecho.

El grito desgarrador de Isabela suena por toda la cuarta planta.

* * *

El tren hace el transbordo en Barcelona sin problemas y continúa su recorrido hacia Perpiñán. Cristina sigue en la misma posición: apoyada en el helado marco de la ventana, mirando hacia un paisaje en constante movimiento.

—¿Aún no se te ha pasado?

Cristina se acomoda y mira al frente. Acaba de empezar una película, pero ella no la ha visto y los demás pasajeros parecen que tienen cosas mejores que hacer.

—¿Pasárseme el qué?

—El enfado —dice Toni.

—¿Y por qué estoy enfadada?

—Pues la verdad es que no lo sé, porque tenemos todo lo que querías.

A Cristina le escuecen los ojos de tanto llorar. Tiene los ojos húmedos.

—Yo solo quería irme de la ciudad… —susurra.

—Y eso es lo que…

—Hemos matado a un hombre —dice Cristina.

—¡Shhh! Baja la voz. —Pero, sin darse cuenta, es Toni el que ha levantado el tono. Respira profundamente antes de seguir—. *Hemos* no. Lo he matado yo. Yo cargaré con esa culpa en mi conciencia.

—Y le hemos robado a un hombre moribundo.

—Estaba muerto ya —dice Toni.

—Estoy convencida de que seguía moviéndose cuando nos fuimos. ¿Y si confiesa?

—Ese tardará algún tiempo en poder hablar, si es que vuelve a hacerlo.

—Pero tuvimos que ir al hotel… —Cristina parece que esté hablando consigo misma.

—Y, gracias a eso, estamos ahora aquí, nena.

Toni no lo entiende. Ella quería marcharse de la ciudad, dejar atrás los robos, los atracos. Y ahora tiene que cargar para siempre con la visión de Toni, de su chico, del amor adolescente por el que lo dejó todo, disparando contra el dueño del salón de apuestas. Ella solo quería tener a su hijo, verlo crecer.

A Cristina no le importaba el dinero. Qué más daba un euro más o

un euro menos. Solo quería ser feliz. No quiere vivir con la condena eterna de ese recuerdo criminal. Hasta entonces, no le habían hecho daño a nadie. Robaban a punta de pistola, vale, pero lo hacían para subsistir. Eran hijos de una generación olvidada, sin nombre, machacada por la crisis; una generación construida a golpe de promesas incumplidas y sueños rotos. Un puñado de muchachos condenados a la autodestrucción y a la miseria espiritual.

Toni mira de reojo a Cristina. No tiene ganas de hablar. A él le gustaría cogerla de la mano. Una la tiene apoyada en su muslo y parece que tiemble. La otra sostiene la cabeza. Su chica vuelve a mirar por la ventana. Tiene algo deshecha la coleta rubia, con pelos sueltos aquí y allá que dejan a la vista una nuca rosada y lisa. Toni no entiende que esté enfadada: habían sacado dieciocho mil setecientos euros con el golpe del salón de apuestas y, gracias a que él insistió en ir al hotel donde se alojaba ese tío, sacaron más. Muchísimo más.

Cristina esperó en el coche y Toni entró. Saludó enseñando la tarjeta y ya está. ¿Qué iba a hacer el recepcionista de ese turno de noche? ¿Negarle la entrada? ¿Pensar que le había robado la llave a un tipo moribundo y que ahora iba a colarse en su habitación? Toni no sabía lo que buscaba, por supuesto. Quizá respuestas. Sabía a quién había matado, porque llevaban dos semanas observando al dueño del salón de apuestas, con su bigotito y sus gafas caídas de miope, pero no sabía quién era ese al que «El Pinchos» había degollado.

Cuando entró en la habitación, vio discos de jazz sobre la mesa de la tele. Y una especie de cómic sobre músicos negros de otra época. Y también vio que la caja fuerte del armario estaba abierta. Dentro había más de noventa mil euros apilados en tres montones, dos billetes de tren con destino Perpiñán para el domingo a las ocho de la mañana y la llave que abría la consigna número 17 de la estación de trenes.

Era dinero llovido del cielo. Pero Cristina, en vez de alegrarse, seguía llorando cuando Toni volvió al coche.

—Mira, nena. Noventa mil pavos. Y dos pasajes a Francia. ¿Qué te parece?

Pero Cristina no respondió.

Por su parte, Toni estaba eufórico, como si le hubieran dado alguna droga de diseño. Completamente ido.

En la estación de trenes, antes de buscar el vagón correspondiente y acomodarse en los asientos que otro tipo había reservado, habían tenido una pequeña discusión en la cafetería. Cristina le decía que no fuera a la consigna, que sería una trampa. Que igual había una bomba en ella, quién sabe. Y Toni le hizo caso. Para que no volviera a llorar, para que se callara de una vez. Así que se guardó la llave en el bolsillo y subieron al tren.

* * *

Don Ángel Vilaescusa le pide a Louis que suba el volumen de la radio del Audi A7. Es una pequeña nota de prensa leída con tono neutro por algún chico en prácticas, pero al viejo empresario le basta. «Pablo Quílez ha sido hallado muerto esta mañana en extrañas circunstancias». Lo habían encontrado los Mossos d’Esquadra en un salón de apuestas de la avenida América. Además, junto a él, había otros tres cadáveres. Cuando el locutor está diciendo que la policía tiene abiertas varias líneas de investigación y que no se descarta una disputa por juego y que seguirán informando, don Ángel manda apagar la radio.

—¿Uno de esos tres cadáveres es Lucas? —pregunta.

—Es posible, jefe —contesta Christopher, que está sentado en el asiento del copiloto.

Hace media hora lo han recogido en la parada de taxis que hay frente a la estación de trenes. Los dos enormes kenianos llevan gafas de sol oscuras que les quedan pequeñas y les aprietan las sienes, marcando el pulso del corazón cada vez que mueven la boca para decir algo.

—Desde luego —continúa Christopher— no ha ido a recoger el

dinero a la consigna de la estación.

—¿Lo tienes aquí? —pregunta don Ángel.

—Claro, jefe.

Christopher se gira y le da una bolsa de cartón. Don Ángel echa un rápido vistazo y sonríe.

—Mira tú por dónde. Me ha tocado la lotería. Al final nos habrá salido rentable todo este asunto.

Don Ángel deja la bolsa con los treinta mil euros sobre el asiento y continúa revisando los correos electrónicos de su BlackBerry. Escribe lentamente, con una sola mano, pulsando las teclas con calma. Mientras contesta a un mensaje, les dice a sus dos guardaespaldas:

—Hay que enterarse de si uno de esos fiambres es Lucas. O remover cielo y tierra para que ese cabrón chantajista acabe muerto. ¿Entendido?

—Por supuesto, jefe —responden al unísono Louis y Christopher.

* * *

10:15. Es la hora.

La batería del teléfono sigue aguantando. De hecho, el teléfono en sí es un superviviente, con sus caídas y los años de duro servicio.

Tomás «El Pinchos» está en mitad del descampado. Tiene algunas putas rondándole, pero las ha ahuyentado diciéndoles que hoy no tiene jaco, que vayan a pastar a otra parte y lo dejen un poco en paz. Se han largado de mala gana, pero posiblemente esas serán las palabras más bonitas que les dirijan en el día de hoy.

Un coche llega. Es el de su contacto: Carlos. Conduce un Fiat Stilo

de color amarillo limón y desde donde está, a un lado del descampado, a la sombra del edificio en construcción de siete plantas que pronto podrá abandonar, lo oye acercarse en mitad de una inmensa nube de polvo. Carlos aparca a un palmo de Tomás, baja la luna tintada y la música le rechina en los oídos. Música *techno* a un volumen inaguantable. Carlos no sale del coche. Ni siquiera asoma su gorda cabeza. «El Pinchos» tiene que inclinarse para poder verlo bien y, cuando lo hace, unas ridículas gafas de sol con efecto espejo, de esas que se usan para esquiar, le devuelven una cara cansada, sucia. Ha dormido entre cartones y está agotado por la caminata desde el centro. Incluso el dolor en el costado por el golpe de la pistola empieza a remitir. Aun así, Tomás tiene las suficientes fuerzas como para esbozar una leve sonrisa cuando dice:

—¿Tienes el dinero?

—¿Dinero? —dice Carlos—. Pablo Quílez está muerto.

—Y yo qué sé quién es ese —responde «El Pinchos»—. Tú me dijiste que me cargara a ese tal Manuel que, por cierto, se llama Lucas. Se llamaba. Le rajé el cuello anoche.

—Eres un puto gilipollas. Pablo Quílez era el que te pagaba, ¿sabes? Y ahora está muerto. ¿Que no escuchas las noticias?

—Pues no ves que no. ¿Dónde está mi dinero?

—¿Tu dinero?

—Hijo de puta, dame mi dinero.

—Ya te di diez mil. Seguro que ya te los has chutado. ¿Por qué iba a darte más dinero si no has hecho bien tu trabajo?

Los dos hombres tienen que chillar para entenderse, porque Carlos no ha bajado ni un punto el volumen de la música.

—Tenía que cargarme a ese capullo y lo hice. —«El Pinchos» se lleva la mano al bolsillo trasero del pantalón y saca la navaja—. ¡Mira su sangre! Aquí la tienes. Esta es la sangre del hombre que me dijiste.

Carlos abre la puerta del coche y empuja a Tomás, que cae sobre la tierra del descampado. Sale del coche y le da un puntapié a la navaja, para alejarla. El yonqui está sentado sobre la tierra amarillenta del descampado. Carlos lo tumba de una patada y luego le da un par de puñetazos.

—Jodida sanguijuela —dice.

Carlos iba a trincar un buen pellizco de ese trabajito que le había propuesto Pablo Quílez, pero ese puto yonqui la ha cagado. Le golpea la nariz. Después coge un puñado de tierra y se lo tira a la cara. El yonqui tose, se restriega los ojos. Intenta zafarse de Carlos, pero este está sentado encima de él y pesa mucho como para poder levantarse. Además, Carlos sigue lanzando golpes. Tomás puede sentir que le sale sangre de la nariz, una mezcla de sangre, tierra y babas que le empapa la barbilla.

Las putas ven la escena desde la otra punta del descampado. Escuchan la música perfectamente y ven a ese tipo gordo partiéndole la cara a «El Pinchos». Pero no son tontas. Si se acercan, ellas también van a recibir. Y no está la situación como para quedarse en casa sin salir un par de semanas, hasta que se curen las heridas y los moratones desaparezcan.

Cuando Carlos está agotado de mover los brazos, se levanta a duras penas y recoge la navaja del suelo. Es una de esas navajas que se doblan para esconden el filo. La abre y le asesta cuatro, cinco, seis puñaladas. Y después deja al yonqui tirado en tierra, con la navaja clavada entre dos costillas, envuelto en sangre y encogido como un bebé.

Carlos inspira y respira profundamente. Dos o tres veces. Tiene su camisa de Tommy Hilfiger de 95 euros salpicada de sangre. Y a saber qué enfermedades tendrá ese tío. Cuando llegue a su casa, la echará a la chimenea del salón. Después de todo, Pablo Quílez era un buen tío. Y acaba de vengar su memoria. Acaba de cobrarse la comisión que ya nunca recibirá.

* * *

Toni está en el vagón restaurante. Ha ido a comprar un par de bocadillos de tortilla, una bolsa de patatas fritas y dos refrescos: Fanta naranja para Cristina y Coca-Cola para él. Toni le ha dicho a su chica que a las 13:40 llegaban a Perpiñán, que podían esperar a estar allí para comer algo en la estación de trenes o en cualquier bar, pero ella ha insistido. Le ha dicho que tenía hambre. Y luego se ha quedado leyendo una revista de turismo que una azafata iba ofreciendo a todos los pasajeros.

Hay tanta cola en el vagón restaurante que Toni, esperando su turno, tiene tiempo de sentarse en una silla alta, en el único hueco libre que hay junto a una estrecha barra que recorre de punta a punta el vagón y que ofrece las veloces vistas de un paisaje verde y limpio de árboles frondosos y arbustos altos. El cielo es completamente azul y las montañas están nevadas. Cuando una simpatiquísima camarera le entrega una bandeja con la comida, el tren ha tenido tiempo de parar y reanudar la marcha. A esas alturas ya estarán en Francia.

Lo han conseguido.

De camino hacia el vagón, Toni pierde el equilibrio un par de veces, pero va apoyando la cadera en los asientos y cruza los vagones con una sonrisa en la cara hasta que llega al número 8.

Cristina no está sentada en su asiento. Estará en el aseo, piensa Toni, pero cuando ve que falta una maleta en el portaequipajes, las piernas le flaquean y uno de los botes que hay en la bandeja cae sobre la moqueta verde del vagón.

Cristina espera en el andén hasta que el tren desaparece a lo lejos. Hasta que solo es un puntito en la lejanía. Tiene una maleta en la mano y el bolso en la otra. En la guantera de ese Renault Clio blanco dejaron anoche la pistola, la peluca y las gafas; no los iba a necesitar nunca más. Según Toni, un colega del barrio iría a recoger el coche el lunes y lo limpiaría bien. Eso significaba llevarlo a un desguace o, simplemente, echarle gasolina por todas partes y quedarse un rato contemplando la hoguera.

Le da igual. Cuando se han marchado los quince o veinte pasajeros que se han apeado en el andén de aquella ciudad cuyo nombre ya ha olvidado, Cristina se queda unos minutos ahí plantada. Bajo un intenso sol, envuelta en frío, con el aire helado dándole en la cara.

Y ahora empieza a andar. En una mano lleva el bolso; en la otra, la maleta donde su ropa se aprisiona contra los más de cien mil euros que lleva dentro. Camina hacia la salida.

Antes de cruzar un vestíbulo de suelos de mármol mate y paredes decoradas con enormes mosaicos de monumentos locales, antes de coger un taxi que la acerque hasta la estación de autobuses más próxima, tiene algo que hacer. Abre el bolso y saca el móvil. Toni la está llamando. Pero ella le quita la tapa trasera al teléfono, saca la batería y también la tarjeta SIM. Dobla la tarjeta por la mitad y la tira en una papelera. En cuanto pueda comprará una nueva. Pero primero debe llegar a la estación de autobuses y elegir un destino. Hay un millón de ciudades a las que poder ir y solo una a la que no quiere volver nunca. Se siente feliz. Puede elegir dónde va a empezar su nueva vida, dónde verá la luz por primera vez la nueva vida que crece dentro de ella.

Cristina se siente feliz. Con la conciencia tranquila. Sin rémoras del pasado.

Ahora solo está ella. Como siempre quiso. Para toda la eternidad.

Edenbridge

Es este un pueblecillo shakesperiano
que te recuerda a Welles, y esas campanas
de medianoche. Llovizna. La lluvia
deslíe lentamente de la bruma

olor de hierba descompuesta, y leve
barro que va tiñendo el empedrado.
El cielo es palidez, entre cornisas
hacia el tenue infinito de los campos.

Quizá pensando en Falstaff te sorprendas
(en los labios alguna tonadilla)
vencido por lo triste de las cosas,

y busques el calor de los bolsillos,
mientras arrecia en los tejados yertos
el repicar monótono del agua.

Roger Wolfe

Agradecimientos

A María Román, la otra parte de mí mismo, que vive día tras día acompañada del ruido de las teclas del ordenador y el sonsonete de mis historias. Esperemos que sea así por muchísimo tiempo.

A mi familia y a mis amigos, tanto a aquellos a los que puedo tocar con solo estirar las manos como a los que están lejos en el espacio y cerca en la memoria y el corazón. Gracias por seguir siendo. Gracias por seguir estando.

A mi agente, Roser Herrera, directora de Letras Propias, trabajadora incansable, que siempre acierta con las sugerencias y las correcciones, que siempre atiende a las dudas (aunque estas se produzcan a las tantas de la madrugada o los sábados). Gracias por dar con la mejor editorial posible.

A Vicenta Sánchez, editora de Meracovia, por la confianza puesta en mí. Espero que no te sientas defraudada.

Y, por último, a Antonio Sala, amigo desde la niñez y primer lector de cada novela que escribo. Nos vemos en la siguiente.

Petrer, Alicante, noviembre de 2015

Créditos

Primera edición: Febrero de 2016

Título: El repicar monótono del agua

Ptge. Riu Llobregat nº 13-15 2º 1ª

08917 Badalona (Barcelona)

www.meracovia.com

Diseño cubierta: Meracovia Editorial

Ilustración cubierta: Oscar Giménez

Correcciones y maquetación: Núria Sancho Subirats

Libro electrónico: Letraheridos

IBIC: FF

ISBN: 978-84-945087-6-9

Depósito Legal: B. 3.939-2016